JEZABEL

IRÈNE NÉMIROVSKY



ꝥe

Irène Némirovsky mostró desde muy joven un talento excepcional para captar las contradicciones de la vida y sus complejidades morales. Su trágica muerte en un campo de concentración puso fin a una obra magistral, que en los últimos años ha sido redescubierta en todo el mundo.

Gladys Eysenach es acusada del asesinato de su presunto amante, un joven estudiante de apenas veinte años, y el caso levanta una enorme expectación en París. Madura y excepcionalmente bella

para su edad, Gladys pertenece a esa alta sociedad apátrida que recorre Europa de fiesta en fiesta. Envidiada por las mujeres y deseada por los hombres, su vida se airea impúdicamente frente al juez: su infancia, el exilio, la ausencia del padre, su matrimonio, las difíciles relaciones con su hija, su fama de *femme fatale*, su fijación con la belleza y la juventud… El público, impaciente por conocer cada sórdido detalle, no comprende que la rica y envidiada Gladys, comprometida con un apuesto conde italiano, haya perdido la cabeza por un joven anodino, casi

un niño. ¿Quién era la víctima: un amante despechado, un delincuente de poca monta o quizá el testigo incómodo de un secreto inconfesable? ¿Y por qué la acusada insiste en mostrarse culpable y exigir para sí misma un ejemplar castigo?



Irène Némirovsky

Jezabel

ePub r1.0

jugaor 13.03.15

Título original: *Jézabel*
Irène Némirovsky, 1936
Traducción: José Antonio Soriano Marco

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]
ePub base r1.2



Una mujer ocupó el banquillo de los acusados. Pese a su palidez y su aspecto angustiado y exhausto, aún era hermosa. Las lágrimas le habían ajado los delicados párpados y sus labios esbozaban una mueca cansada, pero parecía joven. Un sombrero negro le ocultaba el pelo.

Se llevó las manos al cuello mecánicamente, buscando sin duda el largo collar de perlas que solía adornarlo, pero lo tenía desnudo. Las manos dudaron, los dedos se cerraron lenta y lastimosamente. El numeroso público que seguía con la mirada todos sus movimientos dejó escapar un murmullo sordo.

—Los miembros del jurado quieren verle la cara —dijo el presidente del tribunal—. Quítese el sombrero.

La mujer obedeció y, una vez más, todos los ojos se posaron en sus desnudas manos, pequeñas y perfectas. Su doncella, sentada con los testigos en la primera fila, hizo un movimiento involuntario, como si quisiera acudir en su ayuda, pero, tomando azorada conciencia de la situación, enrojeció.

Era un día de verano parisino, fresco y sombrío. La lluvia resbalaba por los altos ventanales y una pálida claridad de tormenta iluminaba las maderas antiguas, el dorado artesonado del techo y las rojas togas de los jueces. La

acusada miró al jurado, sentado frente a ella, y luego al público, arracimado en todos los rincones de la sala.

—¿Nombre y apellidos? —le preguntó el presidente—. ¿Edad?

De los labios de la mujer brotó un murmullo que no llegó a la sala.

—Ha contestado —cuchichearon unas mujeres del público—. ¿Qué ha dicho? No lo he oído… ¿Cuántos años tiene? ¡No se oye nada!

La acusada, de pelo rubio claro y fino, iba vestida de negro.

—Tiene buena presencia —susurró una mujer, y soltó un suspiro de satisfacción, como en el teatro.

La concurrencia, de pie, apenas oía

el acta de acusación. Los periódicos vespertinos, que publicaban en primera página la semblanza de la acusada y el relato del crimen, pasaban de mano en mano.

Se llamaba Gladys Eysenach y estaba acusada de asesinar a su amante, Bernard Martin, de veinte años.

El presidente inició el interrogatorio:

—¿Dónde nació usted?

—En La Paloma.

—Es un pueblo situado en la frontera entre Brasil y Uruguay —explicó el magistrado a los jurados—. ¿Cuál es su apellido de soltera?

—Burnera.

—No hablaremos aquí de su pasado… Entiendo que su infancia y su primera juventud transcurrieron entre viajes a lugares remotos, sacudidos en muchos casos por conmociones sociales que han imposibilitado las investigaciones habituales. Así pues, en lo relativo a esos primeros años tendremos que atenernos a sus propias declaraciones. Durante la instrucción, afirmó usted que su padre era un armador de Montevideo, al que su madre, Sophie Burnera, abandonó a los dos meses de casados, por lo que usted nació en su ausencia y no llegó a conocerlo. ¿Es eso exacto?

—Lo es.

—Su infancia transcurrió entre numerosos viajes. Se casó siendo apenas una adolescente, como es frecuente en su país. Contrajo matrimonio con el financiero Richard Eysenach, del que enviudó en 1912. Pertenece a esa sociedad flotante, cosmopolita, sin raíces ni hogar en sitio alguno. Como lugar de residencia desde la muerte de su marido ha mencionado usted Sudamérica, Norteamérica, Polonia, Italia, España… Dejémoslo ahí. Sin contar los diversos cruceros en su yate, que vendió en 1930. Es usted extraordinariamente rica. Su fortuna procede tanto de su madre como de su difunto marido. Vivió en Francia en

distintos períodos antes de la guerra y reside aquí de forma permanente desde 1928. Entre 1914 y 1915 vivió cerca de Antibes. Esa época y ese lugar deben de traerle recuerdos tristes: allí murió su única hija, en 1915. Tras esa desgracia, su vida se volvió aún más errática y vagabunda… En el ambiente de posguerra, propicio a las aventuras amorosas, mantuvo usted varias relaciones efímeras. Por fin, en 1930 conoció al conde Aldo Monti, perteneciente a una antigua y respetada familia italiana, en casa de unos amigos comunes. Monti le propuso matrimonio. La boda estaba decidida, ¿no es así?

—Sí —respondió Gladys Eysenach

en voz baja.

—El compromiso fue casi oficial, pero usted lo rompió inopinadamente. ¿Puede decirnos el motivo?… ¿No quiere responder? Probablemente no estaba dispuesta a renunciar a su vida libre y caprichosa ni a todas las ventajas de esa libertad. Su prometido se convirtió en su amante. ¿Es eso exacto?

—Es exacto.

—No consta que tuviera usted ninguna otra relación desde 1930 hasta octubre de 1934. Fue fiel al conde Monti durante cuatro años. La casualidad puso en su camino al hombre que se convertiría en su víctima. Bernard Martin, un muchacho de veinte años de

extracción muy modesta, hijo bastardo de un antiguo *maître*. Esa circunstancia, que hería su orgullo, fue sin duda el motivo que la impulsó a negar durante mucho tiempo, contra toda razón, sus relaciones con la víctima. Así pues, Bernard Martin, alumno de la facultad de Letras de París, domiciliado en el número seis de la rue Fossés-Saint-Jacques, de veinte años de edad, consiguió seducirla, a usted, una mujer de mundo extraordinariamente bella, rica y adulada. ¿Es así?… Al parecer, cedió usted con una rapidez inaudita, verdaderamente escandalosa. Usted lo corrompería, le daría dinero y finalmente lo mataría. Ése es el crimen

por el que debe responder hoy aquí. —La acusada apretó lentamente sus temblorosas manos; las uñas se hincaron en la pálida carne y los exangües labios se entreabrieron, pero no dejaron escapar ningún sonido—. Diga a los miembros del jurado cómo lo conoció… —pidió el magistrado—. ¿Y bien? ¿No quiere responder?

—Él me siguió una tarde —dijo al fin en voz baja—. Fue el otoño pasado. No recuerdo la fecha… No, no me acuerdo —repitió, azorada.

—Durante la instrucción, mencionó usted la fecha del doce de octubre.

—Es posible —murmuró la mujer —. Ya no lo recuerdo.

—¿Él le hizo… proposiciones? Vamos, responda. Comprendo que la confesión le resulte penosa… Esa misma noche se fue con él, ¿correcto?

La acusada soltó un débil grito:

—¡No! ¡No! ¡Es falso! Escúcheme… —Con voz ahogada, añadió unas palabras que nadie entendió, y volvió a callar.

—Prosiga —pidió el presidente.

Una vez más, la acusada se volvió hacia el jurado y el público, que la observaba ávidamente. Hizo un gesto de cansada desesperación y soltó un suspiro.

—No tengo nada que decir —murmuró al fin.

—Entonces responda a mis preguntas, acusada. ¿Afirma usted que esa noche lo rechazó? La investigación ha podido determinar que al día siguiente, trece de octubre, fue a verlo a su casa, en la rue Fossés-Saint-Jacques. ¿Es exacto?

—Sí —admitió, y la sangre que le enrojeció las mejillas al responder refluyó lentamente y la dejó temblorosa y pálida.

—Entonces, ¿acostumbraba ceder de ese modo a los jóvenes que la abordaban en la calle? ¿O es que aquél le pareció especialmente atractivo?… ¿No quiere responder? Usted ha desgarrado el velo de su vida privada.

En este lugar público, una sala de lo penal, todo ha de salir a la luz del día.

—Sí —murmuró Gladys Eysenach con cansancio.

—Así pues, fue usted a su casa. ¿Y luego? ¿Volvió a verlo?

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—No lo recuerdo.

—¿Le gustaba? ¿Lo amaba?

—No.

—Entonces, ¿por qué se entregaba a él? ¿Por vicio? ¿Por miedo? ¿Temía que amenazara con chantajearla? Tras su muerte, en su casa no se encontró ni una sola carta de usted. ¿Le escribía a menudo?

—No.

—¿Temía sus indiscreciones? ¿Le preocupaba que el conde Monti llegara a enterarse de ese extravío de los sentidos, de esa vergonzosa aventura? ¿Es eso? ¿La amaba Bernard Martin? ¿O la perseguía por interés?… ¿No lo sabe? Bien, vayamos al asunto del dinero. Para no manchar el recuerdo de su víctima, evitó usted mencionar ese hecho, que sólo un azar de la investigación permitió desvelar. ¿Cuánto dinero dio usted a Bernard Martin durante su breve relación? Duró exactamente del trece de octubre al veinticuatro de diciembre de 1934. El pobre muchacho fue asesinado la noche del veinticuatro al veinticinco.

¿Cuánto dinero recibió de usted durante esos dos meses?

—Yo no le di dinero.

—Sí se lo dio. Se encontró un cheque de cinco mil francos firmado por usted a su nombre y fechado el quince de noviembre de 1934. Ese cheque se hizo efectivo al día siguiente. Se ignora para qué se empleó esa cantidad. ¿Volvió a darle dinero?

—No.

—Se encontró otro cheque, también de cinco mil francos. Parece una especie de tarifa… Pero éste no llegó a cobrarse.

—Sí —murmuró la acusada.

—Ahora, háblenos del crimen… ¿Y

bien? Es menos difícil decirlo que hacerlo, ¿no cree? Esa noche, la pasada Nochebuena, salió usted de su casa a las ocho y media de la tarde en compañía del conde Monti. Cenó con él en un restaurante, el Ciro's. Tenían previsto pasar el resto de la velada con unos amigos comunes, los Percier, Henri Percier, el actual ministro, y su mujer. Los cuatro fueron a bailar a un local nocturno, en el que permanecieron hasta las tres de la madrugada. ¿Es exacto?

—Sí.

—Volvió usted a casa con el conde Monti, que la dejó a la puerta de su domicilio. Durante la instrucción, dijo usted que, cuando el coche se detuvo

ante el edificio, vio a Bernard Martin oculto en el quicio de una puerta cochera. Es así, ¿verdad? ¿Le había dado cita allí esa noche?

—No. Hacía tiempo que no lo veía…

—¿Cuánto tiempo exactamente?

—Unos diez días.

—¿Por qué? ¿Habían decidido romper?… ¿No responde? Cuando lo vio en la calle aquella madrugada de diciembre, ¿qué le dijo él?

—Quería entrar en mi casa.

—Continúe.

—Me negué. Estaba borracho. Tuve miedo. Cuando abrí la puerta, él me siguió. Entró detrás de mí en la

habitación.

—¿Qué le dijo?

—Me amenazó con contárselo todo a Aldo Monti, a quien yo amaba…

—¡Tenía usted un modo extraño de demostrarle su amor!

—Lo amaba —repitió Gladys Eysenach.

—Continúe.

—Me asusté. Le supliqué que no lo hiciera. Se burló de mí. Me rechazó… En ese momento sonó el teléfono. A esas horas, sólo Aldo podía… debía telefonearme. Bernard Martin cogió el auricular. Quiso responder. Entonces yo… saqué mi revólver del cajón de la mesilla, al lado de la cama. Y disparé…

Ya no sabía lo que hacía.

—¿De veras? Es la frase típica de todos los asesinos.

—Pero es la verdad —repuso la acusada en voz baja.

—Admitámoslo. Cuando recobró la calma, ¿qué ocurrió?

—Yacía sin vida delante de mí. Quise reanimarlo, pero enseguida comprendí que todo era inútil.

—¿Y después?

—Después… mi doncella llamó a la policía. Es todo.

—¿De veras? Y cuando los agentes llegaron y descubrieron el cadáver, usted confesó sin ambages, ¿no es así?

—No fue así.

—¿Qué dijo?

—Dije —respondió Gladys Eysenach con voz ahogada— que acababa de llegar, que cuando me estaba desvistiendo en el cuarto de baño oí un ruido, que abrí la puerta y vi a un desconocido.

—Que estaba apoderándose de sus joyas, ¿correcto? Las joyas que, antes de desvestirse, había dejado sobre el tocador.

—Sí, eso es.

—La mentira habría resultado creíble —dijo el presidente volviéndose hacia el jurado—, porque la fortuna, la posición social de la acusada, la ponían fácilmente al abrigo de toda sospecha.

Sin embargo, cuando llegó la policía, la acusada aún tenía puesto el abrigo de armiño, el vestido de noche y todas sus joyas… El mismo día fue hábilmente interrogada por el juez de instrucción. No vacilaré en calificar ese interrogatorio de modélico en su género. Y la declaración resultante es muy hermosa. Cruel, lo admito, pero muy hermosa… En ella vemos a esta mujer perder pie, embrollarse, como se dice vulgarmente, azorarse, mentir, retractarse. Jura, y con qué supuesta sinceridad, que Bernard Martin jamás fue su amante, lo asegura contra toda verosimilitud, contra toda lógica. Llora, suplica y, finalmente, confiesa. El juez

de instrucción, en un análisis penetrante y hábil, la va cercando con sus preguntas y acaba reconstruyendo su aventura, en el fondo tan banal… Una mujer que envejece, atraída por la juventud de un muchacho, por la emoción de lo desconocido, de la aventura, puede que incluso por la humilde condición de ese amante. ¿Quién sabe? Ella, que sin duda estaba cansada de los amores de su misma posición, se le entrega y luego quiere romper, con la arrogancia de la mujer rica que cree que el amante ha sido pagado, que se conformará con esa limosna, que desaparecerá de su vida… Pero al muchacho, que sólo ha conocido camareras y prostitutas de baja estofa,

su belleza y su prestigio le parecen irrenunciables. La persigue, la amenaza… Ella se asusta y lo mata… Es una declaración realmente conmovedora. Ante cada pregunta del juez, la acusada primero intenta zafarse y luego confiesa, responde «Sí, sí…». Ese monosílabo se repite continuamente. La acusada no explica nada. Le da vergüenza. ¡Se muere de vergüenza, como ahora, señores del jurado! Pero la reconstrucción de su crimen, el relato que le presentan de él, es tan convincente, tan inapelable, tan lógico, que no puede defenderse. «Sí», vuelve a decir, y «sí», al fin, a la pregunta más grave: ¿Lo ha matado

premeditadamente? Luego, comprendiendo la importancia de esa respuesta, se retracta. Asegura haber disparado en un momento de enajenación… Sin embargo, acusada, usted nunca había poseído un arma, y resulta que, apenas tres semanas después de conocer a Bernard Martin, visitó una armería y a partir de entonces ya no se separó de ese revólver. ¿Es exacto?

—Lo guardaba en mi mesilla, al lado de la cama.

—¿Por qué lo compró?

—No lo sé…

—Curiosa respuesta… ¡Vamos, diga la verdad! ¿Pensaba matar a Bernard Martin?

—No; lo juro —respondió con voz temblorosa.

—Entonces, ¿contra quién pensaba utilizarlo? ¿Contra usted misma? ¿Contra el conde Monti, del que estaba celosa, según dicen? ¿Contra una rival?

—No, no —murmuró la acusada ocultando el rostro entre las manos—. Que no me interroguen más, no diré nada más… ¡Lo he confesado todo, todo lo que han querido!

—¡Muy bien! Ahora escucharemos a los testigos. Ujier, que pase el primer testigo.

Entró una mujer de rostro oliváceo; las lágrimas le resbalaban y los ojos le brillaban mientras, azorada, miraba

primero el banquillo y luego las togas de los jueces. Fuera llovía a cántaros; se oía el monótono repiqueteo del agua. Un periodista que se aburría garabateaba frases de novela en su libreta: «El viento arranca largos gemidos a los dorados plátanos que bordean el Sena…».

—Nombre y apellido…

—Lariviére, Flora Adéle.

—¿Edad?

—Treinta y dos años.

—¿Profesión?

—Primera doncella de la señora Eysenach.

—No puede prestar juramento. La interrogo en virtud de mi poder

discrecional. ¿Cuándo entró usted al servicio de la acusada?

—Un diecinueve de enero hará siete años.

—Díganos lo que sepa sobre el crimen. ¿Su señora tenía previsto salir a celebrar la Nochebuena con el conde Monti?

—Sí, señoría.

—¿Le dijo a qué hora volvería?

—Bastante tarde, eso dijo. Me ordenó que no la esperara.

—¿Eso era habitual? ¿O solía usted esperarla?

—El mes anterior había estado enferma y aún me sentía muy cansada. La señora no era como la mayoría de las

jefas; trataba bien al servicio. Con gran bondad. Me dijo: «Se cansa demasiado, mi pobre Flora. Le prohíbo que me espere. Me desvestiré sola».

—¿Le pareció que esa noche se comportaba como de costumbre? ¿No estaba nerviosa ni agitada?

—Sólo triste… Estaba triste a menudo. La vi llorar más de una vez.

—¿Conoce el motivo de esas lágrimas?

—Tenía celos del señor conde.

—Continúe.

—La señora se marchó y yo me acosté. Mi cuarto está en el primer piso, separado de la habitación de la señora por un pasillo. Me despertó el timbre

del teléfono. Recuerdo que la primera luz del alba penetraba entre las cortinas; debían de ser las cuatro o las cinco de la mañana. A veces, cuando la señora volvía a casa, el señor conde la llamaba por teléfono. La señora quería asegurarse de que el señor volvía directamente a su casa después de acompañarla. De hecho, a menudo era ella quien lo llamaba enseguida, con el pretexto de volver a oír su voz. Como decía, oí sonar el teléfono, pero nadie lo cogía. Eso me inquietó; presentí una desgracia. Me levanté, salí al pasillo y escuché. Oí la voz de la señora y la de un hombre, y casi al instante un disparo.

—Prosiga.

—Asustada, corrí al dormitorio, pero una vez allí… no sé por qué, no me atreví a entrar. Acerqué el oído a la puerta. No se oía ningún ruido, ni un suspiro, nada. Abrí y entré. Jamás lo olvidaré… La señora estaba sentada en la cama, vestida todavía, con su gran capa de armiño, el traje de noche y las joyas. La iluminaba la lamparita del tocador. No lloraba. Su rostro estaba pálido e impresionaba. La llamé y le tiré de una manga. Grité: «¡Señora! ¡Señora!». Parecía no oír nada. Al fin, me miró y dijo: «Lo he matado, Flora…». Lo primero que me pasó por la cabeza fue que había matado a su amigo… que había discutido con el

señor conde y, en un momento de enajenación, le había disparado. Miré alrededor. Estaba tan conmocionada y en la habitación había tan poca luz que lo único que vi fue un bulto oscuro, como si alguien hubiera arrojado un montón de ropa al suelo. Encendí la luz y, en una esquina, vi el teléfono caído y junto a él el revólver. Luego distinguí un cuerpo tendido en el parquet… Dios mío… Me acerqué… No daba crédito a mis ojos: no era el señor conde, sino un joven al que no conocía de nada.

—¿Nunca había visto a la víctima, ni en casa de su señora ni en la calle?

—Jamás, señoría.

—¿La acusada nunca pronunció su

nombre delante de usted?

—Jamás, señoría, jamás lo había oído nombrar.

—Cuando vio el cadáver del pobre muchacho, ¿qué hizo usted?

—Pensé que quizá aún respiraba y se lo dije a la señora. Ella se levantó y se arrodilló a mi lado. Le levantó la cabeza a aquel… a Bernard Martin. Se la sostuvo unos instantes entre las manos. Lo miraba sin decir nada, sin moverse, y de hecho ya no se podía hacer nada. Por la comisura de los labios le manaba un hilo de sangre. Parecía muy joven y mal alimentado; estaba muy delgado y tenía las mejillas chupadas y la ropa húmeda, como si

hubiera estado fuera mucho rato. Esa noche llovía… «No se puede hacer nada. Está muerto», le dije a la señora. Ella no respondió, estaba absorta mirándolo. Cogió su bolsito sin apartar los ojos del joven, sacó un pañuelo y le limpió los labios, la sangre y la espuma que le salía por la boca. Soltó un suspiro y me miró como si acabara de despertarse… Entonces se levantó y me dijo: «Avisa a la policía, mi pobre Flora». Ese tuteo… ese… No puedo explicar cómo me hizo sentir. Fue como si la señora comprendiera que ya no tendría a nadie a su lado y me mirara un poco como a una amiga… Fui yo quien dije: «Era un ladrón, ¿verdad?».

—¿Lo creía realmente, señorita Lariviére?

—No, no lo creía… Debo decir la verdad, ¿no es así? Pero tampoco podía creer que la señora, tan amable, tan buena con todos, hubiera podido matar a alguien sin motivo… Pensé que la había hecho sufrir, que era un chantajista que la amenazaba.

—Ese aprecio por su señora la honra. Sin embargo, no debería haberle aconsejado que dijera una mentira infantil que sólo agravaría su caso. ¿Qué respondió la acusada?

—Nada. Salió del dormitorio y avanzó por el pasillo. Se retorcía las manos, como ahora… Luego entró en mi

habitación y se derrumbó en mi cama. No se movió hasta que llegó la policía. Hacía frío. Fui a echarle una manta encima de las piernas y vi que ya estaba dormida. No se despertó hasta que se presentaron los agentes. Eso es todo.

—¿Alguna pregunta para la declarante? ¿Señores del jurado? ¿Señor fiscal?

—Señorita Lariviére —dijo el fiscal —, dando muestras de una fidelidad que la enaltece, se ha esforzado usted en describirnos a la acusada como una mujer amable, buena, querida por sus criados… No lo niego. Pero no ha mencionado usted su moralidad. No hablaremos aquí de las relaciones cuyo

rastro se ha podido seguir, especialmente con un joven inglés, George Canning, muerto en el frente en 1916, ni con Herbert Lacy, a quien la acusada conoció en 1925, cuando regresó a París tras una larga ausencia. Omitiremos a todos los que los precedieron. Pero estaba usted al servicio de la acusada desde 1928. En todo este tiempo, ¿no le conoció ningún amante?

—El señor conde.

—Ése es de conocimiento público. ¿Y aparte de él?

—Nadie desde que conoció al señor conde, lo juraría.

—Ha utilizado el condicional…

—No entiendo…

—Bien. ¿Puede asegurar que antes del conde Monti no hubo nadie en la vida de su señora?

—La señora no me hacía confidencias.

—Comprendo. Pero ¿no le dijo usted a una amiga, y cito textualmente, que la señora debía de sentir algo muy profundo por el señor conde para haber sentado la cabeza? ¿Lo dijo usted?

—Sí, bueno…

—¿Lo dijo, sí o no?

—Sí, la señora había tenido amantes antes del señor conde, pero era una mujer libre, viuda y sin hijos.

—Es posible. Sin embargo, la

defensa haría mal en presentarnos a la acusada como una mujer intachable, víctima de un canalla. Me propongo demostrar, como los miembros del jurado ya habrán comprendido, que para Gladys Eysenach no era la primera vez y que resulta muy poco verosímil creer que aquel muchacho, Bernard Martin, pudiese aterrorizarla hasta el punto de obligarla a cometer un asesinato. La acusada se presenta como víctima. ¿Sabemos si Bernard Martin no fue doblemente víctima de esta mujer? Bernard Martin, señores del jurado, a quien se intenta calumniar aquí presentándolo como una especie de gigoló, de rufián de baja estofa, era un

muchacho bueno y estudioso. ¡Nada autoriza a emitir calumniosas suposiciones sobre su persona! La víctima, que preparaba su licenciatura en Letras, llevaba una vida sumamente modesta en el Barrio Latino, donde ocupaba una pequeña habitación en una pensión de ínfima categoría. Tras su muerte, sólo se encontró en su domicilio un total de cuatrocientos francos. Ropa modesta, ninguna alhaja… ¿Es ése, les pregunto, el modo de vida de un gigoló, del querido de una mujer rica a la que atemoriza con continuas amenazas? ¿Sabemos si no fue esta mujer quien, valiéndose de su belleza, de su fortuna, de su prestigio en sociedad, si no fue

esta mujer a la que ven ante ustedes, señores del jurado, quien atrapó a ese muchacho en sus redes para corromperlo, antes de matarlo? Las cortesanas del gran mundo pueden resultar más temibles que las otras, porque son más hermosas y más inteligentes. ¡Desenmascaremos la hipocresía que consiste en glorificar a las primeras y reservar todo nuestro desprecio para las servidoras de la Venus venal! ¡Las mujeres a las que me refiero, estas Gladys Eysenach, necesitan el alma de sus amantes y su vida! ¡La acusada traicionó al conde Monti, se burló de los sentimientos de un caballero, puesto que no dudó en

engañarlo con un muchacho desconocido! Se divirtió enloqueciendo a Bernard Martin. Pero el juego se volvía peligroso. Entonces ¡compró un revólver y fríamente, sin piedad, asesinó a ese joven que, de no ser por ella, habría podido seguir el curso de una vida de estudio, que se habría convertido en un hombre feliz y, quién sabe, útil a sus conciudadanos!

—Señorita Lariviére —intervino el abogado defensor—, sólo una pregunta, por favor. ¿Su señora amaba al conde Monti? Apelo a su sensibilidad de mujer.

—Lo adoraba.

—Gracias. Que esa simple frase

sirva de respuesta a la magnífica elocuencia del señor fiscal. Una frase sencilla pero muy sincera. Adoraba a su amante. Enamorada y celosa, ¿quiso en un momento de extravío despertar a su vez los celos del veleidoso conde? ¿Cedió a aquel muchacho que la perseguía? ¿Lo lamentó luego y temió el escándalo hasta el punto de asesinarlo en un momento de enajenación mental que lamentará toda su vida? ¿No parece eso más sencillo, más humano, más lógico, que intentar convertir a esta mujer, culpable, cierto, pero encantadora y buena, en una especie de monstruo, en una vampiresa de cine?

El presidente despidió a la

declarante. La acusada parecía extenuada. En ciertos momentos, sus facciones sólo reflejaban un doloroso aburrimiento. Al salir, su doncella le sonrió con timidez, como para animarla, y la señora se echó a llorar. Las lágrimas resbalaron por su pálido rostro. Se las secó con el dorso de la mano, agachó la cabeza y ya no se movió.

Fuera no paraba de llover. El cielo se había oscurecido. Encendieron las lámparas. Bajo aquella luz amarillenta, el rostro de la acusada parecía súbitamente trágico y sin edad. Sus facciones estaban inmóviles; la vida parecía haberse refugiado en sus

atormentados ojos, hermosos y profundos.

—Ujier… —llamó el presidente—, haga entrar al siguiente testigo.

El calor era sofocante. Sentados en el suelo, en la misma sala, jóvenes abogados formaban una especie de alfombra negra.

—Nombre y apellido.

—Aldo de Fieschi, conde Monti.

Era un hombre de unos cuarenta años, muy alto, de cara atractiva y regular, afeitada, boca dura, ojos gris claro y largas pestañas.

—Pobre Aldo —dijo alguien en la sala, inclinándose hacia otro espectador —. ¿Sabe lo que me dijo al día siguiente

del crimen? Estaba conmocionado y había perdido su altivez y su calma… «¡Ah, amigo mío! ¿Por qué no me habrá matado a mí?». Esta vergüenza, este despliegue de indignidades, eso no lo perdonará jamás.

—¿Qué sabe usted? Los hombres son muy raros… Ella se acostó con ese Martin para ponerlo celoso, sin duda. Y lo mató para que Monti no supiera nada… En el fondo resulta halagador.

—Ésa es la tesis de la defensa…

Entretanto, el presidente preguntaba:

—¿Pasó usted con la acusada la velada que precedió al crimen?

—Sí, señoría.

—¿Había conocido a la acusada en

1930?

—Así es.

—¿Quería casarse con ella?

—Sí, señoría.

—En un primer momento ella aceptó casarse y luego cambió de parecer, ¿no es así?

—Cambió de parecer.

—¿Por qué motivo?

—Dudaba en renunciar a su libertad.

—¿No dio otros motivos?

—No, no dio otros.

—¿Volvió usted a proponerle matrimonio?

—Varias veces.

—¿Proposiciones que siempre fueron rechazadas?

—Exacto.

—¿Tenía usted la sensación en los últimos tiempos de que en la vida de la acusada había otro hombre? ¿Temía a un rival?

—No, no sospechaba que lo hubiera.

—Háblenos de la noche que precedió al crimen, la última que pasaron juntos.

—Fui a buscar a la señora Eysenach a su casa hacia las ocho y media. Parecía la de siempre, ni nerviosa ni triste. Cenamos en Ciro's. Acabamos la velada en el Florence con unos amigos comunes, los Percier… Nos marchamos hacia las tres de la madrugada. Esa noche mi coche estaba en el taller, así

que utilizamos el de ella. La acompañé hasta la puerta y luego me fui a casa.

—¿La vio entrar en su domicilio?

—Me disponía a bajar, naturalmente, para acompañarla hasta la puerta de casa, pero había estado enfermo todo el día… Había aguantado a base de aspirinas. En el coche me daban escalofríos. Preocupada, la señora Eysenach me rogó que no saliera del coche. Era una noche gélida. Recuerdo que llovía y el viento soplaba con una fuerza extraordinaria. No obstante, su preocupación me hizo reír. La guerra me acostumbró a soportar esas penalidades y muchas otras sin darles importancia. Incluso hubo entre nosotros una especie

de pequeña discusión divertida… Quise abrir la puerta y bajar, pero ella me lo impidió. Me cogió la mano, se escabulló y saltó a la acera. «Lleve a casa al señor conde», le ordenó al chófer. Apenas me dio tiempo a besarle la mano antes de que el coche arrancara.

—Sin duda había visto a Bernard Martin esperándola…

—Sin duda —confirmó secamente el conde.

—¿No volvió a tener noticias de la señora Eysenach hasta el día siguiente?

—Al llegar a casa, le telefoneé como habíamos acordado. Nadie respondió. Pensé que ya dormía. Su doncella Flora me despertó pasadas las

seis para anunciarme el terrible suceso. Me dijo que fuera de inmediato, sin perder un segundo, que había ocurrido una desgracia. Comprenderá mi angustia… Me vestí a toda prisa y me lancé a la calle. Cuando llegué, la policía ya estaba allí. Encontré la casa llena de gente y el cadáver ya frío.

—¿Nunca había visto a la víctima?

—Nunca.

—Naturalmente, su nombre le era desconocido…

—Del todo desconocido.

—Señores del jurado, ¿tienen alguna pregunta que hacerle al testigo? ¿Señor fiscal? ¿Abogado?

—Señor —dijo el abogado defensor

—, ¿querría decirnos si, tal como se ha asegurado, es cierto que la acusada se mostraba celosa de sus atenciones hacia una de sus amigas? ¿Nunca le hizo alguna observación al respecto?

—No lo recuerdo.

—¿Querría buscar en su memoria?

—En efecto, la señora Eysenach —dijo al fin el testigo— se mostraba celosa e irritable en los últimos tiempos…

—Sí —lo interrumpió el abogado en mal disimulado son de triunfo—, desde antes de conocer a Bernard Martin. ¿No concuerda eso con lo que intentaba describirles a los miembros del jurado hace unos instantes? ¿Una mujer aislada,

incomprendida, buscando un mísero consuelo, migajas de amor al lado de un desconocido, engañada y escarnecida por el hombre al que adoraba?

—Mi cariño nunca le había faltado —aseguró Monti, que empezaba a aferrar nerviosamente la barandilla del estrado con sus anchas y delicadas manos.

—¿Nunca? ¿De verdad?

—Sentía el mayor afecto por la señora Eysenach —afirmó Monti—. Mi único deseo era casarme con ella, fundar un hogar… Pero ella no quiso. En consecuencia, no se me puede culpar si a veces he llegado a entregarme a ciertas distracciones inocentes, aunque

la defensa parece querer reprochármelo…

—En efecto —dijo el presidente volviéndose hacia la acusada—, sólo de usted dependía llevar una vida honorable, pero al parecer prefería el aliciente del peligro y el azar en el amor.

La mujer no respondió. Temblaba visiblemente. El defensor siguió interrogando a Monti:

—¿Es posible que usted, señor, usted, a quien esta desdichada señora amaba, acredite de este modo la leyenda que hace de una pobre mujer enamorada y débil una criatura loca y depravada? Sin embargo, ¿quién mejor que usted

para mostrarle indulgencia? Si ella hubiera visto en usted un afecto sincero, quizá eso la habría salvado… ¡Ah! —dijo elevando su famosa voz, su voz de oro—. Señor, me obligará usted a precisiones muy penosas. Lo lamento, pues hablaré con una crudeza que le ruego tenga a bien perdonarme… Sus asuntos financieros, señor conde, ¿no atravesaban una situación difícil en el momento en que conoció a la señora Eysenach?

En los bancos de la prensa, los periodistas taquigrafiaron:

> *«Grave incidente. El presidente suspende la sesión. Al reanudarse,*

el testigo declara…».

—La verdad es que mi familia, más rica en tierras que en dinero, nunca tuvo ingresos en consonancia con el rango que ostentaba. Sin embargo, no creo que haya en Italia o París nadie que sin mentir pueda acusarme de haber contraído deudas o vivido de forma extravagante. A mis ojos, la considerable fortuna de la señora Eysenach tenía menos peso que su atractivo y sus cualidades personales. No consideraba esa fortuna como un obstáculo para nuestra unión, porque, una vez casado, quería establecerme de un modo conveniente e incluso brillante.

Aportaba a mi prometida un apellido que podía hacerle olvidar mi pobreza, por lo demás bastante relativa… Es curioso que pretenda reprocharme esos problemas pecuniarios que, en fin, en un noble romano no suelen extrañar a nadie.

—El tribunal se inclina ante la perfecta corrección del testigo —dijo el presidente—. Puede retirarse, señor Monti. Ujier, el siguiente.

Una mujer muy atractiva, envuelta en pieles de zorro, menuda, de tez blanca y rostro afilado, con un corto velito negro flotando ante sus ojos, subió al estrado y, parsimoniosamente, se despojó de los guantes para prestar juramento.

—Nombre y apellidos.

—Jeannine Marie Suzanne Percier.

—¿Edad?

—Veinticinco años.

—¿Domicilio?

—Rue de la Faisanderie, ocho.

—¿Profesión?

—Mis labores.

—Se la ha citado como testigo, señora, en su calidad de cuarto comensal en la cena que precedió al drama y como íntima amiga de la acusada…

—Gladys Eysenach era para mí, en efecto, una excelente amiga. La quería mucho. Aún siento por ella una enorme simpatía y, naturalmente, una infinita

piedad…

La señora Percier se volvió hacia la acusada sonriendo, como si la invitara a devolverle la sonrisa, a reconocer su bondad. Gladys Eysenach irguió la cabeza y la miró; una leve mueca de amargura le crispó los labios. Por un instante, ambas mujeres se midieron con la mirada; luego, la acusada se alzó el cuello del abrigo con un gesto friolero y ocultó sus facciones.

—¿Estaba usted al tanto de la vida sentimental de su amiga?

—Dios mío, señoría, entre mujeres la amistad consiste en intercambiar chismorreos y direcciones de modistas, salir juntas y parlotear de esto y lo otro,

pura cháchara, pero las confidencias son muy poco frecuentes. Naturalmente, conocía la relación de Gladys con el conde Monti, como todo el mundo. Pero, aparte del conde, no sabría decir nada, al menos con precisión.

—¿Sabe usted por qué motivo su amiga rechazó siempre las proposiciones de matrimonio del conde Monti?

—Supongo —dijo Jeannine Percier encogiéndose ligeramente de hombros— que quería conservar una libertad que debía de resultarle muy valiosa, a juzgar por el uso que hacía de ella.

—¿Querría ser más precisa, señora?

—No quiero decir nada malo, Dios

me libre… Me limito a repetir lo que era de conocimiento público. Gladys era excesivamente coqueta. Nada le gustaba tanto como el flirteo, el reconocimiento y los halagos… Pero eso no es ningún crimen.

—En efecto, siempre que no pase de ahí.

—Mi marido y yo sentíamos por el conde la más franca amistad y lo pusimos en guardia muchas veces contra una boda que, en mi modesta opinión, los habría hecho infelices a los dos.

—Sin embargo, eran felices en su relación.

—Ella al menos lo parecía, aunque experimentaba unos celos terribles,

dolorosos. También era violenta, tras una fachada de calma y serenidad… Cuando me enteré de este horrible crimen, no me sorprendí. Siempre me pareció que, en su interior, Gladys incubaba una tragedia. Era una mujer… misteriosa. Exigente hasta lo irracional. Pedía a los hombres una fidelidad que, por desgracia, no es de estos tiempos. Esperaba una devoción que estaba justificada por su belleza, cierto, pero su edad… No quería reconocer nada de eso. Nunca quiso admitir que la pasión de su amigo se hubiera atenuado, que aunque él seguía sintiendo por ella un afecto inquebrantable, en fin, quizá había llegado el momento de ser más

indulgente, más tolerante… Por otra parte, como su propia vida sentimental estaba muy cargada, todo eso influía en su carácter y la volvía sombría e irritable.

—¿Puede hablarnos de la noche que precedió a los hechos, esa cena de Nochebuena que tan trágicamente había de terminar?

—Mi marido y yo cenamos en Ciro’s, donde nos encontramos con Gladys y el conde Monti. Decidimos acabar la velada en el Florence. El resto de la noche no ocurrió nada reseñable. Champán, bailes y regreso al amanecer. Eso es todo.

—¿La acusada parecía nerviosa,

agitada?

—A mí me pareció extraordinariamente nerviosa y agitada, señoría. Cada vez que Monti miraba a una mujer (¡oh, de la forma más inocente, la mayoría de las veces!), cada vez que le hacía un cumplido banal a su vecina, la pobre Gladys palidecía y temblaba. Daba pena, se lo aseguro… Me habría gustado tranquilizarla, pero ¿cómo? Recuerdo que cuando nos despedimos la besé con todo mi cariño, y espero que comprendiera mi simpatía. Cuando pienso en todo lo que la pobre tuvo que pasar después, me alegro de no haber reprimido ese arranque espontáneo de afecto…

—¿Nunca vio a Bernard Martin en casa de la acusada?

—Nunca, señoría.

—¿Ni oyó su nombre?

—Tampoco.

—¿Tuvo conocimiento de otras relaciones análogas, sea directamente, a través de la propia acusada, o por terceros?… ¿Titubea? No olvide que debe decir la verdad.

—Pues… —murmuró Jeannine, retorciendo nerviosamente sus largos guantes—, no sé qué decir.

—Únicamente la verdad, señora. ¿Prefiere que la interrogue? Durante la instrucción, dijo usted que aquello no la había sorprendido, que tenía que pasar,

y que era inevitable que la señora Eysenach cayera tarde o temprano en manos de un estafador… Cito sus propias palabras.

—Si lo dije durante la instrucción, será verdad…

—Tenga la amabilidad de concretar, señora. Está aquí para colaborar con la justicia.

—Al decir eso, pensaba en una… una casa de la rue Balzac que mi desdichada amiga tenía la debilidad de frecuentar.

—¿Quiere decir una casa de citas?

—Sí. No creo que deba ocultar a la justicia una conducta que, por extraña y anormal que parezca, puede arrojar luz

sobre el lado patológico del carácter de Gladys.

El presidente del tribunal miró a la acusada.

—¿Es eso cierto?

—Sí —respondió ella con voz cansina.

El presidente alzó lentamente en el aire sus anchas mangas rojas.

—¿Qué placer vergonzoso iba usted a buscar allí? Todavía hermosa y unida a un hombre respetable, ¿qué aberración la empujaba a esos lechos de pago? Rica como es, ni siquiera tenía la excusa de la necesidad de dinero, la cual, por desgracia, tan a menudo pierde a las mujeres… ¿No quiere responder?

—No lo niego —dijo la acusada en voz baja.

—¿Ha terminado su declaración, señora?

—Sí, señoría. ¿Se me permite implorar la clemencia del jurado para esta dama desventurada?

—Ése es el cometido de la defensa, no el suyo —le recordó el presidente con una leve sonrisa—. Puede retirarse, señora.

Jeannine Percier abandonó el estrado, y el desfile de testigos continuó. Eran personas humildes, el portero de la casa donde vivía la acusada, su chófer… Declaraban de un modo torpe y hasta risible, pero era evidente que

todos intentaban disculpar a Gladys Eysenach en la medida de sus posibilidades. Luego vinieron los médicos, unos para hablar del estado mental de la acusada, «nerviosa, excitable, pero en plena posesión de sus facultades y responsable de sus actos», y otros para describir el cadáver de la víctima.

El público, cansado, se agitaba con un sordo e incesante rumor, y determinadas frases, ciertos movimientos de los testigos, una palabra, un tic, una inflexión de voz, arrancaban a la sala risitas nerviosas.

—Haga entrar al siguiente testigo.

Era un anciano de tez pálida, casi

transparente, y cabellos plateados; su larga y fina boca tenía en las comisuras de los labios ese pliegue de cansancio que revela una profunda usura del cuerpo. Cuando lo vio, la acusada soltó un débil suspiro de dolor e, inclinada hacia delante, miró ávidamente al recién llegado.

Gladys Eysenach lloraba; avejentada y exhausta, parecía haber agotado la vergüenza, abandonarse…

—Nombre y apellidos.

—Claude-Patrice Beauchamp.

—¿Edad?

—Setenta y un años.

—¿Domicilio?

—Boulevard del Mail, veintiocho,

Vevey, Suiza. En París, vivo en el Quais Malaquais, doce.

—¿Profesión?

—Ninguna.

—Debe alzar más la voz para que lo oigan los señores del jurado. ¿Se siente capaz de ese esfuerzo?

El testigo inclinó la cabeza.

—Sí, señoría —respondió con suavidad y tratando de pronunciar con la mayor claridad—. Le ruego me perdone. Soy viejo y estoy enfermo.

—¿Quiere sentarse?

El testigo rechazó el ofrecimiento.

—¿Es usted pariente cercano de la acusada, su único familiar vivo?

—El apellido de soltera de la

señora Eysenach es Burnera. Yo me casé con Teresa Burnera. El padre de mi mujer y el de Gladys eran hermanos, importantes armadores de Montevideo. Salvador Burnera, el padre de mi prima, era un hombre de gran inteligencia y vasta cultura. Por desgracia, su mujer y él estaban separados, y a mi prima la crió su madre, que era, creo, una persona de carácter bastante inestable, difícil. Había cortado todas las relaciones con su familia. Mi mujer vio por primera vez a su prima durante un viaje a Aix-les-Bains. Entonces Gladys era casi una niña. Mi mujer la invitó a pasar una temporada con nosotros en Londres, donde vivíamos en esa época.

—¿Eso se remonta a…?

Pero el testigo no respondió. Miraba compadecido el rostro de la acusada, que parecía ajado y lívido a la luz de las lámparas. Gladys bajó los ojos con tristeza. El anciano suspiró.

—Fue hace mucho tiempo —dijo al fin—. Ya no me acuerdo.

—¿Podría decir a los miembros del jurado cuál era el carácter de la acusada en esa época?

—Entonces era dulce y alegre. Buscaba el reconocimiento… Nada le gustaba tanto como que la cortejaran.

—¿Siguieron viéndose?

—Ocasionalmente. Mi prima se casó con Richard Eysenach. Viajaba mucho.

Cuando pasaba por París, yo nunca dejaba de ir a presentarle mis respetos. Pero no solía quedarme en París. Mi mujer estaba delicada de salud y pasábamos varios meses al año en Suiza. No obstante, mi hijo Olivier visitaba con frecuencia la casa de los Eysenach… En 1914, unos meses antes de la muerte de la pobre Marie-Thérèse, la hija de mi prima, pasé por Antibes. Nos vimos allí. Luego regresé a Vevey. Mi hijo murió en la guerra. Fijé definitivamente mi residencia en Vevey, cuyo clima me conviene… No había vuelto a ver a mi prima.

—¿Es la primera vez que la ve en veinte años?

—Así es, señoría.

—Se lo ha citado como testigo en este penoso asunto porque en el domicilio de la acusada se encontró una carta dirigida a usted… Esa carta obra en nuestro poder. Se procederá a leerla a los miembros del jurado.

Cabizbaja, la acusada oyó:

—«Ven en mi ayuda. No te extrañes de que acuda a ti. Seguramente te habrás olvidado de mí. Pero no tengo a nadie más en el mundo. Todos los que me rodeaban han muerto. Estoy sola. A veces tengo la sensación de que me han arrojado viva al fondo de un pozo, a un abismo de soledad… Sólo tú te acuerdas aún de la mujer que fui. Me da

vergüenza, una vergüenza horrible, pero quiero tener el valor de acudir a ti, sólo a ti, a ti, que me has querido».

»Esta carta fue cerrada y dirigida a su nombre y su dirección de Suiza, pero nunca fue enviada.

—Lo lamento profundamente —dijo Beauchamp en voz baja.

—Señora Eysenach, ¿quería confiarse a su pariente?

La acusada se levantó con esfuerzo e inclinó la cabeza:

—Sí…

—¿Hablarle de Bernard Martin? ¿Compartir con él la inquietud que esa relación despertaba en usted? ¿Pedirle consejo? Hemos de lamentar que no

siguiera ese primer impulso…

—Quizá —respondió, alzando levemente los hombros.

—En los últimos tiempos, ¿la acusada nunca le escribió, señor Beauchamp?

—Nunca. La última carta que recibí de ella era la que me anunciaba la muerte de su hija.

—¿Considera a la acusada capaz de realizar un acto violento?

—No, señoría.

—Está bien, gracias.

El anciano se marchó. Otros testigos subieron al estrado. Gladys Eysenach alzaba los ojos de vez en cuando y parecía buscar un rostro amigo a su

alrededor. Incluso las caras cuya curiosidad le había resultado tan penosa unas horas antes, ahora apartaban la mirada de ella, cansadas ya, hoscas, indiferentes. El público empezaba a sentir la lasitud y la impaciencia de los finales de sesión. Se oía el sordo rumor de los pasillos, que de vez en cuando penetraba en la sala por una puerta mal cerrada, como el ruido del mar batiendo contra un islote. Los presentes examinaban con frialdad el rostro angustiado, pálido y tembloroso de la acusada como se contempla a una fiera salvaje prisionera tras los barrotes de una jaula, feroz pero capturada, con las zarpas y los dientes arrancados,

jadeante, medio muerta…

Con refunfuños, encogimientos de hombros y exclamaciones ahogadas, la gente murmuraba:

—Qué decepción. Y decían que era tan guapa, pero parece una vieja…

—Vamos, no sea injusta. Después de meses de prisión preventiva, sin ningún maquillaje, por no hablar de los remordimientos, me gustaría verla a usted en su lugar.

—Gracias.

—No se puede negar que tiene clase. Es fina… Miren qué manos tan bonitas… Unas manos que han matado.

—A partir de cierta cifra de impuestos, no se mata tan fácilmente.

—No estoy yo muy segura de eso…

—Engañar a un amante como Monti… —suspiró una mujer que permanecía de pie al fondo de la sala.

Los siguientes testigos eran personas que habían conocido a Bernard Martin, pero la gente, aburrida, apenas los escuchaba. En aquel juicio, la acusada era la única persona que interesaba a la concurrencia; la víctima sólo era una pálida sombra. En medio de la indiferencia general, se supo que Bernard Martin había nacido en Beix (Alpes Marítimos) el 13 de abril de 1915, de padre y madre desconocidos. Posteriormente, había sido reconocido por Martial Martin, un *maître* que vivía

en concubinato con Berthe Souprosse, antigua cocinera. Ambos habían estado al servicio de los duques de Joux, que les habían pasado una renta hasta el día de su muerte, que a Martial le sobrevino en 1919 y a Berthe en 1932. Ella parecía querer al pequeño Bernard. Lo había criado con esmero y muy por encima de su condición. El niño había conseguido una beca en Louis-le-Grand. El tribunal ordenó dar lectura al testimonio de uno de los antiguos profesores de Bernard Martin:

—«Carácter silencioso, amargo, sombrío. Inteligencia excepcional, con algunos rasgos de genio precoz o, al menos, esa especie de tenacidad, esa

paciencia clarividente y profunda que, aplicada al objeto conveniente, hacen al genio.

»Esto está extraído de mis notas personales y data de la época en que el pobre muchacho entraba en la adolescencia. Ahora puedo añadir, a la luz de mis recuerdos, que la mayoría de las veces esas dotes de paciencia e intuición estaban llamadas a servir a fútiles divertimentos. La única pasión de Bernard Martin parecía ser vencer la dificultad del momento, cualquiera que fuera ésta, y, una vez conseguido, se desentendía del estudio o el juego que había logrado dominar. Siendo un niño, a raíz de una apuesta con uno de sus

jóvenes condiscípulos, aprendió inglés por sí solo a golpe de diccionario en tres meses. Después de alcanzar cierto conocimiento de esa lengua, abandonó repentinamente su estudio y no volvió a pronunciar una sola palabra inglesa. Matemático nato, uno de los primeros alumnos de mi clase, ingresó en la facultad de Letras impulsado una vez más por esa perversa curiosidad y esa inquieta ambición que descubrí en él a la edad de doce años. Resultaba muy difícil influir en él. Era uno de esos chicos a los que las buenas compañías no pueden mejorar ni las malas empeorar. Parecía vivir únicamente al dictado de sus propias leyes y no

obedecer más que su propio código de conducta.

»De gustos modestos, con cierta inclinación al ascetismo, extremadamente ambicioso, el papel de amante de una mujer rica es el que menos concordaba con su carácter. Sin duda lo sedujo la posición y el prestigio de la mujer: se resentía de su oscuro origen y deseaba hacer fortuna en sociedad.

»Lamento el drama que le costó la vida, pues siempre creí que ese muchacho tenía un gran futuro por delante».

—Haga entrar al siguiente testigo.

Era un joven de veinte años del tipo

levantino. Pelo negro y mal cortado, rostro afilado y ojos llenos de fuego. Hablaba deprisa, tartamudeando ligeramente, avergonzado sin duda de su acento extranjero.

—¿Nombre y apellido?

—Constantin Slotis.

—¿Edad?

—Veinte años.

—¿Domicilio?

—Rue Fossés-Saint-Jacques.

—¿Profesión?

—Estudiante de Medicina.

—No es usted pariente ni comparte intereses con la acusada. No está a su servicio ni ella al suyo. ¿Jura hablar sin odio ni miedo, decir la verdad, toda la

verdad y nada más que la verdad? Levante la mano y diga: «Lo juro»… Bien. ¿Conocía a Bernard Martin?

—Vivíamos en habitaciones contiguas.

—¿Le hizo confidencias?

—Jamás. No era esa clase de hombre. No hablaba mucho.

—¿Qué clase de hombre era, en su opinión?

—Guasón, violento, poco comunicativo. Teníamos amigos comunes, hombres y mujeres. Todos le dirán lo mismo.

—¿Pasaba apuros?

—Como todo el mundo… Quiero decir, en el barrio, señoría. Se vive más

o menos bien del uno al cinco, pero luego…

—¿Le pedía préstamos?

—No, y hacía bien. Como dice un proverbio de mi tierra, no va uno al río por agua cuando está seco.

—¿Tuvo la impresión de que sus recursos habían aumentado algún tiempo antes de su muerte?

—No, señoría.

—¿Coincidió alguna vez con la acusada cuando visitaba a Bernard Martin?

—La vi una sola vez, el trece de octubre de 1934.

—Sus recuerdos son muy exactos…

—Tenía un examen al día siguiente,

y el perfume de esa mujer era tan penetrante que se colaba por debajo de mi puerta y me impedía estudiar. Saqué una nota pésima. Por eso lo recuerdo con tanta exactitud. —Se oyeron risas en la sala. Slotis prosiguió—: Cuando salió, por supuesto, abrí la puerta para verla. La reconozco perfectamente. Era muy guapa…

—¿Estuvo mucho rato en la habitación de su amigo?

—Una media hora.

—¿Comentó esa visita con Bernard Martin?

—Sí, nos encontramos esa misma noche en un establecimiento de la rue Vavin. Estábamos un poco achispados,

creo… Yo le dije: «Vaya, chico, qué bien te relacionas». En fin, lo que se dice en estos casos. Se rió. Cuando se reía, tenía una expresión muy dura. Incluso pensé: «Algún día esa mujer lo va a lamentar».

—Es él quien lo «lamentó», como usted dice. ¿Qué contestó?

—Me recitó el sueño de Atalia, señoría.

—¿Cómo?

—«Mi madre Jezabel ante mí se mostró…».

—Qué castigo… —dijo el magistrado mirando a la acusada.

Gladys Eysenach escuchaba a Slotis con suma atención; sus finas aletas

nasales palpitaban; sus ojos estaban inmóviles y brillaban; en su hermoso pero estropeado rostro había aparecido al fin la expresión astuta y cruel que conviene a la máscara del crimen. El jurado se sintió más seguro y más convencido.

—¿Vio a Bernard Martin el día anterior a su muerte?

—Sí; estaba borracho.

—¿Solía beber?

—Bebía poco. Por lo general, aguantaba bien la bebida, pero esa noche estaba como una cuba. Le había afectado mucho la muerte de una de sus antiguas amantes, una tal Laurette, Laure Pellegrain, que había vivido con él hasta

el mes de noviembre. Estaba tuberculosa. Murió en Suiza.

—¿Sabía usted de la existencia de esa mujer? —le preguntó el presidente a la acusada.

—Sí —murmuró ella.

—El dinero que daba a su joven amante ¿iba a parar a manos de esa mujer?

—Es posible.

—Mire a la acusada… —le susurró un hombre del público a su vecina—. Ha debido de sufrir mucho por culpa de ese Bernard Martin. A veces, cuando hablan de él, por su rostro pasa una expresión de odio. Aparte de eso, no parece una mujer que haya matado a

nadie.

Una chica de tez lechosa con el pelo rubio asomando bajo un sombrero negro subió al estrado y entrelazó las gordezuelas manos. Su nombre, Eugénie Follenfant —ella misma soltó una risita al pronunciarlo—, provocó la hilaridad del público.

—Nada de risas —dijo el presidente, golpeando la mesa con el abrecartas que tenía en la mano—. Esto no es un espectáculo.

—Río porque estoy nerviosa.

—Pues cálmese y responda. Está usted al servicio de la señora Dumont, propietaria de la pensión de la rue Fossés-Saint-Jacques donde vivía la

víctima. ¿Reconoce usted a la acusada como la persona que fue a visitar a Bernard Martin en diversas ocasiones?

—Sí, señoría —respondió la chica —. La reconozco.

—¿La vio a menudo?

—Comprenderá que, en una pensión para estudiantes, una no se acuerda de todas las que vienen… En ésta me fijé porque no era como las demás, con sus elegantes vestidos y su piel de zorro al cuello. Pero no recuerdo si vino tres, cuatro o cinco veces. Una cosa así…

—¿Bernard Martin nunca le hizo confidencias?

—¿Ése? Madre mía…

—No parece haberle dejado un

recuerdo muy agradable.

—Era un chico raro. Malo no, pero tampoco como la mayoría. A veces se pasaba toda la noche estudiando y dormía durante el día. Lo vi pasar días enteros sin comer otra cosa que las naranjas que le llevaba la señorita Laure. Con ella era cariñoso. La quería.

—¿No se mostraba celosa de la acusada? ¿Nunca los oyó discutir?

—Jamás. Él estaba muy preocupado por la salud de la señorita Laure, que sufría del pecho. Como que se murió en Suiza un mes después de haberse separado de él…

—Y entre Bernard Martin y la acusada, ¿nunca sorprendió una

conversación, confidencias, peticiones de dinero, quizá?

—Nunca. Cuando ella venía, no se quedaba mucho rato. Lo que recuerdo es que cuando entraba en la habitación después de que ella se hubiera ido, la cama no estaba deshecha. Lo comprobé varias veces. Claro que quizá se las arreglaban de otra forma, ¿no?

—Bueno, no es necesario que entre en detalles —dijo el magistrado mientras el público reía.

De pronto, a la acusada le dio un ataque de nervios.

—¡Tengan compasión de mí! —repetía sollozando, encorvada en el banquillo—. Déjenme… ¡Yo lo maté!

¡Que me encarcelen, que me ejecuten, me lo merezco! Me lo merezco mil veces, merezco la muerte y la desgracia, pero ¿por qué esta exhibición de indignidades? Sí, lo maté, no pido clemencia, pero que esto acabe, que esto acabe…

La sesión se suspendió y quedó aplazada hasta el día siguiente. Poco a poco, el público abandonó la sala. Era tarde; caía la noche.

La del día siguiente fue la sesión de los alegatos.

La acusada ya no le interesaba a nadie. En una noche, toda su belleza parecía haberla abandonado para siempre. Era una vieja acorralada. Por

lo demás, apenas se la veía en la penumbra del banquillo de los acusados. Se había dejado puesto el sombrero, que, inclinado sobre los ojos, le ocultaba las facciones. La gente no apartaba la vista del abogado defensor; todavía joven, lucía un hermoso cabello negro y sus carnosos labios esbozaban una mueca de desdén. Era la estrella del día.

La acusada escuchó el alegato del fiscal con el rostro oculto entre las manos.

—Hasta la noche del veinticuatro de diciembre de 1934, la mujer que ven ante ustedes, señores del jurado, fue una de las privilegiadas de este mundo.

Todavía era hermosa, tenía buena salud y gozaba libremente de una fortuna considerable… Sin embargo, desde la infancia le había faltado una familia, un hogar, ejemplos de moralidad… ¡Ah, cuánto habría preferido nacer en una de esas admirables familias de la burguesía que…! —Lentamente, las manos de la acusada descendieron hasta sus rodillas. Por un instante alzó el rostro, pálido y tenso. Siguió escuchando—. Una mujer pobre, una mujer ignorante, una mujer maltratada quizá habría merecido indulgencia. Sin embargo, ésta…

»Que la llama de la justicia, señores del jurado, no se apague en sus manos… Ustedes demostrarán que la justicia es

igual para todos y que el encanto, la belleza y la cultura de esta mujer sólo pueden inclinar la balanza aún más del lado del justo rigor. Esta mujer mató voluntaria y premeditadamente. Merece un castigo proporcionado a su delito.

Luego vino el admirable alegato de la defensa. De vez en cuando, la poderosa voz se tornaba suave y sensible. El abogado mostró en Gladys Eysenach a una mujer que sólo había vivido para amar, que sólo se había preocupado en este mundo por el amor y que, en nombre del amor, merecía el olvido y el perdón. Habló del temible demonio de la sensualidad, que acecha a las mujeres que envejecen y las empuja

a la falta y la vergüenza. Algunas de las presentes lloraban.

Después, el presidente se volvió hacia la mujer y pronunció la frase de rigor:

—¿Tiene la acusada algo que añadir?

Gladys Eysenach guardó silencio. Al fin, negó con la cabeza y murmuró:

—No. Nada. —Y bajando la voz agregó—: No pido clemencia… He cometido un crimen espantoso.

Los rayos del sol poniente atravesaban la tarde, cálida y tormentosa; la atmósfera de la sala se hacía asfixiante por momentos y el gentío daba muestras de nerviosismo y

excitación. Un sordo rumor anunciaba y auguraba el veredicto. El jurado se había retirado y los alguaciles se habían llevado a la acusada.

Al fin, hacia las nueve, sonó un timbre, tan débil que apenas se oyó. Señalaba la conclusión de las deliberaciones del jurado. Había caído la noche. En la sala, llena a rebosar, el gentío parecía exhalar un vaho que cubría de humedad los cristales de las ventanas. El calor era sofocante.

El presidente del jurado, pálido y con manos temblorosas, leyó el veredicto. El tribunal dictó sentencia. Un murmullo recorrió los bancos de la prensa y llegó hasta el público, que

permanecía de pie.

—Cinco años de prisión…

Las puertas del viejo Palacio de Justicia se abrieron y la gente empezó a marcharse. Al salir, todos se detenían en el umbral y aspiraban la brisa con fruición. La lluvia volvía a caer en forma de gruesas gotas sueltas.

—Mañana seguirá lloviendo —dijo alguien mirando al cielo.

—Vamos a tomar una cerveza —dijo otro.

Dos mujeres hablaban de sus maridos. El viento se llevó sus palabras hacia el Sena, negro y tranquilo.

Como se olvida a los actores cuando la obra ha acabado, nadie se acordaba

ya de Gladys Eysenach. Ahora su papel había terminado. A la postre, había sido banal. Un crimen pasional, un castigo moderado… ¿Qué sería de ella? A nadie le importaba su futuro ni su pasado.

1

Vieja y vencida, Gladys aún era hermosa. El tiempo la había deshojado a regañadientes, con mano suave y prudente; apenas había alterado el dibujo de un rostro en el que cada rasgo parecía modelado con amor, tiernamente cincelado. El largo y blanco cuello permanecía intacto; sólo los ojos, que nada puede rejuvenecer, no brillaban ya como antaño; su mirada traicionaba la ansiosa y cansada sabiduría de la edad, pero cuando Gladys bajaba sus hermosos párpados, quienes la veían podían reconocer la imagen de una niña

que había bailado por primera vez en Londres, en el baile de los Melbourne, una hermosa y muy lejana noche de junio.

En el salón de los Melbourne, con su revestimiento de madera blanca y sus duras banquetas de damasco rojo, los estrechos espejos empotrados habían reflejado el rubio cabello, cortado con flequillo sobre la blanca frente, y los brillantes ojos negros de una delgada muchachita todavía desgarbada y tosca a la que nadie conocía, cuyo nombre era Gladys Burnera.

Llevaba guantes largos, un vestido blanco adornado con volantes de muselina y rosas en el escote, el talle

ceñido con un ancho cinturón de satén. Cuando bailaba, parecía que la dicha la llevara en volandas, que se moviera a impulsos de la brisa. Su cabello, trenzado y recogido en forma de corona alrededor de la cabeza, tenía el color exacto del oro; sin duda, era la primera vez que se peinaba de ese modo: ante cada espejo, volvía suavemente la cabeza y se miraba la delicada y blanca nuca sin un hilo de oro, sin una joya. Bajo el ceñidor llevaba un ramillete de pequeñas rosas rojas, sus preferidas, muy oscuras y fragantes; de vez en cuando, cerraba los ojos para aspirar su aroma diciéndose que nunca olvidaría aquella bocanada de perfume en el calor

del baile, ni la brisa nocturna en sus hombros, ni el brillo de las luces, ni la música de vals que resonaba en sus oídos. Qué feliz se sentía… O puede que no, que aquello todavía no fuera la felicidad, sino su espera, una divina inquietud, una ardiente sed que le abrasaba el corazón.

El día anterior aún era una niña triste y débil junto a una madre odiada. Y de pronto aparecía como una mujer hermosa y admirada, pronto amada… «Amada», pensaba, y al instante sentía una profunda inquietud: se veía fea, mal vestida, mal educada; sus gestos eran bruscos y torpes. Con los ojos, buscaba con temor a su prima, Teresa

Beauchamp, sentada entre las madres. Pero poco a poco el baile la iba aturdiendo; la sangre corría por sus venas, más rápida y ardiente. Volvía la cabeza y contemplaba los árboles del parque, la suave y húmeda noche tachonada de fuegos anaranjados, las pequeñas columnas de la sala de baile, graciosas y esbeltas como jovencitas. Todo la extasiaba, le parecía hermoso, raro y encantador. La vida tenía un sabor nuevo, agridulce, nunca probado.

Hasta los dieciocho años había vivido con una madre fría, severa, medio loca, una vieja muñeca repintada, tan pronto frívola como atemorizante, que arrastraba por todos los rincones

del mundo su hastío, sus gatos persas y su hija.

Mientras bailaba esa noche en casa de los Melbourne, la imagen de aquella pequeña, escuálida y gélida mujer de ojos verdes la perseguía. Los dos meses que iba a pasar en Londres, en casa de los Beauchamp, se acabarían tan pronto… Sacudió la cabeza; procuraba alejar esa idea y bailaba más deprisa, más ligera… Los volantes del vestido giraban a su alrededor, y la agitación de la vaporosa gasa le producía una deliciosa sensación de vértigo.

Nunca olvidaría aquella breve temporada. Nunca volvería a sentir un placer de esa índole. En el fondo del

corazón, siempre queda la añoranza de una hora, de un verano, de un fugaz momento en el que sin duda se alcanza el punto de floración. Durante unas semanas o unos meses, raramente más, una joven muy hermosa deja de vivir la vida normal. Está ebria. Se le concede la sensación de estar fuera del tiempo, fuera de sus leyes, de no sentir la monótona sucesión de los días, de disfrutar únicamente de los instantes de intensa y casi desesperada felicidad. Bailaba, corría al amanecer por el jardín de los Beauchamp y, de pronto, le parecía estar soñando y empezar a despertar, que el sueño había terminado.

Su prima, Teresa Beauchamp, no

comprendía esa exaltación, esa alegría de vivir, que a veces se transformaban en profunda tristeza. Teresa había sido siempre más frágil y más fría. Unos años mayor que Gladys, era menuda y delgada, tenía la talla de un niño de quince años, una cabecita delicada, un poco cóncava en las sienes, la tez biliosa, hermosos ojos negros y una voz suave y sibilante que revelaba los primeros estragos de la enfermedad pulmonar que padecía.

Se había casado con un francés, pero, nacida y educada en Inglaterra, volvía asiduamente a Londres, donde poseía una magnífica casa. Teresa había tenido una infancia feliz y una juventud

tranquila; se había acostumbrado a la vida social gradualmente, mientras que Gladys se había lanzado a ella de golpe. Teresa no poseía la belleza de su prima; ningún hombre la había mirado nunca como miraban a aquella indómita muchachita.

Al entrar en casa de los Melbourne, Gladys se había cogido a la mano de Teresa como una niña asustada. Ahora estaba bailando; pasaba por delante de Teresa sin verla, con los labios entreabiertos en una dulce sonrisa de triunfo. Su prima, que después de un vals se sentía cansada, la contemplaba con envidia y admiraba aquel cuerpo delicado que ocultaba unos nervios de

acero para la diversión. Cuando le preguntaban «¿Es guapa su primita?», Teresa asentía haciendo con la cabeza un movimiento de asombro y cansancio que le daba la gracia de un pájaro enfermo, y respondía muy sensatamente: «Tiene una belleza muy prometedora», porque, en el rostro de sus iguales, las mujeres no ven florecer ese brote fugitivo y casi atemorizador.

—Procuramos que se divierta. *We try to give her a good time* —decía Teresa, y se erguía aún más en los duros cojines del canapé.

Nunca se apoyaba en los respaldos; nunca daba la menor muestra de impaciencia. Se abanicaba suavemente

con una sonrisa cansada y tensa; tenía un tinte ardiente, enfermizo en los pómulos. La noche avanzaba. Teresa se sentía embargada por una profunda tristeza; al principio había mirado a Gladys con agrado, con la tierna indulgencia de la prima mayor; ahora, sin saber por qué, sufría al verla tan hermosa e incansable. Por un instante, sintió que le habría gustado agarrarla del brazo y gritarle: «¡Basta! ¡Para! Eres demasiado atractiva, demasiado feliz…». No sabía que durante muchos años Gladys despertaría esa tristeza celosa en el corazón de todas las mujeres.

Avergonzada, agitó el abanico con movimientos más vivos. Llevaba un

vestido de satén cobrizo con una doble falda de chantilly, y su corpiño bordado lucía perlas broncíneas. Se miró en un espejo y se vio fea; envidió desesperadamente el sencillo vestido blanco de Gladys y su pelo dorado. Se recordó que estaba casada, que era feliz, que tenía un hijo, que aquella jovencita estaba en el umbral de una vida incierta. «¡Bah! Tú también cambiarás, pequeña —pensó con amargura—. Qué deprisa pasarán esa insolencia, esa lozanía… Cómo se apagarán esas miradas triunfales que lanzas a la gente. Tendrás hijos, envejecerás… ¡Bah! Aún no sabes lo que te espera, pobre pequeña».

De pronto, se levantó y se acercó a

Gladys, que se había apoyado en el vano de una ventana, ante una cortina roja, y le tocó el brazo con el abanico.

—Vamos, querida —le dijo—. Tenemos que regresar a casa.

Gladys se volvió hacia ella. Teresa se quedó sorprendida ante el cambio que una hora de diversión había operado en aquella dócil y silenciosa muchachita. Todos sus movimientos eran de una facilidad y una habilidad etéreas; su mirada, triunfal; su risa, alegre y burlona. Aunque apenas parecía haber oído las palabras de Teresa, negó con la cabeza con impaciencia.

—¡Oh, Tess! ¡No, no! Por favor, Tess…

—Sí, querida.

—Vamos, sólo una hora más…

—No, querida, es tarde, toda una noche, a tu edad…

—Otro baile, sólo otro baile…

Tess suspiró. Como siempre que estaba cansada o irritada, su respiración se tornó más agitada, más dificultosa; sus labios dejaron escapar un silbidito ronco.

—Yo también he tenido dieciocho años, Gladys —le dijo a su prima—, y no hace tanto… Comprendo que el baile te parezca maravilloso, pero hay que saber dejar la diversión antes de que ella la deje a una. Es tarde. ¿No te has divertido bastante?

—Sí, pero eso ya ha pasado —murmuró Gladys a su pesar.

—Mañana, por no haber querido marcharte a su hora, estarás pálida y cansada. Este baile no es el último, la temporada aún no ha acabado…

—Pero acabará pronto —repuso Gladys con los ojos brillantes de impaciencia y ansiedad.

—Entonces será el momento de llorar. Ya sabes que todo se acaba. Tienes que aprender a resignarte.

Gladys había agachado la cabeza, pero no escuchaba. En su corazón, una voz interior ahogaba todas aquellas palabras vanas, una voz fuerte y cruel que clamaba: «¡Déjame! ¡Quiero

divertirme! Si me privas de mis diversiones te odiaré… Si interrumpes uno solo de los instantes de felicidad que Dios me conceda, te desearé la muerte…».

No oía más que aquella embriagadora fanfarria, la voz misma de su juventud. ¿Era posible que fuera a ver acabar, caer en la nada aquella noche tan hermosa, tan perfecta, que para otros sólo fuera un baile más en la temporada de Londres, *a fastidious affair*, decía Tess, unas cuantas horas pronto olvidadas?

—Venga, he dicho que nos vamos —dijo su prima casi con brusquedad. Gladys la miró sorprendida. Tess

suspiró—. Estoy enferma, cansada… Tenemos que irnos…

—Perdona —murmuró Gladys cogiéndole la mano. Su rostro había cambiado; otra vez era infantil e inocente. La llama cruel de sus ojos se había apagado.

—Vamos —dijo Tess esforzándose en sonreír—. Eres una buena chica, una chica sensata. Ven…

Gladys la siguió sin decir nada.

2

Para Gladys, la última noche de la temporada fue un torbellino de bailes, música y colores que la arrastró unas horas y luego la abandonó desilusionada y cansada. Tenía que marcharse al día siguiente.

Volvió a casa con los Beauchamp al amanecer. Una bruma lechosa iluminaba Londres; las calles estaban vacías, a un tiempo pálidas y brillantes; el viento matutino, casi frío, dejaba en los labios un sabor a lluvia y carbón húmedo, pero, de vez en cuando, el aroma de las rosas que florecían en los parques surcaba el

aire.

Gladys se llevó las manos a la cara suavemente. Las mejillas le ardían como llamas. El corazón le palpitaba con rápidos y asustados latidos al compás del último vals bailado. Lo canturreó distraídamente, se alisó el pelo con cuidado y se inclinó hacia Tess sonriendo. Pero estaba triste. Siempre era igual; de pronto, la alegría la abandonaba y se sentía inundada por una amarga y profunda melancolía. Fantaseó vagamente con un hombre que le había gustado, un apuesto caballero del que todas las chicas estaban enamoradas esa temporada. Era un joven conde polaco, agregado de la embajada rusa; se

llamaba Tarnovski. Gladys pensó en las mujeres tan hermosas que había visto, en aquellas muchachas felices, cuya vida estaba trazada de antemano, mientras que ella era casi una desclasada hija de divorciados, hija de Sophie Burnera, *an unhappy woman, a wicked woman*, como decía Tess. Miró a su prima, que iba a su lado, y sintió lástima por ella, tan frágil, cansada y enferma parecía; de vez en cuando, tosía con penoso esfuerzo. Claude Beauchamp había bajado el cristal de la ventanilla y vuelto la cabeza. Gladys le sonrió tímidamente, pero él parecía no verla.

Tenía un rostro fino y alargado, unas mejillas chupadas, como succionadas

desde dentro de los pómulos, y una hermosa boca de labios delgados que, en reposo, se apretaban hasta formar un único trazo recto en su cara. Alto y frágil, solía mantener el cuerpo un poco encorvado y la cabeza inclinada hacia delante. Era educado, frío, distante y reservado. A Gladys le parecía casi un anciano, aunque era joven. Lo admiraba, pero nunca lo había mirado con el deseo de complacerlo.

Entretanto, el coche se había detenido ante la casa de los Beauchamp. Abajo, en la biblioteca de Claude, les tenían preparadas bebidas. Las habitaciones eran frías y, cuando Teresa volvía tarde, le dejaban la chimenea

encendida. Algunos troncos seguían ardiendo e iluminaban los viejos muebles, muy altos y de un diseño pasado de moda, de madera negra antigua, lustrosa como el ébano.

Gladys abrió la ventana y se apoyó en el alféizar.

—Cogerás frío, querida —suspiró Tess.

—Claro que no.

—Al menos, échate un abrigo por los hombros.

—Qué va, querida mía. No le tengo miedo al frío, ni a nada en el mundo.

Ambas tenían la costumbre victoriana de los *endearments*, las expresiones de cariño. Se trataban de

«querida», *darling, my sweetheart, my love*… y se miraban sonriendo, pero sus ojos eran duros.

Gladys cogió las flores que llevaba sujetas en el cinturón y las olió.

—Déjalas, están marchitas —le dijo Tess con gesto impaciente.

—Da igual. Estas pequeñas rosas rojas son las únicas que saben marchitarse bien; no se ajan, se consumen. Mira —dijo, mostrando las flores en su mano—. Y huele qué aroma tan delicioso.

Las acercó con suavidad a la nariz de Teresa, que apartó la cabeza.

—El olor de las flores me molesta —dijo.

Gladys sonrió apurada; veía que irritaba a Tess. «Pobrecita Teresa», pensó. Le daba lástima, pero sentía una crueldad inquieta, el deseo de conocer por primera vez, de medir el alcance de su poder de mujer. Su pequeño rostro, palidecido por la noche en vela, estaba tenso y temblaba. «¿Por qué? —se preguntó Gladys de pronto—. ¿Qué he hecho?».

La voz de un niño que despertaba llegó del primer piso, donde Olivier, el hijo de los Beauchamp, tenía su habitación. Teresa se levantó al instante.

—Ya son las seis… Olivier se levanta.

—No te quedes con él ahora, ve a

descansar.

Teresa cogió el abanico que había dejado encima de la silla y abandonó la biblioteca. Claude y Gladys se quedaron solos. Ella abrió el balcón de par en par.

—Ya es de día…

Él apagó la lámpara. Salieron al balcón corrido que rodeaba la casa. La mañana era preciosa, muy tranquila. En el jardín vecino, los pájaros saludaban al sol con sus agudos y alegres trinos.

—¿No tienes sueño?

—Claro que no —respondió Gladys con impaciencia—. Tú, Claude, tampoco hablas de otra cosa más que de descanso y de sueño. ¿No te parece que una noche en blanco te aligera? Se diría

que ya no tienes sangre ni carne, que un soplo de viento podría arrastrarte…

—Mira cómo se balancea ese árbol en la brisa…

—Sí, es hermoso. —Gladys se inclinó, entornó los párpados y los ofreció al aire de la mañana—. La hora más bonita del día.

—Sí, los dos únicos momentos que merecen la pena, *worth considering* —dijo Claude mirándola—, son el comienzo y el final de todas las cosas, el nacimiento y el declive.

—No comprendo por qué ese anciano —dijo Gladys con repentina vehemencia—, el del libro que tanto te gusta, asegura que nunca, en ningún

instante de su vida, pudo decir: «¡Detente!».

—Bueno, porque era un viejo idiota, supongo…

Gladys aspiró la brisa sonriendo, inclinó la hermosa cabeza y contempló su brazo desnudo.

—Detente, instante —dijo con suavidad.

—Sí —murmuró Claude. Ella rió, pero él la contemplaba con una expresión intensa y dura. Más que admirarla, parecía temerla y casi odiarla —. Gladys… —dijo al fin.

Y repitió su nombre con una especie de asombro. Luego, se inclinó y le cogió la mano, todavía infantil, delgada, sin

anillos, que pendía entre los pliegues del vestido. La besó temblando. Besó el delgado brazo, en el que se veían señales de golpes y arañazos, porque a veces era masculina, brusca, y le gustaban los caballos difíciles, los obstáculos, los peligros. Permaneció encorvado ante ella, humilde como un niño. Gladys nunca olvidaría ese instante, aquel embriagador sentimiento de orgullo y la deliciosa paz que invadió su corazón.

«La felicidad es esto», se dijo, y no retiró la mano. Pero su fina nariz se agitó imperceptiblemente y su rostro, tan joven, se transformó de pronto en el de una mujer, astuto, ávido y cruel. Qué

grato era ver un hombre a sus pies… ¿Qué había en el mundo mejor que el nacimiento de ese poder de mujer? Eso era lo que esperaba, lo que llevaba días presintiendo… El placer, el baile, el éxito no eran nada, palidecían ante aquella intensa sensación, ante aquella especie de mordedura interior. «¿El amor? —pensó—. ¡Oh, no! El placer, casi sacrílego, de ser amada…».

—No soy más que una niña y tú, el marido de Tess —dijo en voz alta.

Él alzó los ojos y la vio sonreír. Se miraron unos instantes.

—Una niña, sí —admitió Claude con esfuerzo—. Pero ya una coqueta consumada y peligrosa.

Había recuperado su expresión impasible. Sólo sus dedos temblaban. Quiso marcharse, pero ella le preguntó con suavidad:

—Entonces, ¿estás enamorado de mí? —Claude no contestó; en su rostro, los labios cerrados formaban aquella línea cortante y pálida que tan bien conocía Gladys. «Cederá», se dijo, y ansió recuperar aquella extraña sensación de alegría áspera, casi física —. Responde —insistió, tocándole la mano—. Dime «Te quiero». Aunque no sea verdad. Nunca he oído esas palabras… Me gustaría oírlas… Y de tu boca, Claude… Responde.

—Te quiero —dijo Claude.

Gladys se apartó de él con una risita cansina y feliz. El agudo espasmo de voluptuosidad se había atenuado; sintió una especie de vergüenza mezclada con placer. Bajó lentamente los delicados párpados y escapó de sus temblorosos brazos, que querían rodearla.

—No; ¿para qué? —dijo sonriendo —. Yo no te quiero.

Él dejó que se fuera sin mirarla.

3

Cierto tiempo después, durante un viaje, Gladys volvió a encontrarse casualmente con el conde Tarnovski, el joven polaco que le había gustado en Londres aquella noche de baile. Se casó y vivió dos años con él. Apuesto y envanecido de su belleza como una jovencita, era inconstante, mentiroso, tierno y débil. La vida en común les resultó insoportable, porque empleaban el uno contra el otro armas parecidas, armas femeninas, mentiras, astucias y caprichos. Después, Gladys no pudo perdonarle que la hubiera hecho sufrir;

odiaba el sufrimiento; como los niños, esperaba y exigía la felicidad.

Tras la separación, conoció a Richard Eysenach, famoso financiero de origen incierto, presidente de la compañía Mexican Petroleum y hombre temido por su fría y aguda inteligencia. Era feo, de torso pesado y poderoso, brazos nervudos, frente baja y medio oculta por un espeso pelo negro. Bajo sus gruesas cejas, unos ojos verdes y penetrantes, cuando se posaban en un rival, lo escrutaban con divertida y desdeñosa tolerancia. Para gustarle, las mujeres tenían que ser hermosas, dóciles y calladas. Enseñó a Gladys a obedecerle, a mostrarse alegre y feliz a

un gesto suyo, a no preocuparse de otra cosa en el mundo que de su belleza y del placer. No se cansaba de mirarla mientras se vestía, dudaba entre dos aderezos y contemplaba sus facciones en el espejo. Tratarla como a una niña le procuraba un intenso placer sensual. Cuando Gladys se acurrucaba entre sus brazos, cuando murmuraba «A tu lado me siento tan pequeña, tan débil, Dick», cuando lo miraba de aquel modo, con tierna picardía, un destello de deseo y casi de locura animaba el frío e inescrutable rostro de Richard. Se abalanzaba sobre ella y le daba ardorosos mordisquitos en los labios, llamándola «mi niñita», «mi querida

niña», «mi pequeña»…

Ese vicio inconfesado era la fuente del placer de Eysenach y, para Gladys, el secreto del poder que ejercía sobre él y sobre otros. Le gustaban sus rudas y osadas caricias. Más tarde, todos los hombres que la atrajeran se parecerían en algo a Richard. Durante mucho tiempo tuvo un amante, sir Mark Forbes, un político inglés que tuvo su momento de gloria antes de la guerra. Curtido por el hábito y la vorágine del poder, era duro y ambicioso, pero débil e inerme con ella. Eso era lo que le gustaba, lo que estimulaba a Gladys: necesitaba constantemente probarse a sí misma su poder sobre los hombres.

En los años previos a la guerra, su belleza alcanzó ese punto de perfección que sólo la felicidad y la satisfacción de todos los deseos otorgan a las mujeres. Olivier Beauchamp, el hijo de Claude y Teresa, apenas un adolescente, que fue recibido en casa de Gladys cuando ella pasó por París en 1907, vio a una mujer con un rostro y un cuerpo tan hermosos como a los veinte años, pero que ahora emanaba la seguridad y la paz de la dicha. Estaba rodeada de hombres enamorados y tan habituada a las promesas, las súplicas, las lágrimas, como un alcohólico al vino; lejos de estar saciada, necesitaba su dulce veneno como si fuera el único alimento

que podía sustentarla. No trataba de ocultarlo. Opinaba que una mujer nunca se hastía, que es una bestezuela infatigable, que un ambicioso puede cansarse de los honores y un avaro del oro, pero que una mujer nunca renuncia a su oficio de mujer. Cuando pensaba en la vejez, le parecía aún tan lejana que la miraba de frente sin temblar, imaginándose que la muerte le llegaría antes que el final del placer.

Entretanto, su hija, la pequeña Marie-Thérèse, crecía a su lado. Era una niña preciosa, de tersa piel blanca, largo y lacio cabello rubio, con la conmovedora gracia de esa edad en que la belleza aún no reside en la expresión,

sino en el modelado de las facciones y la tersura de la tez y, sin embargo, en la mirada y en torno a los labios entreabiertos, palpita, más que la emoción misma, el despertar, el presentimiento de la emoción. «Nunca se parecerá a su madre, nunca la igualará», decían de ella. Vivía a la sombra de aquella madre tan hermosa y, como todos los que rodeaban a Gladys, no deseaba más que agradarla, servirla y amarla.

4

En 1914, Gladys vivía cerca de Antibes, en una hermosa e incómoda casa de estilo italiano que había pertenecido a los condes Dolcebuone y se llamaba Sans-Souci.

—Sólo la he alquilado por el nombre —decía sonriendo—, que resume toda la sabiduría de la vida: pasarla sin preocupaciones.

Las habitaciones eran enormes y frías, con muebles tapizados de gastado damasco rojo. Pero las oscuras paredes mitigaban la resplandeciente luz meridional, y eso a Gladys le gustaba.

Cada día al despertar, cuando cogía el espejo y se contemplaba en él, veía con satisfacción aquella tórrida sombra que iluminaba suavemente sus facciones.

La primavera apenas comenzaba. El aire era cálido, pero el viento soplaba desde las montañas, fresco y cortante.

Esa mañana de marzo, Gladys se despertó tarde y, como de costumbre, casi antes de abrir los ojos, su mano buscó el espejo maquinalmente. Desde que era mujer, ése era su primer acto, su primer pensamiento del día. Se acarició el rostro con la mirada largo rato. El dorado de sus hermosos cabellos se había atenuado; ahora tenía el tono apagado y claro que en esa época

llamaban «ceniciento». Se apartó la suelta cabellera con una mano e inclinó el largo y blanco cuello. Sus grandes ojos negros parecían sonreír constantemente con una especie de secreto regocijo a quienes la admiraban, pero, cuando estaba sola, se volvían tristes y profundos, se ocultaban, y las pupilas dilatadas les daban una expresión extraña y ansiosa.

Gladys tenía una profunda conciencia de su belleza. La sentía como una paz interior a cada momento del día. Su vida era simple: vestirse, gustar, encontrar otro hombre rendido a sus pies, volver a vestirse, gustar… A veces pensaba: «Tengo cuarenta años». En esa

época, antes de la guerra, era una edad terrible, la «edad límite». Pocas eran las mujeres cuya belleza permanecía intacta a los cuarenta.

Pero al instante fruncía el ceño y procuraba olvidarlo. Era tan hermosa… El olvido resultaba fácil.

Hizo abrir los postigos. El viento agitaba las rosas. Se vistió y comenzó los largos y minuciosos cuidados de belleza.

Habían venido y vuelto a irse varias mujeres. Siempre estaba rodeada de mujeres que no eran más que su pálido reflejo, que copiaban su ropa, sus caprichos, sus sonrisas. Le encantaba aquel círculo de caras maquilladas

vueltas con avidez hacia ella, aquel tintineo de joyas a su paso, aquellas miradas brillantes, falsas, llenas de envidia y odio, en las que podía leer un reconocimiento más aún que en los ojos de los hombres que la deseaban. Espiaban sus movimientos. Intentaban inclinar sus rígidos talles comprimidos por corsés con la indolente gracia de Gladys. Iban en manada de Cannes a Montecarlo y se presentaban en casa de Mimi Meyendorff y luego de Clara Mackay o Nathalie Esslenko. Sólo pensaban en quitarse los hombres unas a otras y sobre todo a Gladys, la más rica y la más feliz. Parloteaban, reían, gorjeaban, se inclinaban para besar al

vuelo la mejilla de Gladys.

—Mi querida Gladys, qué guapa estaba anoche…

Los grandes sombreros adornados con rosas y sujetos con agujas de oro bajaban y subían alrededor de Gladys. Los altos bastones Luis XV, el último grito esa temporada, golpeaban las sonoras losas de Sans-Souci.

Gladys miraba a sus amigas sonriendo con los ojos medio entornados. A veces, se reprochaba la satisfacción un tanto mezquina que sentía en su compañía. «¿Y qué? Me divierten», se decía.

Ese día, en cuanto Gladys estuvo lista, entró Lily Ferrer. De origen

bávaro, era alta y robusta, llevaba un espeso maquillaje facial y tenía una voz ronca y desagradable. Era la preferida de Gladys, a quienes las mujeres de más edad inspiraban un vivo sentimiento de indulgencia y tierna compasión.

Ambas se besaron en la mejilla. A veces hablaban de cosas íntimas, pero al modo de las mujeres, caprichoso, frívolo, disimulando instintivamente sus pensamientos más secretos, que no obstante revelaban con una chanza o un suspiro, y ocultando bajo su insustancial cháchara una amarga experiencia que, como un grano de incienso o sal, perfumaba sus vanas palabras.

Se pusieron a hablar del baile de la

víspera.

—Nathalie llevaba una semana atormentándome para saber qué vestido y qué joyas me pondría —contó Gladys, risueña—. ¡Cómo se retrata la insignificante aventurera centroeuropea desposada por descuido! Como no quise decírselo, creyó que llevaría unas piedras fabulosas, joyas de Golconde, y ella exhibió ayer todas las suyas. Brillaba como un relicario —añadió, sonriendo al recordar su vestido blanco, sus brazos desnudos, sin una sola perla, sus manos que sólo lucían la alianza, y la mirada asesina de Nathalie, aplastada por su armadura de diamantes—. ¿Te parece una temporada brillante?

—Mortal… Pero ¿adónde quieres ir, Gladys?

—No lo sé. Me gustaría marcharme. Hace tiempo que estoy triste, cansada. Siento un enorme aburrimiento —dijo en tono ligero, buscando las palabras—. Sí, es así —añadió con un leve encogimiento de hombros.

—Pero ¿por qué? —le preguntó Lily Ferrer entornando los ojos—. ¿Estás enamorada?

—¡Oh, Dios mío, no! Soy fiel a Mark…

Lily inclinó la cabeza.

—Los hombres que te han querido a los veinte años y siguen viendo en tus facciones actuales tu cara de los veinte

años, esos hombres no tienen precio.

—Sí —admitió Gladys.

Se dijo que nunca olvidaría, que nunca reemplazaría a Richard. Había muerto hacía dos años y, desde entonces, toda su vida había cambiado… ¿Por qué? Ah, eso era algo… inexpresable. Al principio no había comprendido la trascendencia de su pérdida. Había pensado: «Tal vez Mark». Pero no, nadie podía reemplazar a Richard. Su vida con él había transcurrido siempre en paquebotes y suites de hotel. Richard había muerto en una habitación del Plaza, en Nueva York, adonde acababan de llegar. En plena noche, había entrado en la habitación donde dormía ella y se

había inclinado sobre su cama. Gladys se había despertado sobresaltada y había visto su pálido rostro y, por primera vez, una expresión de debilidad y dulzura en los ojos. Recordaba el ruido de Nueva York al otro lado de las ventanas y la luz brutal e intermitente, semejante a la de un faro, que se filtraba por las cortinas.

—No llames a nadie. Esto es el fin —había dicho Richard.

Y había seguido murmurando mientras ella lo rodeaba con los brazos para recoger su último beso.

—Pobre, pobre…

Entonces no lo había comprendido. Le había cogido la mano, pero él se

había quedado rígido y había muerto. Qué terrible regalo la felicidad, una felicidad completa, insolente, que de pronto se acaba, como todo… Desde ese día presentía, en signos casi imperceptibles, que para ella la luz del día vacilaba y acabaría por apagarse…

Meses antes se había enterado con asombro de que, durante todo el tiempo de su matrimonio, Richard también había vivido con una vieja actriz, confidente de todos sus asuntos financieros y políticos. En su testamento, le encargaba a Gladys que pasara una renta a esa mujer, y ella había cumplido su voluntad escrupulosamente. Era cierto que la había engañado, como ella

a él, pero habían sido felices. No volvería a ser tan feliz con nadie…

Suspiró y miró el jardín con tristeza. Bajo sus ventanas crecían pequeñas rosas oscuras. Les sonrió. Le encantaban las rosas.

—¿Te gustan esas pelucas de color? —le preguntó Lily.

—¡No, qué horror! ¿Viste la de Laure anoche, color berenjena? ¿Por qué se fueron las Bilibine?

—Perdieron jugando.

—Las mujeres que tienen la pasión del juego son felices —dijo Gladys.

—¿Felices? ¿A eso llamas felicidad? Tú sí que eres feliz, Gladys —afirmó Lily, y soltó un suspiro—.

Sólo que aún no lo sabes. Ya verás a mi edad. En esta vida no hay más realidad, más felicidad que la juventud. ¿Cuántos años tienes? Apenas treinta, ¿no? Pues bien, te quedan diez de felicidad. Los cuarenta ya son una edad terrible. Después, yo diría que una se acostumbra, se vuelve menos exigente. Disfruta las pequeñas alegrías mientras puedas —le aconsejó con un suspiro, pensando en su amante—. Hasta los cuarenta no te ves envejecer. Vives con la ilusión de tener veinte, de que tendrás veinte eternamente. Y de pronto, una impresión cualquiera, una palabra, la mirada de un hombre, un hijo que quiere casarse… ¡Ah, es horrible!

Un estremecimiento sacudió a Gladys, que lo disimuló esforzándose en reír.

—Haz como yo. No cuentes los años que pasan y apenas te dejarán huella.

—¿Tú crees? —murmuró Lily con incredulidad.

—Tengo ganas de ir a Roma —dijo Gladys de repente—. Vayamos juntas…

—¿Y sir Mark? ¿Cómo vas a dejar a sir Mark, que acaba de llegar?

—Me seguirá.

—¿Cuál es tu truco, querida? ¿Cómo consigues tener a los hombres sujetos con una correa, como perritos? Yo también he sido joven y hermosa —dijo Lily apartándose del gran espejo—, y el

amor no me ha hecho más que sufrir. Sin embargo, ¿qué más hay en la vida?

—A mí el amor no me gusta —repuso Gladys bajando la voz.

—Entonces, ¿querida…?

—¿Entonces? ¿Por qué sir Mark?

—Sir Mark y los otros.

—No hay otros —aseguró Gladys.

—Vamos… —murmuró la vieja dama en el tono cálido y cómplice, íntimo y un poco vergonzoso, de las mujeres que hablan de amor cuando el amor para ellas está a punto de acabar.

—No —insistió Gladys sonriendo. Y mientras se empolvaba los brazos desnudos, comentó—: En el fondo, la vida es triste, ¿verdad? Sólo hay

determinados momentos febriles, mágicos… Como cuando se escucha una música ligera y cautivante en una terraza, por la noche… O como cuando se baila… ¡Ah! No sé explicarlo, pero la felicidad es eso, eso es lo que se busca.

Una mujer entró llevando sobre el brazo un montón de martas cibelinas, agitándolas. Era Carmen González, una vendedora de productos de belleza a la que Gladys conocía desde hacía años. Allí donde iba Gladys, un enjambre de masajistas, peluqueros y vendedores de cosméticos la seguía y la rodeaba al instante.

Carmen González, una mujer

madura, baja y gruesa, de rostro tosco y huraño, llevaba un vestido de gastado satén negro, tenso en las anchas caderas, y un sombrero negro de paja torcido sobre la cabeza.

Gladys la recibió amablemente. Siempre se mostraba cordial y encantadora, y todo el mundo la servía con gusto. Pero Carmen González conservaba, incluso con ella, aquella expresión dura y desafiante que inspiraba a sus clientas un respetuoso temor. Masajista, comadrona y vendedora de cosméticos, era una mujer corajuda, dotada de la agria energía de las mujeres del pueblo que aprietan los dientes y trabajan más cuando se sienten

cansadas e infelices. A veces, en sus raros momentos de expansión, durante un masaje se erguía suspirando; con gesto de lavandera, su antebrazo desnudo secaba el sudor que le perlaba la frente y, con la cara iluminada por una fugaz sonrisa, decía:

—¿Qué sabrán ustedes? Yo, yo sí que he visto cosas…

Ocupaba tres pequeñas habitaciones que olían a hierbas y alcanfor y de la mañana a la noche estaban llenas de mujeres con velo que esperaban su turno y fingían ignorarse unas a otras. Sus gordezuelas y ágiles manos, en cuyos dedos los anillos se hundían en la piel, sabían remozar todos aquellos rostros

marchitos, moldearlos, borrarles las arrugas y esculpir con colgajos de carne vieja una máscara ilusoria.

Compraba los vestidos, joyas y pieles a las casquivanas que se arruinaban con el juego y se las revendía a sus clientas habituales.

Cuando Gladys vio las martas cibelinas, negó con la cabeza y rechazó a Carmen con suavidad.

—No, no quiero comprar nada.

—Mírelas de todas formas —insistió la mujer.

Gladys se había vuelto hacia Lily, que le suplicaba en voz baja:

—Habla con George. Hazle comprender que me está matando… La

paciencia de una mujer tiene sus límites. No es un hombre malo, pero es tan insensible, tan cruel… Le tienta cada mujer que pasa…

—En fin… —murmuró Gladys encogiendo ligeramente los hermosos hombros—. ¡Ay, Lily! Sé más sensata… ¿Para qué sufrir?

—Pero el amor… —suspiró Lily, y una lágrima resbaló por su maquillada mejilla.

—Él te quiere… —Gladys cogió las manos de Lily entre las suyas—. Querida, escúchame…

Le gustaba hablar de amor, oír confidencias amorosas, secar las lágrimas… Sabía consolar, tranquilizar,

halagar. Lo único que le interesaba era el amor. Por lo demás no sentía más que una elegante indiferencia.

Por fin, Lily pareció calmarse. Gladys la dejó sola y fue a reunirse con Carmen, que la esperaba en la habitación vecina.

—¿Le interesan? —le preguntó Carmen mostrándole las martas.

Gladys acarició suavemente las hermosas pieles.

—No, no necesito pieles nuevas. Aunque son preciosas…

—Pertenecían a Celina Meller —le informó Carmen, nombrando a una vieja cortesana antaño célebre—. Es un lote de pieles que un amante le trajo de

Rusia hace mucho tiempo. Se había hecho una salida de baile muy bonita con ellas, pero la vendió hace seis meses. Éstas son las pieles que quedaban, con las que pensaba hacerse bocamangas de repuesto. Ahora van a venderse, con el resto de sus posesiones. Serían un cuello espléndido para su capa de terciopelo, la blanca…

—¿Celina Meller? —murmuró Gladys—. ¿Tan pobre está?

—¡Oh, sí! No le queda nada.

—Era tan hermosa hace sólo diez años…

—A esa edad, la cosa va rápido.

—Pobre mujer —dijo Gladys.

Tenía una imaginación viva y

delicada, pero centrada únicamente en ella misma. Sin embargo, en esos instantes vio mentalmente a una anciana cuyas arrugas degradaban los recuerdos.

—¿Cuánto pide?

—Cuatro mil. Es una ganga. Pero no tiene elección. Saben que necesita dinero y le ofrecen la mitad.

—Entendido. Déjalas ahí. Las compraré por hacerle un favor a esa desdichada.

—Muy bien —dijo Carmen con su habitual tono huraño—. No hace un mal negocio. Sé lo que me digo.

Lily, que acababa de entrar, se dirigió a Gladys:

—Ven a almorzar conmigo, Gladys.

Así lo verás —añadió, bajando la voz.

—¡Oh, no, querida! Le he prometido a mi hija que comería con ella. Se queja de que nunca me ve, y tiene razón.

—Eres muy afortunada de tener una hija pequeña —suspiró Lily, y miró el retrato de una niña en un marco dorado apoyado en una mesa—. Será hermosa, pero no tendrá tu cuerpo.

—Será mucho mejor que yo —afirmó Gladys con ternura, y sonrió al rostro de adolescente, que parecía mirarla con leve asombro y la extraña y desconcertante seriedad de la juventud.

Era un retrato de Marie-Thérèse a los trece años, con su fina carita suavemente redondeada y el largo

cabello, rubio y liso, recogido en lo alto de la cabeza con un lazo negro.

Ambas mujeres negaron con la cabeza.

—No, nunca tendrá tu encanto.

—Todavía es una niña, está en la edad ingrata —repuso Gladys.

Suspiró y sonrió. Ni siquiera se confesaba la edad de Marie-Thérèse a sí misma, en el secreto de su corazón. Dieciocho años, una mujer ya… Prefería decir, dar a entender, pensar: «Quince años. Pronto cumplirá los quince…».

Todas las mujeres que la rodeaban hacían lo mismo. Les quitaban uno, dos, tres años a las hijas que no podían esconder y, poco a poco, ellas mismas

se olvidaban de su verdadera edad, satisfaciendo de ese modo una doble ilusión de mujer y de madre. Gladys no veía crecer a su hija. Cuando le hablaba, cuando la miraba, recreaba mentalmente los rasgos de una muchachita de quince años que ya no existía más que para ella.

—He traído su color para la noche —dijo Carmen sacando un bote de cosmético de un viejo bolso.

—¡Ah! —exclamó Gladys, y su hermoso rostro adoptó una expresión atenta.

Se acercó al espejo, se aplicó colorete en la mejilla y a continuación lo cubrió con polvo.

—Éste es mejor, ¿verdad? El otro

era demasiado claro. Tenía que ser un tono más oscuro a la luz… —Se volvió lentamente, mirando el espejo con expresión de apasionada seriedad. Luego, una suave sonrisa de triunfo le entreabrió los labios—. Está bien… Sí, muy bien.

Carmen se iba. Tras ella, Lily y Gladys, al fin preparadas, cruzaron lentamente el jardín. Cerca de la carretera, en el aire flotaba el olor a rosas, el olor a gasolina, el frío y límpido olor de las alturas. Las dos mujeres subieron al coche, que se puso en marcha hacia Niza.

5

Los años habían pasado para Gladys como en un sueño. A medida que los cumplía, le parecía que eran más breves, que pasaban más deprisa; los días, en cambio, se le hacían largos. Ciertas horas le resultaban pesadas y amargas. No le gustaba quedarse sola; en cuanto el parloteo de las mujeres cesaba a su alrededor, en cuanto el eco de las palabras de amor se apagaba, una sorda inquietud le invadía el corazón.

Desde hacía algún tiempo todo la cansaba e irritaba. Apartaba los ojos de determinados rostros de mujer

entrevistos en la calle. Las hermosas niñas que corrían descalzas por el polvo ofreciendo ramilletes de mimosas le ofendían la vista con su descarada lozanía. Las rechazaba con una dureza que a ella misma la sorprendía y avergonzaba. A veces volvía a llamarlas y les daba dinero, mientras pensaba: «Este clima es demasiado cálido, el aire es pesado… Me aburro mortalmente».

Se acordaba mucho de su madre, a la que había odiado; incluso volvía a ver en sueños los velos corridos de la cama en que, atontada por la morfina, dormía Sophie Burnera. Sentía una extraña humillación que nada lograba calmar. Ella, Gladys Eysenach, hermosa,

admirada, amada, a veces volvía a descubrir en el fondo de sí misma la tristeza de su adolescencia, su soledad… Si Richard aún viviese se lo habría confiado, pero Richard estaba muerto.

Iba a ver a esta o aquella amiga. Allí, el tiempo pasaba, pero luego había que volver a casa y todavía era de día. No quedaban más que los vestidos, las pruebas, las visitas a los joyeros en la pequeña calle en cuesta cerca del Jardín Público, donde sopla el viento del mar. La noche llegaba al fin y Gladys se sentía revivir. Volvía a Sans-Souci, se vestía, se contemplaba… Cuánto le gustaba eso… ¿Qué había en el mundo

mejor que eso, qué placer comparable al de gustar? Ese deseo de gustar, de ser amada, esa dicha banal, común a todas las mujeres, era en ella una pasión similar a la del poder o el dinero en el corazón de un hombre, una sed que los años aumentaban y que nada conseguía saciar del todo nunca.

Al fin estaba lista. Entraba en la habitación de Marie-Thérèse y besaba con ternura sus hermosas mejillas, bajo cuya tersa epidermis se veía correr una sangre ardiente. Contemplaba a su hija con amor. Marie-Thérèse seguía siendo tan deliciosamente niña, al menos a ojos de su madre… Gladys la vestía de un modo que, más que una adolescente, era

la imagen misma de la adolescencia, con sus zapatos planos, su falda larga, recta y sin adornos, el pelo suelto flotando sobre sus hombros, la fina cadenita de oro al cuello, su torpeza, su gracia…

«Lo único que le importa son sus libros, sus perros, sus paseos por el parque… —pensaba Gladys—. Todavía es inocente… Dos o tres años más y sólo me ocuparé de ella. Bailará, se divertirá… No, no seré una madre fría y severa. Seré su amiga, me lo contará todo… Será feliz… Pero aún es pronto. Aún es demasiado joven. Es tímida y delicada… No será como yo, vana y frívola».

—No sé qué habría sido de mí —le

decía a la propia Marie-Thérèse— si me hubiera tocado como hija una de esas criajas que fuman y se pintan, que imitan a las mujeres adultas. A ti, la edad ingrata no te ha cambiado. Sigues siendo armoniosamente niña.

Marie-Thérèse la dejaba hablar: tenía esa profunda generosidad de la juventud que, tan a menudo y de un modo tan extraño, suele acompañar a su dureza. Comprendía la angustia que le producía a su madre envejecer. La había comprendido, presentido, aun antes de que Gladys fuera consciente de ella. La compadecía. Por lo demás, se sentía tan joven, veía ante sí un camino tan largo, que todavía no tenía demasiada prisa

por vivir.

Devolvía los besos a su madre y le decía:

—Qué guapa eres… Qué vestido tan bonito llevas, querida mamá… Eres tan hermosa como un hada.

Y Gladys se iba al baile resplandeciente y feliz, como antaño. Había asistido a bailes mejores en Londres y París, pero la desagradaba profundamente aquel ambiente anquilosado e inalterable de Inglaterra o Francia, en el que cada noche se veían las mismas caras y se repetían las mismas frases, y así durante quince, veinte años…

Al menos, allí la gente se renovaba

cada temporada.

Esa noche estaba invitada a casa de los Middleton en Cannes. Al entrar, sonrió a las mujeres, que la miraron con envidia. Inclinó lentamente su divina y cenicienta cabecita. Respiraba la paz de la pasión feliz, ese momento en que el veneno, sea cual sea, halaga el cuerpo. Bajó los ojos con lástima hacia las mujeres viejas, el círculo de las Parcas, que, vestidas de terciopelo y con collares de diamantes, la observaban con los labios fruncidos. Vio a sir Mark Forbes. Su mujer estaba sentada no muy lejos.

Lady Forbes, hija de la duquesa de Hereford, servía a la carrera política de

sir Mark con su nombre y su enorme fortuna. Estaba al tanto de la aventura de su marido, que la hacía sufrir y contra la que luchaba con las armas de la esposa traicionada, la más temible, la amenaza de un divorcio que lo habría arruinado. La vida de sir Mark, entre su mujer y Gladys, no era feliz. Desde hacía meses, Gladys sentía en él una resistencia a sus deseos, una frialdad que la irritaba y la inquietaba.

«Se hace el interesante —se dijo, viendo que no se daba prisa en acercarse a saludarla—. Como quieras, cariño…».

Los hombres la rodeaban pidiéndole un baile. Entre ellos estaba Olivier

Beauchamp; Gladys lo veía con frecuencia. Teresa había muerto hacía algún tiempo y Claude vivía en Suiza. Gladys lo invitó a cenar, añadiendo con graciosa indiferencia:

—Marie-Thérèse te quiere tanto… Tienes que visitarnos más.

—Prepárese para ver a un resucitado —dijo Beauchamp.

—¿Un resucitado?

—Mi padre.

—¿Es posible? ¿Por fin va a dejar Vevey?

—¡Oh, no! Supongo que pasará allí el resto de su vida. Dice que no puede vivir en otro sitio. Pero tiene que venir a París por negocios y estará aquí

veinticuatro horas.

—Qué buena noticia…

—Concédame un baile… —pidió él.

Bailaron un vals y después, como el salón estaba sofocante, Gladys salió a la terraza. Se acodó en la balaustrada de piedra, todavía tibia del sol del día. Era tarde cuando al fin vio acercarse a sir Mark.

—¿Se ha ido tu mujer? —le preguntó Gladys.

—La he acompañado y he vuelto a buscarte. ¿Quieres quedarte?

Ella entornó sus hermosos ojos con encantadora y hastiada gracia.

—¡Dios mío, no! Estoy cansada…

—Entonces, vámonos.

Salieron a la calle. La noche acababa.

—Gladys… —murmuró sir Mark—. Tengo que hablar contigo…

—¿Ahora? Me voy a casa, querido. Son las cinco.

—Es necesario —insistió él.

Subieron al coche y se dirigieron lentamente a Antibes por la carretera costera.

—Gladys, escúchame —empezó sir Mark—. Si sientes por mí, no el amor que nunca has sentido, al menos un poco de afecto, te apiadarás de mí. Soy enormemente desgraciado.

—Oh, Mark… —murmuró ella moviendo suavemente la cabeza.

—Mi mujer…

—Sí, Mark, ya lo sé…

Sabía que los escrúpulos y el miedo lo atormentaban. Era de origen judío y plebeyo. Se apoyaba en la familia de su mujer en todo momento, pero ésta insistía en que dejara a Gladys, que cesara de seguirla por toda Europa, como había hecho hasta entonces.

—No sobreviviré al divorcio, al escándalo que es un divorcio en Inglaterra —murmuró Mark con esfuerzo —. ¿Qué puedo hacer, Gladys? Pongo mi vida en tus manos. Ya no soy joven…

—Qué tontería… —repuso ella con suavidad.

Le cogió la mano y acercó el cuerpo

al suyo, pero Mark no hizo ningún movimiento de retirada o incomodidad. Parecía cansado y enfermo. Decepcionada, se apartó de él. El orgullo hizo aflorar las lágrimas a sus ojos. Con una especie de pudor, volvió la cara. Sorprendido, Mark pensó que las mujeres no suelen ocultar su tristeza.

—¿Qué puedo hacer, Gladys? —repitió.

—Esta situación existe desde que nos conocemos.

—Pero se ha vuelto insoportable. Te amo…

Ella lo interrumpió alzando con brusquedad una mano temblorosa.

—No digas eso.

—¡Oh, Gladys, te he amado tanto!

—Sí, eso es cierto. No mientes. Me has amado, pero desde hace un año apenas te veo. Te muestras frío, huidizo, esquivo. No, ya no me amas.

—Tarde o temprano, la vida apaga en nosotros las pasiones más ardientes, Gladys. Estoy cansado, la verdad. Ya no puedo luchar contra una mujer celosa, sus reproches, sus sospechas… Y mis hijos han tomado partido por su madre, en mi contra. Tú, a quien tu hija adora, no sabes qué crueles e implacables jueces pueden ser los hijos… —Gladys estaba cabizbaja y parecía ausente—. ¿No me escuchas? —murmuró Mark.

—Claro que sí.

—Pensaba que moriría antes de dejarte, Gladys —añadió él con repentina sinceridad—, pero Dios no me ha concedido ese favor.

—Tu mujer ha vencido —murmuró ella.

—¿Y qué más da? Mi mujer no es más que un símbolo, el símbolo de una paz que me merezco…

—Cuánto piensas en tu felicidad…

—Durante todos estos años sólo he pensado en ti, Gladys. Y ¿qué me has dado a cambio? Tú te dejas querer. —Ella se volvió hacia él mostrándole las lágrimas que le resbalaban por las mejillas, pero él la miró con tristeza—. ¡Oh, Gladys! Eres como todas las

mujeres: como al fin tengo la fuerza para romper, empiezas a valorarme… Pronto lamentarás haberme perdido.

—He sentido por ti un enorme cariño…

—Yo te adoraba. Pero, claro, tú estabas demasiado acostumbrada a que te adorasen… Esa suprema indolencia, esa suave arrogancia… Cómo te he querido…

—¡Oh, no me hables así! —saltó Gladys con súbita cólera—. Es como si estuviera muerta y te lamentaras sobre mi tumba… Pero ¿por qué has venido a Niza? No hacía falta que me trajeras… Eres tan tradicionalista en el amor como en la política, querido. Tratas el amor

como un ballet, con sus pasos clásicos y previstos, el paso de la seducción, el vals de la pasión, el *pas-de-châle* de la ruptura… Ahora bailamos el *pas-de-châle*… Si hubieras callado, si no hubieras seguido escribiéndome cartas, todo habría acabado… Apenas me habría dado cuenta.

—¿Me echarás de menos, Gladys?

—¿Por qué te vas? —le dijo ella por toda respuesta—. ¿Por qué me dejas? Hay algo más que no quieres decirme. ¿Amas a otra? Dilo. Sabes que tengo la originalidad de no ser celosa. Dilo y me librarás de una idea espantosa.

—¿Cuál?

—¿He envejecido, Mark? —le

preguntó de pronto, y se apresuró a reprimir un gesto de turbación y miedo.

«¿Por qué he dicho eso? No es verdad… Soy joven, ¡joven!».

Mark negó con la cabeza.

—No lo sé. ¿Crees que uno sólo se fija en las facciones de la mujer amada? Se ve más allá, más profundamente que sus rasgos. Y uno se pregunta: ¿Me hará aún más daño hoy? ¿Se cansará al fin de hacerme daño? ¿Me amará al fin?… Ya ves, incluso en el corazón del amor, uno no piensa más que en sí mismo.

Habían llegado. El sol naciente iluminaba la casa. Mark la acompañó unos pasos por el sendero. Gladys experimentaba un dolor desconocido,

pero no se engañaba. Sabía que no era amor. Nunca había sentido otra cosa que la sed devoradora de ser amada, la deliciosa paz del orgullo satisfecho. Lo miró pensando: «Si lo beso, si me estrecha contra su pecho… No, sería indigno de mí. Que se vaya. Soy hermosa, soy joven, vendrá otro».

—Adiós, Mark —dijo, tendiéndole la mano.

Él temblaba. Por un instante, Gladys pudo calibrar su poder sobre él y su derrota, porque al principio Mark dudó en tomar su mano, y cuando lo hizo la retuvo largos instantes en la suya sin atreverse a llevársela a los labios. Sin embargo, cuando al fin le besó los dedos

y volvió a erguirse, parecía tranquilo.

—Adiós —dijo con suavidad.

Y se fue.

6

—Usted jamás envejecerá, porque empezó a cuidar su belleza cuando aún estaba intacta —decía Carmen González mientras le masajeaba los esbeltos y tersos costados.

Pero eso a Gladys no le bastaba: no quería una belleza frágil, patética, amenazada por la madurez; necesitaba el esplendor, la triunfal insolencia de la verdadera juventud. Cuando el más humilde viandante se volvía a su paso, cuando, en el atardecer de Niza, entre el repiqueteo de la plateada lluvia de marzo que por allí pasa en ráfagas, oía

bajo los pórticos la voz de un joven florista —«¡Eh, guapa! Pero ¡mira que eres guapa!»—, sentía un alivio, un bienestar casi físico, parecido al que sigue al amor.

Ahora le costaba soportar la presencia de Lily Ferrer; miraba horrorizada las arrugas que surcaban la cara de su amiga y pensaba: «No tiene más que cincuenta años, sólo diez más que yo. Diez años pasan tan deprisa… —Aterrada, ahuyentaba esa idea—: Quiero conservarme joven. No quiero ser como las demás. No quiero que digan de mí: "La todavía hermosa Gladys Eysenach"».

Además, ¿por qué iban a decirlo?

¿Quién sabría su verdadera edad? Era joven. Apenas aparentaba treinta años. Y seguiría aparentándolos mucho tiempo. Treinta… Para ella ya eran demasiados. Recordaba Londres, Beauchamp, sus veinte años… Eso era lo que le gustaría seguir viviendo. Trataba de acallar la burlona y amenazadora voz que oía en su corazón: «Se acabó. Eso se acabó. Podrás seguir siendo hermosa y gustar muchos años, pero no como antes… Esa inmensa dicha, esa triunfal alegría sólo se siente una vez. Hay que resignarse». «Pero ¿por qué? ¿Qué ha cambiado? —se preguntaba Gladys—. Mark me ha dejado… ¿Y qué? ¡Habrá otros!».

Sí, Mark la había dejado. Por primera vez en su vida, un hombre la había dejado. El gélido aliento de la derrota recorría su alma… Pero no, no… Vendría otro… Pensó en Claude. Cuánto la había querido. Y seguramente aún la quería… Sería suyo en cuanto la viera, en cuanto reconociera su rostro. El amor, el deseo de un hombre, esas manos temblorosas, ese celo en servirla, esas miradas enamoradas, celosas… Nunca se cansaría de eso.

En mayo, Claude Beauchamp llegó a Niza. Gladys lo esperaba con una impaciencia dolorosa que le costaba admitir, que soportaba con vergüenza. «Simplemente me divierte —se decía—.

Me divierte averiguar si todavía está enamorado de mí, si puede volver a enamorarse de mí. Pobre Claude…».

Y se esforzaba febrilmente en embellecer su rostro y su cuerpo. Beauchamp cenaría a solas con ella en Sans-Souci. A las siete, Gladys ya estaba sentada a su tocador, maquillándose. Era un espléndido atardecer de primavera; el cielo parecía de cristal verde. Gladys recordaba Londres, las rosas de Covent Garden, los regresos al amanecer, después del baile… Qué inocente era por entonces… En el recuerdo, volvió a ver a aquella muchachita de cabellos dorados, un ramillete de rosas en el corpiño del

vestido blanco, diciéndole a Teresa:

—Usted no lo comprende, Tess. Usted es distinta. Va por la vida tranquila, fríamente. A mí me gustaría quemar la mía y desaparecer…

«Ahora soy más hermosa —pensó—. No quiero que él busque en mí la imagen de la niña que fui, sino que ame a la mujer que soy».

—Siento celos de mi juventud… —murmuró.

Y, al ver enfrente a la doncella, se sobresaltó.

—¿Qué vestido se pondrá la señora? —preguntó la chica.

Gladys la miró un momento.

—El rosa —dijo, al fin con un

suspiro—. Y las perlas…

Quería mostrarse diferente de la muchacha a la que Claude deseaba, lo más mujer posible, aparecer en toda su madura belleza, en todo su esplendor… Siguió a la doncella al vestidor, la «habitación de la señora Barba Azul», como la llamaba Marie-Thérèse. Cogió la bombilla que colgaba de un largo cordón y la paseó por delante del armario. Las pieles despedían un tenue tufo a naftalina. Gladys sintió una horrible tristeza.

—No… —dijo de repente—. Uno cualquiera, pero blanco.

Beauchamp llegó por fin. Apenas había cambiado, aparte del pelo blanco.

Cenaron frente a la terraza. Por la noche, Sans-Souci, tan artificial como un decorado de teatro, tenía un encanto más sencillo, casi campestre. Los tejos del sendero central, esculpidos en forma de instrumentos musicales, habían desaparecido en la oscuridad hacía rato. Las ranas croaban y en el aire flotaba un tenue olor a heno, que se mezclaba con el aroma de las rosas.

—¿Es verdad que volverás a instalarte en Vevey? —quiso saber Gladys.

—Sí, y espero no marcharme nunca.

—¿Nunca?

—¿Te sorprende, Gladys?

—Pues sí, ahora que la pobre Tess

ya no está y que Olivier vive en París…

—Me siento unido a ese país.

Gladys sonrió.

—Eres un hombre extraño, Claude. Eres mi primo y mi pariente más cercano, pero te conozco tan poco como a un peatón cualquiera. ¿Cómo? ¿Quieres pasar el resto de tu vida en ese pueblecito perdido, y solo, completamente solo? Solo… —repitió con sordo terror—. Qué espanto…

—¿Te asusta la soledad, Gladys? No has cambiado —repuso él mirándola con curiosidad.

—¿Por qué iba a cambiar? Las mujeres no cambiamos.

Claude no respondió y Gladys bajó

la cabeza. Con un movimiento lento y gracioso, sus manos jugueteaban con el collar de perlas que rodeaba su blanco y frágil cuello. Todavía era hermosa, débil, inquieta, conmovedora, pero el fantasma, la pálida sombra de la mujer que él había amado… Durante los últimos años la había visto varias veces. Ella nunca había pensado en él. En cada reencuentro, ocupada con vestidos y nuevos amores, nunca tenía una mirada para él. Sí, hoy parecía diferente, ansiosa de agradarle; pero él… Un amor secreto, encerrado en el corazón durante mucho tiempo, se vuelve amargo al envejecer, se pudre y se transforma en agrio resentimiento. «Soy libre —pensó

Claude—. Me he liberado. Ya no la quiero».

—Me gustaría ver a Marie-Thérèse —dijo.

—Vendrá a darnos las buenas noches.

—¿Qué edad tiene ahora?

—¡Oh, no me preguntes su edad, Claude! Lo único que puedo decirte es que intento olvidarla…

Se dio cuenta de que le temblaban las manos y se las apretó dolorosamente.

—¿Sois buenas amigas?

—Sí, claro. —Gladys se esforzó en sonreír—. Es una hija encantadora, pobrecita mía… Tiene toda la seriedad y sensatez de una mujer adulta. No te

imaginas cómo me trata… Antes de cada baile tengo que presentarme ante ella, y si supieras con cuánta severidad opina sobre el vestido o los zapatos que he elegido…

—Es como una madre para ti —dijo Claude con frialdad.

Gladys alzó lentamente sus hermosos hombros.

—Te burlas de mí. Pero es verdad que la adoración que siente por mí tiene algo de maternal. Marie-Thérèse me quiere con locura, y me dice unas cosas… Un día, ya no recuerdo por qué, dijo algo que casi me hizo llorar: «Mi pobrecita mamá… No conoces la vida».

—Sí —dijo Claude—, tiene gracia.

Volvieron a callar. Por fin, Gladys suspiró.

—Me alegro de volver a verte. ¿Y tú? Antes parecías huir de mí… ¿Por qué?

—Eres terriblemente mujer, Gladys.

—¿Por qué?

—Nunca te conformas con adivinar. Quieres saber.

—Durante diez años no he preguntado nada —repuso sonriendo.

—Te sentirás decepcionada —dijo él en voz baja—. Quieres que te diga que he estado loco por ti. Sí, lo he estado. Y quieres saber si sigo enamorado de ti. Pues no. Eso se acabó. Qué quieres, nada es eterno.

—¿De verdad, Claude? —replicó ella sonriendo, al tiempo que un dolor lancinante le atravesaba el corazón.

—Aún eres hermosa, Gladys, pero te miro y no te reconozco… Para otros, seguramente eres muy hermosa y deseable. Para mí, sólo la sombra de lo que fuiste. Por fin me he liberado, soy feliz, libre al fin. Ya no te amo. Amé a una muchacha en traje de noche, de pie en un balcón de Londres un lejano día de junio… Cuánto se burló de mí aquella noche…

—Sólo un poco. Pero ahora te vengas, Claude.

—Ni siquiera eso.

—Eres cruel…

—Sólo un poco.

Se miraron en silencio. Ella apoyó la mejilla en su mano.

—Me guardas rencor, Claude. ¿Te sentirías mejor si supieras que has desempeñado en mi vida un papel más grande, más importante de lo que crees? Nunca he estado enamorada de ti; sin embargo, nunca te olvidaré… Era una niña inocente. Tú fuiste quien me mostró mi poder por primera vez. Me guardas rencor, pero sin saberlo has emponzoñado mi vida. Nunca he vuelto a sentir aquel orgullo embriagador, nunca, nunca… Jamás he vuelto a sentir una dicha como aquélla… Debería estar mortalmente resentida por eso.

Claude se removió en su asiento.

—¿Te burlas?

—Vamos, vamos… —dijo ella con suavidad, temblando con una emoción astuta y cruel—. Todo eso forma parte del pasado… Escucha: en esos lejanos tiempos deseabas un beso, ¿no es así? Y fuiste demasiado cobarde para arrebatármelo. Tómalo ahora, y que todo quede olvidado y perdonado.

—No —respondió Claude moviendo la cabeza—. Por dulce que fuera, tu beso nunca tendría el sabor del que tanto tiempo deseé.

Se midieron con la mirada como dos enemigos. Luego Gladys desvió los ojos lentamente y soltó una risita ahogada,

dolorida, incongruente.

—¿Querías ver a Marie-Thérèse?

—Sí, por favor.

Gladys hizo sonar el timbre, pidió que avisaran a su hija y, hasta que Marie-Thérèse entró en la sala, permaneció inmóvil sin decir nada. Sus facciones estaban distendidas, pero de vez en cuando una ligera crispación recorría sus labios.

Marie-Thérèse y Beauchamp hablaban y, cuando se dirigían a ella, Gladys respondía, pero su propia voz, suave y baja, le sonaba como la de una extraña. «Sufro —pensaba—, pero no quiero, no sé sufrir».

7

Beauchamp se marchó. Gladys oyó el ruido del coche alejándose y luego salió a la pequeña pérgola amarilla, en la que acababan de apagar las lámparas. La noche era cálida y olía a reseda y mar. Gladys se sentó y posó la frente en la tibia piedra con suavidad.

Marie-Thérèse la había seguido. Estaban calladas.

—¿Puedo encender la luz? —preguntó al fin la muchacha.

—No, no… Ve a acostarte, cariño. Anda, estoy cansada.

—¡Oh, mamá, deja que me quede!

Apenas te veo…

—Lo sé. Tienes una madre pésima, cariño, frívola y negligente. Pero ten un poco más de paciencia. Pronto seré vieja, un espantajo para todo el mundo. Tú en cambio serás hermosa —murmuró con la voz alterada—. Para ti habrá llegado el momento de bailar y divertirte, y yo te esperaré junto al fuego, sin más diversión que esperarte, admirarte y decir: «¿Te lo has pasado bien, hija?». O a lo mejor, como me habré vuelto una vieja gruñona, diré: «¿Cómo puede gustarte el baile? ¿Cómo puede gustarte el amor? ¿Cómo puede gustarte la vida?». —Una risita áspera y cansada—. ¡Oh, Marie-Thérèse!

Prométeme que el día que me veas vieja, realmente vieja, me matarás mientras duermo. —Cogió la mano de su hija, posó en ella la frente y se meció con suavidad. «Eso es lo que necesitaría, alguien que me meza, que me tranquilice… Si pudiera conformarme con amar, como Lily… Todavía estoy en edad de amar, pero lo que quiero no es amar, sino ser amada, sentirme pequeña y débil, estrechada por unos brazos fuertes…»—. ¿Me quieres, Marie-Thérèse? —preguntó maquinalmente.

—Sí, mamá. No deberías tener miedo a envejecer. A veces pareces una chiquilla. Creo que si tuvieras arrugas y el pelo blanco, podría hablar mejor

contigo…

—Sobre todo no hables —dijo Gladys cerrando los ojos—. No quiero oír nada. Quiero olvidar la vida, dormir. ¡Oh, me gustaría ser una niña como tú, sin preocupaciones ni penas!

Marie-Thérèse sonrió y posó la mano suavemente en la cabeza de su madre.

—Quien es una niña eres tú, mamá; yo soy la mujer. Te lo he dicho muchas veces, pero no me crees. Te conozco mejor que tú a mí. ¿Estás segura de que eres mi madre? Cuando era pequeña, no lo creía. Puede que fuera mejor así. Casi podríamos ser hermanas, amigas… hablar de amor.

—¿De amor? —repitió Gladys lentamente.

—Sí. Cuánto han debido de quererte, mamá…

De pronto, Gladys se levantó.

—Hace frío. Entremos.

—¿Frío? No sopla ni una pizca de aire…

—Tengo frío —insistió Gladys y se rodeó el cuerpo con los brazos, temblando—. Y tú no te quedes aquí tampoco. Ve a acostarte. Esa bata es de muselina. Te resfriarás.

—No me…

—Vete a dormir. Es tarde.

—No tengo sueño —se obstinó Marie-Thérèse.

Al final fueron a la habitación de la madre, que encendió las lámparas de ambos lados del espejo en forma de corazón. La luz era tenue y rosa. Gladys contempló su rostro ávidamente. Detrás de ella, su hija miraba la imagen del espejo y, sin duda, los suaves rasgos que aún conservaban la gracia de la juventud. Sólo ella veía asomar las primeras señales del cansancio y la amarga madurez.

«¿Por qué me mira así? —pensó Gladys con irritación—. ¿Por qué me persigue de este modo?».

—Me gustaría hablar contigo, mamá —dijo de pronto Marie-Thérèse.

—¿Sí? Bueno, pues habla, cariño…

—Tengo novio, mamá.

—¿Ah, sí? —respondió Gladys con suavidad.

Se estaba desmaquillando. Sus largos dedos, que alisaban con gracia y lentitud la frente y las sienes, se estremecieron y se inmovilizaron en las comisuras de los ojos, agrandados. Se inclinó hacia delante y miró el espejo con desesperación, como si de pronto reflejara una imagen extraña. «La hermosa Gladys Eysenach va a casar a su hija», pensó.

Un dolor penetrante, casi físico, le atravesó el pecho. Siguió mirando el espejo, con los labios apretados y crispados. Aún era hermosa… Aquello

no le impedía ser hermosa y deseable… Negó con la cabeza con brusquedad. No, no, eso estaba bien para las demás. Esa belleza patética, frágil, amenazada por la edad, estaba bien para Nathalie Esslenko, para Mimi, para Laure, pero no para ella… Lo que ella necesitaba era la juventud, el triunfo absoluto, sin ninguna sombra… «No puedo resignarme. No es culpa mía. No sé resignarme». «Pues tendrás que aprender —parecía decir en su corazón una voz irónica—. Aprender a apartarte, a ceder el paso a tu hija, que brillará en primera fila en todas las fiestas, que eclipsará a su madre. Sobre ella, sobre su joven rostro se posarán las miradas

enamoradas de los hombres. Mañana, hablando de Gladys Eysenach, un hombre dirá: "Mi suegra…". Y un día no muy lejano tú dirás: "Mis nietos"». «¡Oh, no, no puede ser! ¡Dios no será tan cruel!».

—No es cierto, ¿verdad, Marie-Thérèse? —dijo en voz baja y temblorosa—. Es imposible, ¿verdad?

—¿Por qué, mamá? Al contrario, es natural. ¿Has olvidado mi edad? Tengo dieciocho años. Soy una mujer.

Gladys se estremeció. Un ataque de rabia, casi de locura, desencajó sus facciones.

—¡Cállate! —gritó—. ¡No es verdad! ¡No digas eso! ¡Aún eres una

niña!

—No, mamá, no soy una niña. ¿Creías que diciendo a tus amigas que tengo quince años ibas a impedir que el tiempo pasara? No tengo quince años. Ni tú tienes treinta. No soy una niña. Tú lo decías y yo dejaba que lo dijeras, al principio porque me era igual, y luego porque me daba vergüenza por ti, mamá, me dabas vergüenza y pena… —Estaba de pie contra las rodillas de su madre, que temblaban bajo la bata. Posó la mano en el suave hombro inclinado—. Pobre mamá… ¿De verdad creías que bastaba con hacerme llevar el pelo suelto para que nadie se diera cuenta de que soy una mujer?

—¿Quién es? —murmuró Gladys.

—Olivier Beauchamp, claro. ¿No te habías dado cuenta?

—No, no —dijo Gladys—; es imposible. Aún eres una niña… No puedes casarte todavía. Vamos, ¿te burlas de mí? Mírate. Mira qué brazos tan delgados, qué pelo tan largo, que cara tan pequeña… No puede ser, eres demasiado joven. Conoces a Olivier desde niña e imaginas que lo amas, pero no lo amas. ¿Cómo vas a reconocer el amor si aún no conoces la vida? Ve más despacio…

—Lo amo, mamá —dijo Marie-Thérèse con vehemencia—. Al menos eso deberías comprenderlo. Tú deberías

saber qué es el amor. ¿O es que sólo lo reconoces en la cara de las viejas, de tus amigas? Pero quien está en edad de enamorarse soy yo, ¡no ellas!

—¡Cállate! —gritó Gladys con la voz teñida de terror y sufrimiento—. No quiero, ¿me oyes?, no quiero. He dicho que más adelante, y será más adelante. Me obedecerás. Más adelante… Ahora no, ahora no —repitió palideciendo, y se llevó a los labios las manos de Marie-Thérèse—. ¿De acuerdo? Esperarás a ser más madura, a tener más experiencia… No sabes nada, todavía no has visto nada… Ten paciencia. Dentro de dos o tres años, si aún quieres a Olivier, bueno, pues te casas con él…

Pero ahora no, Dios mío, ahora no —murmuró, apretando a su hija contra el pecho, mirándola suplicante, tan acostumbrada a ser la preferida que ni siquiera imaginaba un rechazo—. Tú me quieres, ¿verdad, cariño? No querrás hacerme daño, ¿verdad? Oírte hablar de amor, ver en ti ya a una mujer, me hace daño… Es natural que así ocurra… Si supieras… ¡Oh! ¿Por qué eres mujer? Si hubiera tenido un hijo varón me querría más… Tú no piensas más que en ti.

—¡Y tú tampoco piensas más que en ti! Admítelo. Mira qué clase de vida llevo. ¿Crees que a mi edad me basta con los libros, la música y un parque bonito? Crecí sólo con eso. Tú te

divertías, bailabas, volvías al amanecer… Pero ¡esa clase de diversiones son para mí, mamá, para mí mucho más que para ti!

—No me daba cuenta de que crecías…

—Bueno, pues el daño ya está hecho. Tengo dieciocho años.

Gladys se retorció lentamente las manos.

—Sí, sí, lo sé, pero…

Le parecía oír cuchichear a las mujeres, sus rivales: «¿Gladys Eysenach? Sí, aún no está mal. Pero ya no es joven, ¿sabe? Ha casado a su hija. Su amante la ha dejado… Qué quiere usted. Aún es hermosa, pero… Aún es

joven, pero… —Y pronto quizá—: ¿La encuentra hermosa? Pero es mayor, ¿sabe? Ya es abuela».

«¿Yo? —pensó, y se pasó la mano por la cara lentamente—. No puede ser, estoy soñando… Ayer mismo era una niña. No he cambiado… Ayer mismo era una muchacha feliz, una joven triunfante. Y ahora Marie-Thérèse dice: "Cuánto han debido de quererte…". Y pronto todos dirán: "Qué hermosa debía de ser…". No, no, es demasiado pronto… Dos años más, tres años más… Sólo le pido eso. Sólo quiero eso. Para ella es tan poco… En cambio, para mí… En tres años seré vieja. Llevaré la edad escrita en la cara. Entonces me resignaré

como las demás. Lamentaré esta noche…».

—Mamá… —murmuró Marie-Thérèse—. Respóndeme. Piensa en mí. ¿Estás lejos de mí en estos momentos?

—¿Qué esperas que te responda? Ya te he dicho lo que quiero. Espera. ¿Qué te cuesta esperar un poco? Eres demasiado joven. Para ti los años son suaves y ligeros… Dentro de tres serás mayor de edad. Podrás hacer lo que te apetezca.

—Me niego a obedecerte —respondió Marie-Thérèse alzando el rostro, pálido y crispado.

—Estás obligada a hacerlo y lo sabes. Eres una niña. No eres mayor de

edad. Tienes que obedecerme.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué esperar?

—Porque eres demasiado joven —repitió Gladys mecánicamente con voz suave—. Los matrimonios precipitados siempre acaban siendo infelices. No quiero que seas infeliz. Sí, ya lo sé: piensas que en este momento quien te hace infeliz soy yo. Pero no es verdad. Sólo te pido una temporada de noviazgo secreto, delicioso, que embellecerá tu vida y te dejará buenos recuerdos… Eres una niña, Marie-Thérèse, todavía no sabes… No hay más que una cosa que valga la pena vivir: el comienzo del amor, el amor todavía tímido, el deseo, la impaciencia, la espera… Ahora te

ofrezco todo eso, y tú te enfadas conmigo… No quiero hacerte infeliz —repitió, mirando a su hija con desesperación—. ¡Oh, Dios me libre! Si ese chico y tú os amáis, bueno, pues casaos y sed felices. Yo me alegraré de que lo seáis. Te quiero, Marie-Thérèse, pero ármate de paciencia… Tres años pasan enseguida, y luego sabes que tendré que consentir. Pero hasta entonces ten piedad de mí… No me hables de nada. No quiero pensar. No quiero, no quiero… —murmuró, ocultando el rostro entre las manos—. Me hace daño. Quiero un poco de tranquilidad, un poco de felicidad… Compréndeme. Sé mi amiga.

—¡No quiero ser tu amiga! Eres mi madre. Si no quieres darme protección ni ayuda ni ternura, no te necesito —dijo la joven en voz baja.

—¡Oh, Marie-Thérèse! ¡Eres cruel!

—Entonces da tu consentimiento, mamá. ¡Vamos, sabes que seré feliz! Me robas tres años de felicidad, ni más ni menos.

—No, no y no —repuso Gladys débilmente.

Estaba llorando; las lágrimas, gruesas y lentas, le resbalaban por la cara.

—¡Déjame! —suplicó—. ¡Ten un poco de compasión! No me digas nada más. Ya has visto que es inútil, ¿no?

—Sí —respondió Marie-Thérèse a su pesar.

Gladys le tenía cogidas las manos. La muchacha se soltó con horror, rechazó aquellos hermosos brazos, suaves y pálidos, que se esforzaban en retenerla, y se marchó.

8

Al día siguiente, Olivier solicitó hablar con Gladys, pero en Sans-Souci se ensayaba un espectáculo que se representaría en casa de los Esslenko, y sólo pudo verla rodeada de amigos. Esa misma noche fue a casa de los Middleton, donde Gladys estaba invitada a cenar.

Cuando llegó, la cena había terminado. Algunas parejas bailaban un vals al son de una pequeña orquesta. Vio pasar a Gladys en brazos de George Canning, el amante de Lily Ferrer. Sonreía y parecía feliz. Cuando vio a

Olivier, se llevó un sobresalto y palideció. Olivier esperó a que acabara el baile, se acercó a ella y le pidió una entrevista. Gladys jugueteaba con un largo guante blanco que dejaba pender de la punta de sus dedos y con el que se golpeaba suavemente la falda.

—¿Una entrevista? Mi querido Olivier… ¿No puedes ir a verme a casa cuando te apetezca? ¿A qué vienen tantas formalidades?

—Es que, efectivamente, se trata de una petición formal —respondió el joven sonriendo.

—El lugar y el momento no son los más convenientes, diría yo…

—Entonces, le ruego que me dé una

cita.

Gladys dudó.

—Está bien —dijo al fin con un suspiro—. Vamos.

Él la siguió al saloncito de al lado. Estaban solos. Gladys miró aquella cara, tan parecida a la de Claude que era como si no hubieran pasado los años. Como su padre, tenía el rostro fino y alargado, el pelo rubio y unos labios finos, duros y severos en reposo, con una expresión tan dulce cuando se entreabrían… Le sonrió tímidamente; él tenía los ojos fijos en ella, pero no parecía verla.

—Sé que Marie-Thérèse habló ayer con usted —dijo Olivier— y que usted

está de acuerdo en que nos casemos, con determinadas condiciones. Un aplazamiento… Tres años, ¿correcto?

—Eso mismo —murmuró Gladys.

—¿Por qué, señora Eysenach? Hace mucho tiempo que me conoce. Mi madre y usted eran primas hermanas. Lo sabe todo de mí… todo lo que puede interesarle saber a una madre. Conoce a mi familia, mi fortuna, mi salud… ¿Por qué me impone ese plazo, esa espera humillante?

—No veo qué tiene de humillante —respondió Gladys bajando la cabeza—. En muchos países, los noviazgos largos se consideran naturales y muy sensatos.

—Si son noviazgos oficiales…

Gladys se estremeció.

—No, no, ahora no será posible, de momento no… Oficiales… qué ridiculez… Esas felicitaciones, esas visitas, esa odiosa pompa burguesa… No, no, qué horror… Cuando se decida, os casaréis de inmediato y sanseacabó.

—Quiero a Marie-Thérèse.

—Mi hija aún es una niña. Y tú también. Es un capricho infantil.

—Nos amamos como un hombre y una mujer —replicó Olivier en voz baja—. Marie-Thérèse ya es una mujer, aunque usted no se haya dado cuenta. No hablo sólo de su edad; es buena, tierna y abnegada como una mujer. Déjenos aprovechar nuestra oportunidad de ser

felices. La vida es muy corta…

Gladys hizo un gesto.

—Cierto…

—Piénselo… ¿No es terrible perder tres años de felicidad, tres años de vida?

—Demostrad que sabéis mereceros la felicidad —dijo Gladys con ligereza—: sed pacientes. Luego aún os querréis más, créeme… Bueno, seguramente mi respuesta no es oficial ni apropiada para una petición de mano. No pensaba que me encontraría con esto tan pronto… Marie-Thérèse… Dios mío, pero si a mis ojos no es más que una niña. ¿Es posible que no comprendas eso? Hasta ahora no ha querido a nadie más que a

mí.

Olivier movió la cabeza con brusquedad.

—Marie-Thérèse, gracias a Dios, es una mujer como las demás. En su infancia la quería a usted más que a nada, por supuesto… Y sigue sintiendo un cariño enorme por su madre. Pero usted sabe que el amor filial apenas cuenta cuando surge el auténtico amor. Usted misma lo ha vivido, como todos los hombres y todas las mujeres. Así pues, no debería sorprenderla que Marie-Thérèse me quiera a mí, me prefiera a mí. Si sigue oponiéndose a nuestra boda, ella acabará viéndola como a una enemiga.

—¡Eso sí que no! —exclamó Gladys —. Es imposible…

Dos sentimientos le desgarraban el corazón: no soportaba la idea de que Marie-Thérèse la odiara, como ella había odiado a su madre; pero lo que la desesperaba aún más era pensar que, por primera vez en su vida, se encontraba ante un hombre que no veía en ella más que a la madre de su amada, el obstáculo a su felicidad…

«¡Ya no soy una mujer! —pensó—. Ahora sólo soy la madre de Marie-Thérèse. Yo, yo… Sí, lo sé, es ley de vida. Pero también es ley de vida morir, y ¿quién piensa en la muerte sin estremecerse? Quiero a mi hija con todo

mi corazón, desde luego, y deseo que sea feliz, pero ¿y yo, yo? ¿Quién tendrá piedad de mí? Me creo joven y hermosa, pero a los ojos de los demás seguramente ya soy vieja, una vieja de la que no tardarán en reírse, de la que no tardarán en decir: "Fue hermosa, fue amada…". Y este chico…».

Le habría gustado tanto atraerlo… No para quitárselo a su hija, por supuesto. La sola idea de que Marie-Thérèse se enterase de esa pretensión la llenó de vergüenza; pero, para recuperar la autoestima, para ahogar aquel cruel sentimiento de humillación y derrota, aquel dolor de orgullo herido, habría querido inspirarle deseo, aunque sólo

fuera por un instante…

«Si me mira una única vez con deseo, no, ni siquiera eso, con admiración, como se mira a una mujer de verdad, si tiene un momento de turbación, de… de anhelo, de fantasía, como tantos otros antes que él, entonces dejaré de resistirme, le concederé la mano de mi pequeña, lo consentiré todo… Pero que vea, que sienta que aún soy una mujer… Si no, ¿para qué vivir?».

«Los viejos son todos iguales —se decía Olivier—. Se vengan en nosotros porque les queda poco tiempo para disfrutar de la vida. Quizá no lo saben, pero en el fondo de sí mismos piensan:

“Me queda poco tiempo para ser dichoso. Pues bien, si puedo, robaré a mis hijos algunos años de felicidad”. Piensan que son tiernos, prudentes, sabios y experimentados, pero en realidad son envidiosos. No quieren compartir la vida con sus hijos. Maldicen la vida, pero la quieren para ellos, sólo para ellos… ¡Pobres inocentes!», pensó con lástima, y estiró lentamente los largos brazos, notó con placer sus músculos, el calor de la sangre bajo la piel. Recordó su edad y, de pronto, se creyó invulnerable. Miró a Gladys sonriendo.

—Usted sabe que tres años pasan deprisa y que entonces será tan duro

como ahora, señora Eysenach.

Gladys se pasó la mano por la frente con lentitud.

«Pero ¿qué estoy haciendo? ¿Cómo he podido pensar en gustarle al chico del que está enamorada Marie-Thérèse? Debería avergonzarme».

—Déjame, Olivier, te lo suplico… —murmuró—. Mira, no te pido más que unas semanas, unos meses… un instante —suplicó azorada—. Tienes que concederme eso. Te prometo, te juro que me portaré bien —añadió como una niña desesperada—. Sí. Una vieja sensata —se corrigió—. Dadme un año. Un año, ¿de acuerdo? No es mucho. Un año de respiro —murmuró—. Esperad un año.

Vosotros tenéis toda la vida para ser felices, pero yo…

—¿No me impedirá que siga viendo a Marie-Thérèse?

—¡No, no! ¡Qué ocurrencia!

—¿No se irá al fin del mundo con ella? No me fío, ¿sabe? —dijo Olivier, esforzándose en reír.

Gladys negó con la cabeza.

—No, no…

—¡Está bien! —murmuró Olivier con un suspiro—. ¡Sea!

Gladys se levantó, fue hasta la puerta del saloncito y le hizo una seña a Lily Ferrer, que pasaba cerca.

«Que Olivier se vaya, por favor —rogó para sus adentros—. Que me deje

en paz…».

Lily se acercó abanicándose con vehemencia. Llevaba un vestido amarillo, un tocado de plumas y un espeso maquillaje en la cara.

Olivier cambió unas palabras con las dos mujeres y se marchó.

—Está enamorado de ti, querida —dijo Lily siguiéndolo con la mirada.

—No —respondió Gladys moviendo la cabeza—. Ahora ya nadie se enamora de mí, nadie… —Apenas podía contener las lágrimas—. Te quiero mucho, Lily…

Salió, cruzó el salón y se dirigió a la terraza. George Canning la miró al verla acercarse a él. «¿Éste, quizá?», se preguntó Gladys con ansiedad.

Le sonrió. Él bajó la cabeza, y Gladys reconoció la mirada astuta y ávida del hombre atrapado por una mujer, pero que cree ser él quien escoge, quien atrapa.

Bajaron al jardín…

9

Al estallar la guerra, Gladys y su hija se encontraban en París y los Beauchamp, en Suiza. Antes de partir al frente, Olivier pudo pasar por París y ver a Marie-Thérèse. Llegó el otoño, y Gladys regresó a Antibes.

Jamás había hecho un tiempo tan magnífico, jamás habían sido tan lozanas las rosas. Sans-Souci estaba desierto, movilizados los criados varones, requisados los coches y caballos.

—Tenemos que irnos —suspiraba Gladys todos los días—. ¿Qué hacemos aquí?

Pero la retenía George Canning. Se sentía atraída por él: era guapo y le gustaba. Se había olvidado de Mark y también de Beauchamp, como sólo las mujeres saben hacerlo, con dificultad pero del todo. Se había olvidado incluso de Olivier, o eso parecía. Al comienzo de la guerra, Marie-Thérèse había vuelto a hablar de la boda, pero Gladys ni siquiera le había respondido. Se había apresurado a dejar París por Deauville y, a su regreso, Olivier estaba en el frente. Apenas prestaba atención a Marie-Thérèse. Le hablaba con suavidad, como había hecho siempre, con apelativos cariñosos, pero miraba a través de ella sin verla, pensando sólo

en Canning y en sí misma, en su propia felicidad. Quería a su hija, siempre la había querido, pero del modo caprichoso y frívolo con que quería todas las cosas. Su inconstante cariño alternaba con largos momentos de indiferencia. Agradecía a su hija que ya no pronunciara el nombre de Olivier, que no destruyera aquella red de ilusiones sin la cual no habría sabido vivir.

Entretanto, a sus ojos, Marie-Thérèse podía seguir pasando por una niña. Desde el otoño había cambiado; se había vuelto más madura, más mujer, todavía delgada pero de movimientos más suaves y asentados. Su joven rostro

había perdido aquella expresión de pureza y audacia y se veía más blando y pálido. Ahora se recogía su hermoso pelo.

En octubre, Gladys recibió una carta de Beauchamp que le comunicaba la muerte de Olivier, caído en combate. Esa tarde, Gladys estaba sola. Se quedó sentada largo rato en la pequeña terraza con la carta en las manos. Era una tarde serena y apacible. Por fin, se levantó con un suspiro y fue a la habitación de su hija. Marie-Thérèse estaba acostada. Gladys se acercó a la cama y posó la mano con suavidad sobre la cabeza de la joven.

—Cariño, ¿duermes? Te he visto

apagar la lámpara cuando entraba.

—Estoy despierta —respondió Marie-Thérèse.

Apoyó el codo en la almohada y, apartándose el pelo de los ojos, miró a su madre con inquietud.

—Cariño, mi pequeña, vas a sentir una pena que te parecerá enorme, insoportable, pero pasará, ya lo verás, con el tiempo pasará. El pobrecito Olivier ya no volverá.

Sin una palabra, sin una lágrima, Marie-Thérèse cogió la carta que le tendía su madre y la leyó; luego, dejó caer las manos sobre la sábana, retorciéndose los dedos con tal fuerza que la sangre asomó bajo las uñas. Pero

no hablaba; parecía retener con todas las fuerzas de su desesperación las palabras que pugnaban por escapar de sus labios.

—Cariño mío… —murmuró Gladys compadecida—. No puedo ver esa pobre carita… Lo superarás… Te aseguro que sí… ¿Sabes?, el primer amor parece indestructible, pero se olvida pronto… Sí, crees que no comprendo, que no sé, que he olvidado esos sentimientos; pero si supieras lo cerca que siguen estando de mí… Lo querías, lo sé… Pero conocerás a otros jóvenes, Marie-Thérèse… El amor no son unos cuantos besos, unas cuantas citas y dulces proyectos para el futuro. Sólo sabrás lo que es el amor más

adelante, cuando seas una mujer; demasiado tarde, quizá —añadió con un extraño y leve suspiro ávido y cansado —. Ya ves, yo presentía que iba a pasar esto —murmuró con sinceridad—. Cuánto me alegro ahora de no haber cedido a tus lágrimas, a tus súplicas… Un novio se olvida, pero un marido…

—Te lo ruego, mamá, déjame —musitó Marie-Thérèse.

—No puedo, cariño, me da mucha pena… No te cierres así… Llora… Escúchame… Olvidarás, Marie-Thérèse… Antes confiabas en mí… Te juro, ¿me oyes?, te juro que olvidarás y que un día… —Intentó atraer el rostro de su hija, pálida y muda, y le rozó la

mejilla con los labios—. Mírame…

Marie-Thérèse alzó los ojos lentamente.

—Olivier y yo éramos amantes, mamá. Estoy embarazada.

—¿Qué? —exclamó Gladys en voz muy baja e, inclinándose, miró a su hija a la cara; con las trenzas medio deshechas, el delgado cuello y sus rasgos infantiles, parecía aún tan joven que pensó: «¡Miente! No puede ser…». De pronto, le abrió el camisón sobre el pecho: los senos estaban hinchados y tenían la blancura de mármol que les da el comienzo del embarazo—. Desgraciada —le dijo suavemente—, te has hecho a ti misma una desgraciada.

—No —respondió Marie-Thérèse negando con la cabeza—. Eres tú quien me ha hecho una desgraciada, tú, tú y sólo tú. ¿Por qué no dejaste que me casara con Olivier? Éramos jóvenes, nos queríamos, habríamos podido ser felices… ¿Por qué lo impediste? ¿Por qué?

—¡Yo no te prohibí nada! —espetó Gladys, colérica—. ¡No tienes derecho a decirme eso! Sólo os pedí que esperarais un poco… ¡Erais muy jóvenes todavía!

—Y esperamos —dijo Marie-Thérèse con desesperación—, hasta que vino la muerte y me lo arrebató… ¡Esperamos como niños buenos muy

sensatos y muy tontos, dejándote a ti la felicidad, el amor, la pasión, contentándonos, como dices, con unos besos y unos dulces planes para el futuro! ¡Oh, no puedo perdonármelo! Cuánta razón tenías al decir que la juventud es tonta… Sí, tonta, cobarde y débil, a tus expensas… ¿Qué podíamos hacer sino esperar? Cuando empezó la guerra, te supliqué que me dejaras casarme con Olivier. Ni siquiera quisiste escucharme… Me contestaste que no podías permitir que me uniera a un chico al que podían matar al día siguiente… ¡que tu deber de madre te lo impedía! ¡Ah, qué feliz eras teniendo al fin el deber de madre para ti! A fe que

eras sincera… Pero entonces comprendimos que éramos tontos, que teníamos que disfrutar al menos de eso, de unos instantes de amor, de un poco de felicidad… Fui yo quien lo quiso, yo —añadió, y dejó al fin que las lágrimas le resbalaran por las mejillas—. Él, mi pobre Olivier, se apenaba por mí. Presentía que no iba a volver… Y yo también —murmuró—. Le devolvía los besos y el corazón me repetía «No volverá», una y otra vez… Entonces, le supliqué que me tomara para luego dormir entre sus brazos y ser su mujer al menos una noche. Y le supliqué que me diera un hijo, porque pensaba: «Dios no permitirá que no vuelva si entre nosotros

hay una nueva vida». Pero ha muerto… ha muerto… Todo ha acabado para mí.

—¿Cuándo fuisteis amantes? —le preguntó Gladys cogiéndole las manos, que ardían—. ¡No lo has visto desde mayo!

—Sí, eso es lo que tú crees… ¿Creías que iba a obedecerte, como siempre he hecho? Antes de irse al frente pasó por París… Cogió una habitación en el Ritz, en la misma planta que nosotras, y pasé una noche con él. Al menos tuvimos eso —dijo Marie-Thérèse bajando la voz, mientras con los ojos de la mente volvía a ver aquella noche tan breve, las cortinas azules y los primeros rayos de sol sobre la cama, y

aquella sensación de correr hacia un abismo con los ojos bien abiertos…

—Pero ¿qué vas a hacer ahora? —le preguntó Gladys con voz temblorosa—. No pensarás tener ese niño, ¿verdad?

—¡Qué estás diciendo!

—¿Acaso no lo sabes, Marie-Thérèse? ¿No sabes que puedes impedir que nazca, si quieres…? Sólo son dos meses, aún es posible, todavía es fácil… ¿No comprendes que no puedes tener ese niño? Piensa en el escándalo. Si se supiera… Pero lo comprendes, ¿verdad?… ¡Respóndeme, habla, di algo! Ya no eres una niña, por desgracia, eres una mujer, sabías a qué te arriesgabas, tú lo quisiste… Bueno,

pues ahora hay que ser valiente. Quieres librarte del niño, ¿no? ¡Es necesario, Marie-Thérèse! Mira, conozco a una mujer, Carmen González. Tú también la conoces. Es masajista, vendedora de cosméticos, comadrona, y me consta… me consta que ha hecho eso más de una vez. No es nada, nada en absoluto, Marie-Thérèse… ¿Te acuerdas de mi amiga Clara Mackay? Su marido estaba ausente y ella esperaba un hijo que no podía, que no debía nacer… Fue a ver a Carmen a su consulta de comadrona, cerca de aquí, en Beix. Al día siguiente ya estaba de vuelta y nadie se enteró jamás… Su marido la habría matado. Para ti, unos instantes de sufrimiento y

se habrá acabado, la pesadilla habrá terminado… Respóndeme —exigió, sacudiéndole el delgado hombro desnudo—. ¡Tienes que hacerlo por el niño, por el niño tanto como por ti! No puedes tenerlo, darle la vida… ¡No tienes derecho a darle la vida a un niño que será un infeliz, un desgraciado, solo!

—¿Crees que abandonaré a mi hijo? —replicó la muchacha con suavidad—. Ni siquiera quiero hablar de ese crimen que me propones: eso, o asfixiarlo con un almohadón, como hacen las criadas embarazadas, es lo mismo. ¿Crees que me avergonzaré de él, que me esconderé? Qué poco me conoces…

—¡Tú estás loca! —gritó Gladys—.

¿Tú, una madre? ¡Vamos! No eres más que una cría ignorante… ¿Cómo quieres conservar al niño tú, una joven rica de familia honorable? ¿E imaginas que yo lo consentiré? Porque, en fin, también tendré algo que decir al respecto, supongo…

—No tienes nada que decir. Si no te hubieras opuesto a nuestra boda…

—Y si tú no hubieras sido la amante de ese chico…

—Asumiré las consecuencias, mamá.

—Olvidas que sólo tienes diecinueve años, hija. Hasta que cumplas los veintiuno tengo poder de decisión absoluto sobre tu persona y tu

futuro.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer? No puedes matarlo.

Gladys se apretó la cara con manos temblorosas.

—Un día querrás a otro hombre (no pensarás pasarte la vida llorando a un amante de una noche, ¿verdad?). Y entonces, ¿qué harás? ¿Quién se casará contigo con un bastardo? Marie-Thérèse, en estos momentos no es el amor materno, que todavía no puede existir, lo que habla en ti. Es el deseo de vengarte de mí. Sabes que la idea de verte madre y vergonzosamente mujer me resulta insoportable. Y para castigarme por haber retrasado tu boda,

te empeñas en acarrearte la desgracia. ¡Porque te la acarrearás! Ya lo verás a su debido momento.

—Puede ser —dijo Marie-Thérèse bajando la cabeza—. Pero no pienso en mí misma… Te resulta raro que se pueda no pensar en una misma, ¿verdad? Quiero que mi hijo viva y sea feliz. En cuanto a mí, no temo nada, lo acepto todo…

—Eso crees. Más tarde verás…

—¿Crees que me volveré como tú? ¡No, jamás, jamás! Me hablas con dulzura, pero no piensas más que en ti misma… Que se diga de ti, de Gladys Eysenach, que tiene edad para ser abuela, que tiene nietos, ¡eso es lo que

no soportas! No puedes ni oír esas palabras sin estremecerte —acusó la joven mirando a su madre—. Te acercarás al espejo, verás tu hermoso rostro y tu cabello rubio, pero recordarás que eres abuela y la vida ya no tendrá sentido para ti. Te conozco, te conozco perfectamente… Si me hubiera casado con Olivier, si hubiera tenido un hijo de mi marido, para ti habría sido un sufrimiento insoportable, sólo que entonces no te habrías atrevido a decir nada. Pero ahora nada te lo impide… Y, para evitar ser abuela, estás dispuesta a matar a mi hijo.

—Aún no es un ser vivo —respondió Gladys en voz baja—. No

sufre, y esta clase de crimen se comete todos los días…

—¡Éste no se cometerá! —zanjó Marie-Thérèse con fiereza, diciéndose que lo que más quería en este mundo era aquel niño que aún sólo existía para ella.

Gladys lo intentó por otro camino:

—Está bien, si lo deseas, es tuyo, estás en tu derecho… Pero ¿no tienes deberes para conmigo, incluso para contigo misma? Para conmigo —repitió con desesperación—. Piensa en el escándalo…

—Ya lo hago —respondió Marie-Thérèse, y esbozó una leve sonrisa.

—¿Es que no te doy pena? —le

espetó su madre con ansia—. ¿Qué te he hecho? No ha sido culpa mía… ¿Acaso podía prever la guerra? Ocurre todos los días que unos padres se opongan a un matrimonio que no aprueban. ¿Qué más he hecho?

—Otros padres creen hacer bien y a veces se equivocan. Sus hijos pueden desesperarse, pero no tienen derecho a reprochárselo. Pero tú… tú sólo pensaste en ti. No querías tener una hija casada. No querías ser «la madre de la joven señora Beauchamp» —murmuró Marie-Thérèse con un sollozo sordo—. Querías apropiarte de mi trocito de vida, de mi trocito de felicidad, como siempre has hecho…

—No es verdad. Siempre te he querido…

—Sí, cuando era niña, porque me utilizabas en tu provecho —replicó la chica con amargura—. Me sentabas en tus rodillas y te exhibías. Y yo, tonta de mí, ¡te quería tanto, te admiraba tanto, te encontraba tan hermosa! Yo, tu hija, te hablaba como a una niña, como a una hija… Ahora te odio, odio tu cabello rubio, tu cara que parece más joven que la mía… ¿Qué derecho tienes a ser hermosa, feliz y amada, mientras que yo…?

—Yo no tengo la culpa.

—¡Sí la tienes! —gritó Marie-Thérèse—. Era en mí en quien tenías

que pensar, sólo en mí, como yo sólo pienso en él —dijo, rodeándose el cuerpo con los débiles brazos—. ¡Déjame! ¡Fuera, vete de aquí!

—Marie-Thérèse, no te quedarás con ese niño. Vivirá, estará bien cuidado, pondré todo el dinero que haga falta, pero eso no… No te quedarás con él, no lo exhibirás. Es imposible… ¡Oh, vamos! Lo sé perfectamente, es eso lo que quieres, es eso… Quieres hacerme sufrir, ¿verdad? Cuando oiga salir de sus labios la palabra «abuela» dirigida a mí, creo que me mataré —añadió en voz baja—. ¡Cómo sufro! Tú no puedes entenderlo… Me consideras un monstruo. Pero soy yo quien tiene razón,

yo, yo, porque veo la vida como es, tan corta, tan triste sin amor, sin el deseo de los hombres… ¡Y luego la larga y horrorosa vejez! En cambio tú… tú eres joven, olvidarás a Olivier… ¡No te pedí la eternidad, por Dios! Sólo dos, tres años… Pero no, te las arreglarás para que todo el mundo sepa la verdad, para que yo espere a cada momento una mirada de curiosidad, un murmullo de lástima: «¿Es posible? Parece joven, pero…». ¿Y las mujeres? ¿Las burlas de las mujeres, de las enemigas, de las amigas? Espera un poco, espera dos, tres años, y ya verás, ya verás: seré una buena madre, no tendrás queja de mí y puede que entonces quiera al niño…

Dime que no te lo quedarás…

—Me quedaré con el niño, lo reconoceré, lo criaré —respondió Marie-Thérèse con dureza—. Ahora, vete.

Se dejó caer sobre la cama y se quedó inmóvil, sin una palabra ni una lágrima. Su madre siguió hablándole largo rato, pero ella mordía la sábana y callaba. Por fin, Gladys se marchó.

10

Se esforzaba en resignarse, en aceptar el nacimiento del niño, pero su vida tenía un sabor a ceniza. Cuando un hombre sonreía en su presencia a una chica bonita que pasaba, se le desgarraba el corazón. A veces la primera mirada del hombre había sido para ella, pero eso no importaba, a eso estaba acostumbrada. No soportaba ver que esa mirada la abandonara, se posara en otra.

Una noche, en casa de Lily, vio entrar a una mujer rubia como ella, cuya frágil y triunfal belleza se parecía un poco a la suya, pero era joven… Le

sonrió y le habló, pero aquella piel intacta, aquellos párpados lisos constituían un insulto viviente. Durante semanas, evitó volver a casa de Lily para no ver de nuevo a su rival.

A veces dejaba Niza, pero se llevaba consigo la sorda angustia que la despertaba en plena noche. Se levantaba, se desnudaba y se acercaba al espejo. Se miraba la cara y el cuerpo y por unos instantes se quedaba tranquila. Sabía de sobra que era hermosa. Se acercaba el amanecer, esa hora en que se apagan las últimas luces de los edificios o, en el piso de al lado, se oye el suspiro de un desconocido que sueña. Lentamente, acariciaba las tenues

arrugas que el insomnio le había trazado en la frente y que se borrarían en una hora. Eso no era nada, una mera inquietud común a todas las mujeres. No se parecía al misterioso dolor que temía, a los vergonzosos celos que le llenaban el alma de hiel. «No debo pensar en mí misma —se decía—. Debo olvidarme de mí. Marie-Thérèse, mi pobre niña… La guerra… Y entretanto yo, débil y desventurada criatura, sólo pienso en mi belleza, en mi juventud… Oh, deseo ser más sensata, ser mejor persona…».

George Canning se había alistado y estaba en el frente desde enero. Todo cambiaba alrededor de Gladys. Todo era frío y triste. En Sans-Souci ya no había

fiestas, ya no quedaba un alma. Ella sólo había conservado a su doncella y un chico del pueblo, que sustituía a los jardineros ausentes. Marie-Thérèse se pasaba el día acostada en su habitación o sola en el jardín. Por la noche se sentaban una frente a otra, las dos pensando en el niño. A veces, como si despertara de un mal sueño, Gladys veía el rostro de su hija demacrado, consumido por la espera. La miraba con pena, preocupada por su palidez y su tristeza.

—Vamos, come, no podrás soportarlo si no te alimentas. Debes coger fuerzas… Es una gran desgracia, pero hay que ser valiente, cariño… Eres

tan joven… Todo pasa, todo se olvida. Olivier…

—No pienso en Olivier, mamá. Tú no lo entiendes. En Olivier ya pensaré más adelante, cuando haya nacido el niño. Ahora sólo quiero centrarme en el niño, en su vida…

—Ese niño… ese niño… Si no existiera podrías tener la vida más maravillosa, olvidar, casarte, ser feliz…

—Pero el niño existe, mamá.

—Ya —murmuraba Gladys con odio.

Cuando el momento del parto se acercara, Marie-Thérèse iría a la consulta de Carmen González y allí el niño vendría al mundo. Carmen,

indiferente, no se asombraba de nada. Se quedaría con el niño y lo cuidaría si se lo pedían.

—¿Por qué preocuparse? —le decía a Gladys—. Es usted rica, ¿no? Tiene dinero, ¿verdad? Bueno, pues con dinero la vida no es más que sonrisas… Vamos, vamos, que no es la primera que pasa por esto.

—Mamá —dijo Marie-Thérèse una noche—, no quiero acudir a esa mujer. Me repugna y me da miedo. En el hospital, en París, en Marsella, me es igual dónde, pero con esa mujer no.

—Sólo con ella estaré segura de una discreción absoluta.

—¡A mí qué me importa que lo sepa

todo el mundo!

—¡Ya lo sé! Ya lo has dicho, repetido y clamado. Pero ¡yo sí quiero que nadie sepa nada! ¿Me has oído? Por favor, por favor, no hables más de ese niño, déjame olvidar… ¿Qué más te da? ¿Para qué hablar de él antes de que venga al mundo?

Pero Marie-Thérèse quería con una ternura visceral a aquel niño inexistente todavía, al que sólo ella daba un rostro, una forma, un nombre… Cada día estaba más pesada y cansada. Ahora andaba con esfuerzo, casi arrastrándose cuando salía de la casa. Su debilidad la desesperaba. Su madre no le permitiría quedarse con el niño. Sólo tenía

diecinueve años. No poseía nada propiamente suyo. Durante dos años más seguiría en manos de aquella mujer cegada por su pasión, que no se veía más que a sí misma y su cercana vejez. A veces le daban ganas de hablarle, suplicarle que no abandonara al niño si ella moría a consecuencia del parto, pero las palabras no salían de sus labios. Veía los ojos de su madre apartándose con odio de su vientre… El niño. Cómo lo sentía vivir en su seno… Se acariciaba lentamente el cuerpo y le parecía sentir que se estremecía, que se movía bajo sus dedos. Imaginaba la forma, la voz, la mirada de su hijo, su sonrisa. Lo veía en sueños. Sabía cuál

sería el color de sus ojos. Poco a poco, iba olvidando a Olivier. Olivier había muerto. Ya no era más que un cuerpo medio descompuesto en una tierra de nadie. Por él no podía hacer nada, pero el niño… El niño debía vivir. Se rodeaba con los brazos el vientre caliente, palpitante, en el que su hijo vivía, se movía. Tenía miedo de su madre, miedo de Carmen, sobre todo de ésta, de sus pequeñas y gordezuelas manos, de su voz, de su paso, silenciado por las suelas de fieltro.

«Se lo llevarán cuando aún esté demasiado débil para defenderlo —pensaba—. Estará mal cuidado, mal alimentado, triste y solo, completamente

solo… Mi pequeño…». Se acordaba de una historia que había oído tiempo atrás, no recordaba cuándo ni dónde, una historia deformada contada por una criada, sobre un niño nacido durante la noche en una granja solitaria, al que los abuelos habían cogido y enterrado vivo. Al despertar por la mañana, la madre no lo había encontrado a su lado.

Se estrujaba las temblorosas manos. «Nunca te abandonaré, mi pequeño…».

Mi pequeño… Era la expresión más tierna que había encontrado, la única… Quería a aquel bebé. Él sólo la tenía a ella, su vida dependía de ella. Por la noche le hablaba con dulzura, lo tranquilizaba.

—Vamos —le decía—. No temas nada… Seremos felices…

Cuando comprendió que el niño iba a nacer, pensó: «No avisaré. Esperaré. Si nace, nadie en el mundo tendrá la fuerza suficiente para arrebatármelo. Lo sujetaré de tal modo, lo tendré tan apretado contra mí, contra mi pecho, que nadie podrá quitármelo. Si muero, morirá conmigo».

11

Gladys estaba sola en su habitación, sentada ante el fuego. La de Marie-Thérèse quedaba lejos, en un ala de la casa separada de la suya por toda la anchura de un piso. No podía oír los débiles gemidos que su hija ahogaba bajo las mantas en ese momento.

Era una noche tranquila, sin un soplo de viento; las hojas de las palmeras apenas murmuraban. El mar, iluminado por la luna llena, se veía blanco y cremoso como la leche. Del suelo de baldosas ascendían vaharadas de aire frío. La doncella había encendido la

chimenea, que Gladys avivaba distraídamente ladeando su largo cuello, tan flexible, tan suave, tan blanco… No acababa de decidirse a irse a dormir. «Cuando esto haya pasado —pensaba—, me llevaré a Marie-Thérèse y no volveremos aquí. Olvidará. Aún es una niña. Es una experiencia terrible, pero olvidará. De todo esto sólo quedará la presencia de otro pequeño ser inútil y desgraciado sobre la tierra. ¿Por qué no me escuchó? ¡Ah, ojalá todo hubiera terminado ya! Qué pesadilla…».

Con un suspiro, se levantó, salió al jardín, rodeó lentamente el cedro y bajó hasta el mar. Volvió a subir, lanzó unos guijarros a la ventana oscura de Marie-

Thérèse y la llamó en voz baja… Sin duda dormía. Pobre niña… Qué comienzo tan triste para una vida…

«Pero es joven —pensó con celosa amargura—. ¿Qué penas no borran los años? Aún no sabe nada, no comprende nada… ¡Ah, cuánto me gustaría estar en su lugar! ¿Qué importa todo eso cuando aún no tienes ni veinte años? Aceptaría todos los sufrimientos, todas las desesperaciones, a cambio de recuperar mi juventud».

Entró en la casa. Todo estaba en silencio. La doncella le había abierto la cama y preparado el largo camisón de encaje para la noche. Se desnudó y se quitó los anillos. Luego, volvió a

sentarse ante el fuego y contó los meses transcurridos desde el comienzo de la guerra, desde la marcha de Olivier. El niño no tardaría en nacer.

«El niño…». Ni siquiera mentalmente podía pronunciar «mi nieto».

«Jamás, jamás le permitiré quedárselo —pensó—. Todos sus ruegos y lágrimas no servirán de nada… El pequeño será feliz, estará bien cuidado, no le faltará de nada, pero nunca lo veré, nunca oiré su nombre… Aun así, saber que existe, que respira, bastará para amargarme la vida… —Sentía el corazón acongojado. En adelante, sería una enemiga para su hija, lo sabía. Y eso

la hacía sufrir. Necesitaba que la quisieran—. Bien, la fiesta ha terminado —trató de burlarse de sí misma—, ya no podré hacerme más ilusiones, seré una vieja. Da igual que aún parezca joven y hermosa; en mi corazón sabré que soy una vieja. Marie-Thérèse quiere quedarse a su hijo… Pobre inocente… ¿Hijos? Ocupan nuestro lugar, nos empujan fuera de la vida, repiten: “Vete, vete, ahora todo es mío… Deja tu parte del pastel. ¿Ya te lo has comido? ¿Te has saciado? Bien, ¡pues ahora vete!”. Eso es lo que los hijos, hasta los mejores, piensan de nosotros. “¿Te has saciado?”. Pero nunca nos saciamos, nunca… —Deseó poder morirse—. Sería lo más

sensato, y Marie-Thérèse, en su corazón duro y virtuoso, pensaría: “Es su castigo”. Pero ¿de verdad tiene el corazón duro? Antes me quería… ¿Acaso tengo yo la culpa de que Olivier esté muerto? ¿Podía haber previsto que estallaría la guerra? Sin embargo, lo que no me perdona no es lo de Olivier. Es lo del niño…».

—¡Jamás veré a ese niño, nunca oiré su llanto! —murmuró.

Se acercó más al fuego y le preguntó a la doncella, a la que oía ir y venir por la habitación de al lado:

—Jeanne, ¿está encendida la chimenea en la habitación de la señorita?

—Sí, señora —respondió la doncella.

—¿La ha visto? ¿No necesita nada?

—He llamado a su puerta hace una hora —dijo Jeanne entrando en el dormitorio—. Me ha respondido que estaba bien, que iba a dormir.

Las dos mujeres se miraron y suspiraron.

—Qué desgracia —dijo Gladys volviendo la cabeza—. Qué desgracia, ¿eh?, mi pobre Jeanne.

—Mientras no se sepa… —murmuró la doncella—. Y la señorita tiene a su madre… ¿Cuántas chicas están solas cuando les ocurre una desgracia así y tienen que esconderse de sus propias

madres, que son las únicas que pueden ayudarlas?… Es una gran suerte tener al lado a una madre.

—Nunca se lo perdonaré —murmuró Gladys.

—Sí, la comprendo, es una deshonra —repuso Jeanne asintiendo con la cabeza—. Pero hay que tener compasión, señora…

Jeanne llevaba años al servicio de los Eysenach. Era una cuarentona de cara redonda y colorada y ojos pequeños, negros y vivaces. El pelo empezaba a blanquearle. Había llevado una vida de lo más sencilla: siempre había sido doncella. No sabía otra cosa que su oficio, apenas leer y escribir,

sólo zurcir los encajes, planchar la ropa blanca y apasionarse por la vida de sus señores. Le encantaban las deudas que había que ocultar y las cartas de amor que había que entregar. Nunca era tan feliz como cuando en una casa había un enfermo que cuidar, un niño menos querido del que ocuparse o una mujer abandonada por el marido. Para todo lo relacionado con la vida sentimental de sus señores tenía esa intuición extraordinaria, casi profética, que sólo poseen los criados o los niños. Sabiendo que todo disimulo era inútil, Gladys ni siquiera había intentado ocultarle el embarazo de Marie-Thérèse, pero le constaba que Jeanne no diría

nada, que sentía vivamente la vergüenza de aquel nacimiento irregular: su preocupación por la respetabilidad burguesa era del más alto grado. Gracias a ella, nadie conocía el estado de Marie-Thérèse; ella misma había pedido que prescindieran de los demás criados. Nadie entraba en la casa; nadie veía a Marie-Thérèse…

—Nadie sospecha nada —repitió Jeanne.

Gladys no respondió. La mujer recogió las prendas que su señora había dejado caer en la alfombra y se marchó.

De nuevo a solas, miró su cama y suspiró. Le habría gustado aturdirse, bailar, beber, pero estaban en guerra.

Niza se había vuelto tan triste y severa como el resto de Francia. Todas sus amigas se habían marchado. Aquel pequeño mundo frívolo y rutilante había huido. Las villas permanecían cerradas.

«Algún día la guerra acabará y todo volverá a ser tan alegre y encantador como antaño, y yo… ¡Oh! ¿Cómo lo soportaré? ¿Cómo he podido vivir sabiendo que un día envejecería? Todos sabemos que hemos de morir, pero es curioso: no temo a la muerte. La temería si creyera que no es el final de todo, pero sé que lo es… —Volvió a ver el rostro de Richard dormido entre sus brazos, tan sereno—. Él tampoco le tenía miedo a la muerte, pero no habría

soportado la decadencia. No habría soportado ser pobre y desconocido. Bueno, pues para mí, para una mujer, es lo mismo, exactamente lo mismo. Quiero una vida que valga la pena vivir, si no ¿para qué? ¿Qué me dará la vida cuando ya no consiga gustar a nadie? ¿En qué me convertiré? Seré una vieja pintarrajeada, me pagaré amantes… ¡Oh, qué horror, qué horror! Más vale atarse una piedra al cuello y arrojarse al mar… ¿Se me verá en la cara que voy a ser abuela? Da igual, ya no tiene remedio…».

Las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Con rabia, se las secó con el dorso de la mano y se estremeció.

Contempló las llamas. En la noche sólo se oía el croar de las ranas. El mar brillaba. ¿Qué estaría haciendo su hija?

«Pero, al fin y al cabo, ¿es tan digna de lástima? Después de todo, así es la vida… Quizá un día lamente los sufrimientos pasados. Un día, cuando sea amada y feliz… ¿Será más feliz que yo?».

Fumaba y dejaba caer la ceniza al suelo, arrojaba las colillas a la chimenea. Después cruzaba frioleramente los brazos bajo las largas mangas.

«Antes nunca tenía frío —se dijo—. Ahora, en cuanto entra aire por una ventana, el frío me cala hasta los

huesos».

No conseguía adormilarse. El corazón le latía sordamente. Quería recordar los bailes, las conquistas, las fiestas. ¡Ah! ¿Qué había más maravilloso que eso en el mundo? Cuando ella aparecía, todo a su alrededor se volvía… no silencioso, sino atento. En cada mirada leía la confirmación de su belleza, de su poder. Los hombres que la habían amado…

«Eso es lo único que yo he amado verdaderamente —pensó—, su deseo, su sumisión, su locura, mi poder y el placer. Pero hay tantas mujeres como yo… ¿Sufren del mismo modo? ¿Todas las que no son sensatas burguesas,

buenas madres de familia? Sí, sin duda. Es horrible haber apostado el sentido de la vida al placer y ver que el placer te rehúye, pero ¿qué otra cosa hay en el mundo? En el fondo no soy más que una mujer débil…».

Extendió las manos hacia el fuego y luego se levantó. El piano estaba abierto. Tocó unas notas… Sí, la música, la poesía y los libros estaban bien, pero ella sabía que sólo eran herramientas para seducir mejor, porque hasta el rostro más hermoso puede cansar, desagradar en un momento de preocupación o cansancio, pero para ella, como para la mayoría de las mujeres, esas artes no significaban nada,

no le daban nada… Algunos versos apasionados o tristes, una bella frase musical, son ofrendas para el hombre, sólo para él, y cuando el hombre se ha ido no queda nada.

—Ésa es la pura verdad —murmuró con una risita que resonó en la silenciosa habitación y la hizo estremecer.

Lentamente, volvió a la cama, se acostó y se durmió.

En sueños, vio a Marie-Thérèse muerta. Se hallaba en una habitación oscura, cerrada y de forma indeterminada, y su hija yacía en la cama. Ella sabía que estaba muerta. Sin embargo, la pálida muchacha tendida en

la cama hablaba, oía, veía y se parecía a la Marie-Thérèse real como una imagen borrosa, como un reflejo… Estaba tumbada sobre un costado y sonreía tiernamente. Gladys veía la silueta de su pálida y chupada mejilla. Las manos de Marie-Thérèse se alzaban y decía: «Cuánto te quiero, querida mamá… Nunca he querido a nadie más que a ti». Y le mostraba una camita de niño vacía. En el sueño, Gladys se inclinaba con angustia, veía que el niño no estaba y pensaba: «Sabía que no era verdad, que era imposible, que no había ningún niño…». Se sentía invadida por una extraordinaria paz, una alegría maravillosa que irradiaba. «¿Dónde está

el niño?», preguntaba. Con una dulce sonrisa, Marie-Thérèse respondía: «No hay ningún niño. ¿De quién hablas? Tú eres mi niña». Ella le tocaba la frente y le preguntaba: «¿Te pondrás bien, cariño mío?». Cuánto la quería en ese instante… «No —contestaba Marie-Thérèse—. ¿No ves que estoy muerta? Pero es mejor así. Todo es mejor así».

Gladys se despertó sobresaltada y oyó la voz de Jeanne junto a su cama:

—¡Venga enseguida, señora! ¡Deprisa! ¡La señorita…!

—¿Ha nacido el niño? ¿Vive? —Sentía una angustia horrible, una esperanza horrible.

—¡Oh! ¡Venga rápido, señora,

rápido!

En su habitación, Marie-Thérèse estaba tendida sobre sábanas empapadas de sangre. Retenía contra ella a su hijo, apretado contra su pecho muerto.

—No ha llamado, señora —dijo Jeanne—. Lo ha parido sola, la pobre… Ha muerto de la hemorragia, sin duda… He oído un grito y he venido corriendo. Pero no era ella quien gritaba, sino el niño… La señorita se nos ha ido sin pedir ayuda, sola, completamente sola…

Gladys se acercó con pequeños pasos al rostro inmóvil. Qué diferente era al del sueño… Reflejaba odio y miedo, y un terrible coraje. Con sus rígidos brazos, Marie-Thérèse apretaba

contra su cuerpo a una mísera criatura ensangrentada y jadeante, cuyo cuerpecito sí se agitaba con el fluir de la vida.

12

Gladys regresó a su habitación una hora después. El sol había salido al fin. Se paseó largo rato por la estancia; luego se dejó caer en la cama y cerró los ojos. Pero al instante oyó los débiles pero agudos gemidos del bebé, al que Jeanne había acostado en la habitación contigua.

—¡Marie-Thérèse ha muerto! —gimió en voz alta, y las lágrimas acudieron al fin a sus ojos.

Volvió a la habitación de su hija. Jeanne lo había limpiado todo. Marie-Thérèse estaba tendida en la cama con

su carita de cera hacia el techo, la cabeza hundida en la almohada y las manos unidas sobre la cintura. Temblando, Gladys echó la manta de armiño sobre los pies de su hija: no soportaba la visión de aquellos pies helados. Por un segundo, se olvidó de la existencia del recién nacido. Ya no lloraba. Las facciones de Marie-Thérèse habían perdido su expresión angustiada y trágica; se veían severas y frías. Gladys le acarició el pelo con suavidad.

—Mi pequeña… —murmuró con un sollozo ronco.

Por momentos, su pena desaparecía y sólo sentía una especie de estupor. Quería agudizar su dolor; ella misma

buscaba imágenes, recuerdos, y entonces sentía una desesperación tan inmensa que se asustaba.

Cuando Carmen González llegó, se abalanzó sobre ella y le cogió las manos.

—Está muerta, ¿ha visto? ¿Está muerta? —murmuró.

—¿Se ha matado? —preguntó Carmen con su voz seca.

—¿Matado? ¡Oh, Dios mío, no! Mi pobre pequeña… ¿Por qué iba a matarse? No; ha sido un accidente, sin duda la hemorragia… No ha llamado a nadie… ¿Por qué, por qué no ha llamado?

—Escuche —dijo Carmen—, ahora

no hay que llorar. La verdadera desgracia ya había ocurrido, cuando la pobre chica… Ahora quizá todo sea para mejor… ¿Qué? —preguntó al ver que Gladys hacía un gesto—. Hay que ver las cosas como son. ¿Qué habría sido de ella? ¿Quién se habría casado con ella? Un cazadotes, un canalla… En cuanto a usted, si se hubiera sabido…

Gladys no escuchaba. Desesperada, pensaba: «No es culpa mía. De mis labios no oyó una palabra de reproche. Habría hecho lo que fuera por ella…».

—¿Qué hace aquí? —dijo Carmen—. Tiene una cara que asusta. Acuéstese y déjenos hacer a nosotras —añadió mirando a Jeanne.

—¿Qué más se puede hacer, Dios mío? —murmuró Gladys, ocultando la cara entre las manos—. Ya le he dicho que está muerta, muerta… No hay nada que hacer…

Carmen se encogió de hombros.

—Si quiere que todo el mundo se entere… Vamos, acuéstese y no se preocupe de nada. —La acompañó al dormitorio, la obligó a tumbarse y le calentó los pies desnudos entre las manos—. Está helada…

Esa palabra, ese gesto, le recordaron a Gladys a su hija muerta.

—¡Oh, Marie-Thérèse, mi pequeña! —Y soltó bruscos gemidos, fuertes y roncos, que sorprendieron a Carmen por

lo repentinos y violentos—. ¡Marie-Thérèse! ¡Marie-Thérèse! Sus pobres piececitos fríos, sus manos heladas…

Siguió llorando un rato, hasta que se quedó inmóvil en la cama, los ojos apagados y fijos. Sentada a su lado, Carmen le daba palmaditas en las manos.

—Vamos, vamos, sea razonable… Llorar no le devolverá a su hija. Es una desgracia irreparable, sin duda, pero… dígame: ¿y el niño, el pequeño?

—¿El pequeño? —repitió Gladys en voz baja.

—Sí. ¿No quiere quedárselo?

—No, no —murmuró con esfuerzo —. No puedo. Que no me pidan eso…

Es imposible…

—Mire, déjeme decirle sinceramente lo que pienso. Por supuesto, usted hará lo que quiera… Créame, no se quede en medias tintas. Cójalo y haga que lo críen cerca de usted, si quiere. Pero si no desea quedárselo ni darle su apellido, lo mejor para usted y para él es abandonarlo enseguida. Es preferible confiarlo a la asistencia social y que esto acabe… Además, siempre podrá recuperarlo si cambia de idea. Porque criarlo lejos de usted, esconderse y pensar que nadie sabrá nada, que podrá ir a verlo de vez en cuando sin levantar sospechas, eso son zarandajas. Es abrir la puerta al

chantaje. ¿Lo comprende?

—No, no, eso no —respondió Gladys—. La asistencia social no… Consiga que lo críen lejos. Que nadie lo sepa… Pagaré lo que haga falta.

—Con dinero todo es posible —suspiró Carmen—. Si es lo que quiere, buscaremos una nodriza… lejos de aquí.

—Sí.

—Yo me encargaré de todo, no se preocupe. Afortunadamente, la muerte ha sido natural. Conozco a alguien del ayuntamiento —dijo Carmen, inclinándose hacia el oído de Gladys—, alguien que me ha hecho favores en situaciones así… Haré declarar al niño nacido en Beix, en mi consulta, de padre

y madre desconocidos. Pasará con los demás. Eso evitará las indiscreciones… En cuanto a su hija, puede decir que ha muerto de una afección respiratoria, ¿le parece? Eso explicará que no se la haya visto en los últimos tiempos. Además, Niza está desierta y estamos en guerra… Nadie se preocupa de lo que pasa en casa del vecino. Es una suerte, dentro de su desgracia. Jeanne es discreta, ¿verdad?

—Sí —murmuró Gladys.

—Llámela.

Jeanne se presentó ante su señora. Tenía la cara enrojecida y le temblaban las manos. Estrechaba al recién nacido contra su pecho.

—Aparte de usted, nadie sabe nada, ¿verdad? —le preguntó Carmen—. Bien. Si mantiene la boca cerrada, la señora sabrá recompensarla.

—¿Qué harán con el pequeño? —preguntó Jeanne.

—Buscarle una nodriza, claro. ¿Qué otra cosa podríamos hacer?

—¿Quiere verlo? —preguntó Jeanne sin responder a Carmen, mostrándole el niño a su señora.

—No —dijo Gladys con los labios apretados—. No quiero.

—El niño no tiene la culpa, señora —murmuró la doncella.

De pronto, Gladys sintió un horrible cansancio. Se encogió de hombros.

—De acuerdo, démelo —dijo.

—Después de todo, la señora es su abuela —observó Jeanne, que temblaba de cólera.

El pálido rostro de Gladys se encendió. Una expresión extraviada, casi demencial, desencajó sus facciones.

—¡Lléveselo! ¡Lléveselo! ¡Que no lo vea, que no vuelva a verlo! ¡Lo odio! ¡Daré dinero, daré todo lo que tengo, pero que no vuelva a verlo!

—Ya lo cojo yo, señora —dijo Jeanne.

Gladys volvió a dejarse caer en la cama, sollozando y agarrándose a los brazos de Carmen.

—¡Ocúpese usted de todo!

¡Déjenme! ¿Es que no van a apiadarse de mí? ¿Quieren matarme? Pues moriría con gusto si con eso pudiera devolverle la vida a Marie-Thérèse… Déjenme, déjenme… No puedo ver a ese niño… ¡No es nada mío! ¡No lo reconozco! ¡No existe! ¡No quiero saber que está en el mundo! Llévenselo…

En cuanto Jeanne se llevó a la criatura fuera de la habitación, la furia que se había apoderado de Gladys se apaciguó. Apartó a Carmen, fue a la habitación de su hija y se derrumbó al pie de la cama, sollozando. El corazón se le desgarraba.

—¿Por qué lo has hecho, Marie-Thérèse? —gemía—. ¿Por qué me has

dejado? Ahora estoy sola, completamente sola… Dick se fue hace tiempo, y ahora te has ido tú, mi pequeña… Ya no hay un solo ser en el mundo que me quiera…

Poco después, Carmen le llevó ropa negra y la ayudó a vestirse. Gladys, muda y temblorosa, con los ojos secos y febriles, estaba más hermosa que nunca. De vez en cuando se apretaba el oprimido pecho con las manos y pensaba: «Si pudiera llorar, esto me dolería menos…».

Pero de sus ojos no brotaba una lágrima. Sólo un leve sollozo ronco y áspero entreabría a veces sus labios.

—Esto pasará —le dijo Carmen

dirigiéndole su penetrante y desdeñosa mirada—. Ya verá como lo supera… Es usted demasiado mujer para ser madre mucho tiempo. Y demasiado joven para sufrir mucho tiempo.

—Calle —replicó Gladys en voz baja.

—¿Quiere darme ahora sus papeles, para las formalidades?

—Pero… aquí no tengo nada.

—Bueno, no importa, ya nos las arreglaremos… Por cierto, ¿qué edad tenía la pobrecilla? Quince, ¿verdad?

—No, eso no es verdad —murmuró Gladys—. Tenía diecinueve años, usted lo sabe bien.

—Hágame caso, pondremos los años

que todo el mundo le daba: quince. Acostada así, con el pelo suelto, parece una niña… Nadie se atreverá a sospechar la verdad. Será lo mejor para su memoria y también para usted.

—Para mí… —dijo Gladys. ¿Qué podía importarle eso a Marie-Thérèse? Le entregó un cheque a Carmen—. Esto es para Jeanne, para el bebé… Que más tarde venga a verme. Quiero que al pequeño no le falte de nada, que sea feliz… Más adelante, ¿quién sabe? No tengo a nadie en el mundo…

—Sí, quién sabe —repitió Carmen, y una expresión de aguda inteligencia iluminó sus toscas facciones—. Algún día podría usted adoptarlo… Puede que

al final lo quiera… como una madre. ¿Quién sabe?

13

Gladys se fue a Madrid, donde se quedó hasta el final de la guerra. Después viajó. En 1925 estaba de nuevo en París. La Nochevieja de ese año la pasó bailando en una sala de fiestas de Montmartre que estaba de moda esa temporada, un angosto sótano con las paredes pintadas de rojo. Nacía el día; el cansancio crispaba los rostros de los bailarines, que se balanceaban como bajo los efectos de una pesada embriaguez. La música ya no era más que un sordo rumor que acompasaba el arrastrar de pies de la multitud. Algunas

parejas ya no bailaban; caminaban lentamente meciéndose el uno en brazos del otro, sin pensamientos, sin deseos, con la mente en blanco.

Gladys bailaba entre los demás. Pasado el primer año, había guardado luto de blanco por su hija y, como el blanco la favorecía, seguía llevándolo. No había cambiado. Su pelo seguía tan rubio y sus facciones tan suaves como antaño. Tan sólo se había acentuado la delgadez de las mejillas; cuando estaba cansada, el contorno de los finos huesos, de los pómulos y las órbitas se marcaba; el dibujo del esqueleto se adivinaba bajo la suave piel. Su tez continuaba siendo milagrosamente tersa y su talle,

tan delgado y flexible como el de una jovencita.

Esa mañana, a los primeros rayos del amanecer, que penetraban entre los pliegues de las cortinas, el cabello, rubio pálido y ligero, le rodeaba la frente como una aureola de humo luminoso, y la única señal visible de su edad era ese afilamiento de las mejillas que nada puede remediar. Su blanca y esbelta espalda estaba desnuda; al bailar, inclinaba levemente la cabeza y, bajando los grandes ojos, sonreía con lánguida y encantadora gracia a los hombres que la rodeaban.

A veces, sólo cuando entre las pintarrajeadas momias de la sala veía

por casualidad una cara joven, un cuerpo joven, la imagen de Marie-Thérèse volvía a formarse en su memoria. Bailando en brazos del hombre, del amante que la estrechaba contra sí, pensaba en su hija con una ternura desesperada. Pero Marie-Thérèse estaba muerta… «Es más feliz que yo», se decía Gladys. Había olvidado las circunstancias de su muerte, como las mujeres pueden olvidar, de un modo inocente y total. Cuando volvía a verla en su imaginación, Marie-Thérèse tenía los rasgos de una niña, de aquella niña que había querido a su madre… Gladys suspiraba y miraba con tristeza

alrededor; aquellas parejas, aquel humo, aquellas botellas vacías eran el decorado habitual de su vida, y pensar allí en su hija le parecía tan natural como hacerlo en su habitación. No obstante, procuraba ahuyentar su imagen. ¿De qué servía lamentar el pasado, de qué? Quedaba tan poco tiempo para vivir… Tenía que engañar al oscuro tedio. Miró al hombre que la estrechaba en sus brazos.

Su pasión se había vuelto aguda y desesperada: ahora sus amantes eran de un día, de una hora… Necesitaba estar segura de su poder, comprobar que era capaz de volver loco a un hombre, de hacerlo sufrir como antes. Cuando ellos

sufrían, su corazón se calmaba unos instantes. Pero no era tan sencillo… Después de la guerra, había pocos hombres dispuestos a sufrir por una mujer. Y ella ya no era la preferida, la primera que distinguían en el tropel femenino, aquella cuyo esplendor eclipsaba la belleza de todas las rivales. Ya no era la mujer en quien las miradas de los hombres se posaban de inmediato. Desde luego, aún le resultaba fácil inspirar amor y deseo, pero se cansaban de ella. Conforme pasaban los años, cada vez se cansaban antes… Gladys ya no se hacía de rogar, cedía enseguida, porque sabía que ahora los hombres tenían prisa en el amor; no

obstante, acostumbrada a la adoración, le resultaba difícil plegarse a aquel deseo silencioso y brutal. Necesitaba la seguridad de ser amada, palabras de amor, tiempo, los celos del hombre… A veces, una fogosidad desesperada provocaba la sorpresa, la sorda desconfianza del joven del que se encaprichaba. «No te dejes atrapar —se decían ellos—. Es hermosa, es deseable, pero hay muchas mujeres…».

De vez en cuando aparecía uno más joven, más ingenuo que los demás, que la amaba como a ella le gustaba; pero ésos la cansaban pronto. «No —se decía —, es demasiado fácil… Pero el otro, su amigo, que todavía no me ha

mirado… ¡Oh, Dios mío, concédeme eso una vez más! Gustar como antes, loca y totalmente, una vez, sólo una vez más, y se habrá acabado, seré una vieja con el corazón marchito…».

Le encantaba aquella efímera y terrible excitación, aquella fiebre que le encendía la sangre, y la vida alocada, dura y trágica de los años posteriores a la guerra. «¡Ah —pensaba—, ahora es cuando tendría que ser joven!».

El recuerdo de su juventud le producía unos celos dolorosos. Cogía la mano del hombre sentado junto a ella, buscaba su mirada, tendía hacia él su tembloroso y angustiado rostro… Cómo habían cambiado los hombres…

Richard, Mark, George Canning, Beauchamp… Y ahora aquellas caras cansadas, aquellos ojos fríos, aquellas voces desganadas, aquel deseo breve y brutal…

Volvía a casa al amanecer. La ciudad, grisácea, despertaba. El viento silbaba sobre el Sena. Con el corazón encogido, Gladys recordaba los días de su juventud, los cabriolés, los largos guantes blancos, la galantería en el amor… «¿Que los hombres han cambiado? Pobre idiota… He cambiado yo, yo… ¿Que todo desaparece? No; desaparecemos nosotros… —Y suspiraba con tristeza burlona. Pero se miraba en el espejito, empañado por los

polvos, y veía una imagen milagrosamente joven—. Es un sueño —se decía—. ¡Aún soy hermosa, joven como antes! ¿Quién diría que ya no tengo treinta años?».

Y ciertamente, en 1925 la edad de una mujer apenas importaba. Cuarenta años eran la juventud.

«¿Cómo podía preocuparme tener cuarenta años? ¡Ay, ojalá los tuviera aún! Los cuarenta son la plenitud, la flor de la vida, la juventud… En cambio, los cincuenta… Cincuenta años… ¡Ah, eso es más duro!».

Con secreta desesperación, dejaba que la mano del hombre sentado junto a ella le tocara los pechos. «Sí,

adelante… Por más que busques, no encontrarás otros tan bonitos». Cierto, pero si supiera, si oyera: «Gladys Eysenach tiene cincuenta años», ¿qué pensaría? ¿Qué diría durante una discusión? Si los labios de un hombre le espetaran «A tu edad…», se moriría de vergüenza, estaba segura.

«Si me quisiera —se decía—, sería distinto… Pero no hay nadie en el mundo que me quiera». Cuánto le habría gustado oír una frase de amor, como antaño… ¿Es que ya no se estilaban? ¿O acaso (y eso la desesperaba) los hombres las reservaban para otras?

Procuraba tranquilizarse: era culpa de la época. Aquella zafia

desvergüenza, aquellas caricias apresuradas, ávidas, y a continuación aquella frialdad grosera, aquel «quitarse de encima a una mujer», acudir a las citas con cara de aburrimiento y cansancio, poner precio a los favores y, cuando ella preguntaba: «¿Me amas?», responder: «¡Oh, qué anticuada eres, querida!».

Pero aquella generación tocaba a su fin. Venían otros, jóvenes que, al contrario que sus antecesores, eran apasionados, sentimentales, serios, pero a los que cada vez parecía atraer menos, porque no basta con conservar un cuerpo y un rostro jóvenes; también hay que hablar, sentir, pensar como los chicos de

veinte años, sin sobreactuar, sin delatarse, sin adular…

Gladys era la amante de un muchacho inglés guapo y delicado como una chica.

—*You are fond of me?* —le preguntaba tímidamente, olvidando que le había hecho la misma pregunta mientras la tenía entre sus brazos.

—*Oh, hang it all, Gladys, a fellow cannot jabber all night about love*…

Poco a poco, la sombría inquietud que crecía en su interior la había empujado a las casas de citas. Al menos, allí el deseo no engañaba. Cada vez que debía esperar en el saloncito de la encargada, el corazón, que le golpeaba

el pecho con sorda violencia, le recordaba la embriaguez de antaño, que aún la emponzoñaba como un veneno en la sangre.

Y, como todas las pasiones, no le dejaba el alma tranquila ni un instante. Del mismo modo que el avaro sólo piensa en el oro y el ambicioso en los honores, todo el ser de Gladys vivía esclavizado por el deseo de gustar y la obsesión de la edad. «Nada más fácil que ocultar la edad», se decía.

La guerra había dispersado a sus viejos conocidos, pero incluso ellos… El tiempo pasa tan deprisa… El olvido es tan profundo para todos… Y, al contrario de lo que se piensa, entre las

mujeres existe una especie de masonería de la edad. «Yo no me burlaré de ti y, a cambio, tú me respetarás. Te halagaré, diré que te encuentro guapa, y tú, en su momento, tendrás una palabra amable para mí, una frase de admiración que me permita recuperar el orgullo de la juventud, sonreírle a mi amante con menos miedo y humildad. Fingiré que he olvidado tu edad, pero tú no mencionarás que yo también he cumplido los cincuenta. Apiádate de mí, y no seré cruel ni desleal contigo, mi pobre hermana, mi igual. Diré: "Qué tontería, tenemos la edad que aparentamos". O bien: "¿Conocen a tal o cual actriz famosa? ¿Que su amante la

engaña? ¿Que ella le paga? Pero, para empezar, ¿ustedes qué saben? Además, a cuántas chicas jóvenes las tratan así”. No exclamaré: “¡Mirad a esa vieja!”. Tú haz otro tanto».

Gladys era la primera en decir sonriendo:

—¿Por qué hablar de la edad de una mujer? En nuestra época, eso no le interesa a nadie. Si una mujer es hermosa y seductora, ¿qué más se puede pedir?

Antaño sabía decir con gracia y despreocupación:

—La vida es demasiado larga. ¿Qué puede hacer una con tantos años?

Ahora, una especie de miedo

supersticioso detenía las palabras en sus labios. Nunca hablaba del pasado, de Richard ni de Marie-Thérèse. Había retirado todas las fotografías de su hija que otrora adornaban las paredes de su casa, porque los vestidos que llevaba la niña señalaban épocas demasiado evidentes. Sólo había conservado un retrato de Marie-Thérèse a los siete años, semidesnuda y con el pelo cayéndole sobre los ojos.

—Una hijita que perdí —decía con un suspiro.

Todo el mundo creía que Marie-Thérèse había muerto siendo una niña. La propia Gladys había acabado creyéndolo.

Viajaba asiduamente, aunque no quería reconocer esa necesidad de huir hacia delante que a veces la hacía parecer una aventurera. «Aquí me aburro», se decía; pero en realidad se iba porque había vuelto a ver una cara antaño conocida o una casa que reavivaba demasiados recuerdos en su corazón. No era la fiebre viajera que en otros tiempos la empujaba de un sitio a otro, sino una trágica huida del pasado.

La fecha de su cincuenta cumpleaños, el día que hubiera oído a todas horas: «Tienes cincuenta años, Gladys, tú, que ayer mismo… Hoy has alcanzado el medio siglo, nada menos, ya nunca recuperarás la juventud…», fue

el día que visitó por primera vez una casa de citas. Desde entonces, cuando la melancolía le resultaba demasiado amarga, cuando las dudas sobre sí misma la torturaban, iba allí a pasar una hora.

Cuando el desconocido de turno era más atento, más generoso que de costumbre, una especie de maravillosa placidez le henchía el corazón.

«¿Y si me reconocen? —pensaba—. Pero soy libre… Además, ¿qué van a decir? ¿Que soy una viciosa? ¡Sí, viciosa, loca, perdida, pero no vieja, no incapaz de inspirar deseo, no esa abominación, ese horror!».

Cuando estaba segura de gustar, de

que el hombre la miraba con placer incluso después del amor, sentía un espasmo de alegría casi físico, mil veces más satisfactorio que el otro. Gladys tenía delante a un hombre de expresión fría, el rostro bien afeitado de un hombre de negocios, al que diez años antes ni se habría dignado mirar.

—¿Podríamos vernos en otro sitio? —le preguntaba él.

Y ella sentía que una paz indescriptible le inundaba el corazón.

Había llegado a esa edad en que las mujeres ya no cambian, sino que se descomponen lentamente, de forma apenas perceptible, bajo el maquillaje y el colorete. París se mostraba indulgente

y la perdonaba como a las demás. Era encantadora y elegante. Si alguien decía: «¿Gladys Eysenach? Ya es una mujer mayor», una voz respondía al instante: «Pero todavía está muy bien. Su deseo de conservarse joven es muy femenino y natural. Además, no le hace daño a nadie».

Gladys ofrecía el delicado cuello al frío viento; en la calle, su esbelto cuerpo parecía el de una muchacha y su rostro aparentaba treinta años; cuarenta, sólo a primera hora de la mañana o al final de la noche. Pero eso no le bastaba; le habría gustado seguir teniendo veinte años, bailar hasta el amanecer y luego, sin polvos ni carmín, estar fresca y

lozana como una flor, como antaño…

En la calle, un hombre se vuelve a su paso y le sonríe. Ella lo mira con la expresión tranquila e indiferente de la mujer que no busca aventuras. El desconocido, que tiene prisa, se aleja. Y Gladys, que hace un instante temblaba de alegría, se pregunta ahora ansiosamente: «En otros tiempos, ¿se habría marchado así? ¿No habría insistido? ¿No me habría seguido, sólo por el placer de ver caminar delante de él un cuerpo hermoso, de adivinar la forma de las caderas bajo el vestido? Pero ¿de qué sirve pensar en otros tiempos? No hay otros tiempos… Son esas ideas, esos recuerdos del pasado

los que me abruman y me obsesionan. Si aún viviera, Marie-Thérèse tendría hoy veinticinco años. ¡Dichosa ella, que se fue en plena juventud!… La juventud, la pasión de la juventud… En el fondo, todas las pasiones son trágicas, todos los deseos están malditos, porque siempre conseguimos menos de lo que soñábamos».

El final de la fiesta le servía con generosidad las sombrías cavilaciones del pálido amanecer, aquel regusto a ceniza, aquella amargura, aquella hiel, tras la noche de baile y alcohol…

En la mesa de al lado, una mujer grotesca y repulsiva, con el pelo teñido y un collar de perlas balanceándose

sobre el apergaminado y escurrido pecho, le sonreía. Al menos sus ojos, sus viejos y hundidos ojos, trataban de sonreírle; el resto de la cara, retocado, remendado, recosido, no permitía que la sonrisa se extendiera libremente por su pintarrajeada superficie.

—Gladys… —Ebria, rígida, sosteniendo con precaución la copa de champán en la mano cubierta de anillos y deformada por la gota, la mujer se acercó a ella—. ¿No me reconoces? ¡Oh, querida, qué alegría! ¡Qué dicha volver a verte! ¡Estás tan guapa como siempre! Igual que siempre, la verdad. ¡Soy Lily Ferrer! ¡Ah, qué enfadada estaba contigo! ¿Te acuerdas de George

Canning? ¡Qué guapo era! Murió en la guerra. Cuántos muertos, cuántos muertos… —graznó Lily, y se sentó junto a ella mirándola con ternura: era reconfortante ver a una mujer apenas diez años más joven que ella y que conservaba aquella milagrosa juventud. Un don prodigioso, concedido a otra, le henchía el corazón de esperanza: «¿Por qué no yo? Sí, a pesar de la imagen que me devuelve el espejo, a pesar de que pago a mi joven amante, ¿por qué no yo?»—. ¿Y quién es el afortunado, Gladys? Yo me he llevado grandes decepciones, grandes disgustos. Un joven en el que había depositado toda mi confianza me engañó de un modo

indigno. Pero siempre me ha pasado, nunca he tenido suerte. —Suspiró—. ¿Eres feliz? —Gladys no respondió—. ¿No? ¡Ah, cómo han cambiado los hombres! En nuestra época… —dijo, bajando la voz—. Qué galantería, qué solicitud había entonces… Amaban a una mujer durante años sin una palabra de esperanza. Lo dejaban todo por ella, se arruinaban por ella… Y sin embargo ahora… Pero ¿por qué han cambiado tanto? ¿Por qué? ¿Ha sido la guerra?

Gladys se levantó y le tendió la mano.

—Perdóname, querida, es que mi amigo me espera. Adiós. Me alegro de volver a verte. Pero me voy mañana,

dejo París…

—Tu hija ya debe de ser mayor… —dijo Lily, asaltada por un súbito recuerdo—. ¿Se ha casado?

—¡No, no! —respondió Gladys a toda prisa, porque se acercaba su amante—. ¿No… no lo sabías? Murió…

—Oh, qué horror… ¿Cómo es posible? —murmuró la anciana, compadecida, y le dio un beso en la mejilla, dejándole una marca de carmín que Gladys, estremecida, se limpió disimuladamente—. Pobrecita, pobrecita… Con lo que tú la querías…

Gladys se reunió con su amante, que esperaba a unos pasos de ellas. Había oído las últimas palabras de Lily.

—¿Tenías una hija? —le preguntó, avanzando tras ella sobre las serpentinas y los confetis pisoteados, que se les pegaban a los pies—. No me lo habías dicho. ¿Murió de pequeña?

—Sí —respondió Gladys con voz ahogada—. De muy pequeña.

Llovía. La acera, que bajaba en pendiente hacia la plaza Blanche, rielaba a la luz del amanecer.

14

En la primavera de 1930, Gladys conoció a Aldo Monti. Era un hombre guapo, de rostro despejado, duro y bien afeitado, cabeza grande y masculina y ojos nada tiernos. Sus facciones componían esa expresión casi inhumana de voluntad y autocontrol que ya no se ve en las caras de los ingleses, sino en las de los extranjeros que los imitan. Monti se había esforzado toda su vida en parecer inglés, con sus palabras y sus actos. Vigilaba hasta sus pensamientos, por miedo a que no fueran lo bastante puros, lo bastante británicos. Tenía una

fortuna escasa y, aunque la administraba con habilidad, la vida se le hacía cada vez más difícil.

No tardó en pensar en Gladys como posible esposa. Era hermosa y sumamente rica, una riqueza honorable. Y lo atraía. Por supuesto, había tenido amantes y él lo sabía; pero sus aventuras nunca habían sido indignas o interesadas. La cortejó durante meses con astucia y cautela. Luego le propuso matrimonio.

Estaban en casa de unos amigos italianos de los Monti que vivían en París. Era un hermoso día de otoño y el jardín aún estaba inundado de sol. En el umbral de la casa se veía una columna

de luz suave y dorada como la miel, a cuyo través brillaba la ropa clara de las mujeres.

Gladys llevaba un vestido de muselina y un fino sombrero de paja casi transparente, que cubría a medias su hermoso cabello. Bajo el corto velo blanco, sus grandes e inquietos ojos miraban de frente rara vez, para ocultarse de inmediato bajo las largas pestañas. Caminando despacio, acompañó a Monti hasta una fuente de bronce adornada con un grupo de niños desnudos esculpidos alrededor del brocal; apoyándose en ella, empezó a deslizar distraídamente los dedos por los delicados cuerpecillos, lisos y fríos.

—Gladys, querida, quiero que seas mi mujer… No puedo ofrecerte gran cosa, lo sé. Soy pobre, pero llevo uno de los apellidos más antiguos y hermosos de Italia y estaré orgulloso de dártelo… Tú me amas, ¿verdad, cariño?

Ella suspiró. Sí, lo amaba. Por primera vez en muchos años, veía en un hombre algo más que una aventura sin futuro. Un hombre le ofrecía al fin seguir a su lado para siempre, sosegarla, defenderla de sí misma. Estaba mortalmente cansada de la persecución amorosa en que se había convertido su vida. Contar con ansia sus victorias, más difíciles y precarias cada día, ver acercarse poco a poco el momento de la

solitaria vejez… ¡Qué pesadilla! Por fin estaría a cubierto de la vida, resguardada contra el cálido y fuerte pecho de un hombre, no extraviada en otra aventura estéril, sino unida a un segundo Richard. Bajó la cabeza. Monti miraba sus finos labios pintados, ansiosos, con las comisuras crispadas. Pero Gladys no respondía.

—Juntos seríamos felices… Cásate conmigo —insistió él.

—Es una locura —repuso ella con voz débil.

—¿Por qué?

Gladys no respondió. Los trámites de la boda… Habría que acreditar la fecha de nacimiento. Él tenía treinta y

cinco años y ella… Ni siquiera pudo pensar en la cifra, le provocaba una vergüenza absurda y dolorosa. ¡No, jamás, jamás! Si él la llevaba al altar a pesar de eso, ¿cómo iba ella a desechar la idea de que sólo quería su dinero, de que un día la dejaría? Quizá no mañana ni al cabo de un año, pero pasarían otros diez (pasaban tan deprisa) y entonces… entonces él aún sería joven, mientras que ella… «En el fondo, estoy viviendo una prórroga concedida por Dios, una especie de milagro —pensó con desesperación—. Pero la enfermedad, la fiebre y el cansancio me pasarán factura y un día despertaré siendo vieja, muy vieja… Y él entonces lo sabrá».

—No es buena idea —dijo Gladys con suavidad—. ¿No podemos seguir queriéndonos sin obligaciones, sin ataduras de ningún tipo?

—Si me amaras —replicó Monti con frialdad—, esas ataduras te parecerían suaves y llevaderas. Si te importo, cásate conmigo, Gladys.

Ante su insistencia, ella pensó que, con dinero y arriesgándose al escándalo y el chantaje, sería posible falsificar en sus documentos de identidad esa fecha que la obsesionaba en la vigilia y durante el sueño, a todas horas… Era una mujer; nunca había sabido ver más allá del día siguiente.

—Me importas más de lo que crees,

querido —respondió con una de sus lánguidas y encantadoras sonrisas.

Su compromiso se hizo oficial y, poco después, Gladys salió de viaje: regresó al país en que había nacido. Allí obtuvo una copia de su partida de nacimiento, cambió una cifra en una fecha y, con ese documento falsificado, hizo rectificar todos los que le habían extendido en su vida. Cuando consiguió reunirlos, volvió a su pequeña ciudad natal, donde un servicial notario hizo concordar la partida de nacimiento con los demás documentos de identidad. Le costó una fortuna, pero en la primavera de 1931 había conseguido al fin rejuvenecer diez años. Sólo diez,

porque, en un lugar del mundo, la tumba de mármol de una niña llevaba una fecha falsa pero imborrable…

Diez años. Podía atribuirse cuarenta y seis, todavía diez más que Monti. Esa edad, esa tara, ese crimen, seguía persiguiéndola. Para complacer a su amado le habría gustado ser de nuevo una niña, una débil y frágil niña, acurrucada en sus fuertes brazos. Tendría que ser indulgente y maternal, pero lo que quería era ser amada, admirada, preferida a todas, no como una amiga o una esposa, sino como una amante, como la resplandeciente muchacha de antaño.

Nunca tuvo el valor de casarse con

Monti.

15

Un día de otoño, cinco años después, Gladys volvía a casa caminando por un bulevar desierto, bordeando el Bois de Boulogne. Aunque apenas eran las cuatro, empezaba a oscurecer. En el crepúsculo, París olía a bosque mojado. Gladys despidió el coche; caminaba deprisa, aspirando con placer el fresco y húmedo aire. No había un alma; sólo la precedía un perro olisqueando la tierra. Tras los postigos cerrados, las casas estaban a oscuras; empapados por la lluvia, los jardincillos vacíos relucían.

De pronto, vio a un muchacho

enfundado en un impermeable gris y con la cabeza descubierta, que parecía esperarla bajo una farola encendida. Lo miró sorprendida y, mecánicamente, se llevó la mano al collar de perlas bajo la chaqueta de zorrillo. El joven la dejó pasar, pero al cabo de unos instantes empezó a seguirla. Ella avivó el paso, pero el chico no tardó en alcanzarla; Gladys lo oyó a sus espaldas y caminó aún más deprisa. De pronto, el desconocido se detuvo y pareció disolverse en la bruma. Sin embargo, instantes después, cuando Gladys ya se había olvidado de él, volvió a oír sus pasos detrás. El muchacho la siguió en silencio y, al llegar a otra farola, la

llamó en voz baja:

—Señora… —Tenía un rostro delgado y joven, el largo y frágil cuello inclinado, como vencido por el peso de una cabeza demasiado grande—. ¿No quiere escucharme, señora? ¿Tiene miedo? No soy un maleante… Míreme.

—¿Qué quiere de mí?

El chico no respondió, pero siguió caminando detrás de ella, tan cerca que Gladys oía su respiración. Al cabo de unos instantes, empezó a silbar la melodía de *La viuda alegre*, repitiendo una y otra vez los dos primeros compases. Gladys escuchaba aquellos silbidos y el rítmico y entrecortado ruido de los pasos en la calle vacía con

una extraña turbación. Se detuvo y abrió el bolso.

—No, señora…

—Entonces, ¿qué quiere?

—Seguirla —murmuró el chico con vehemencia—. No es la primera vez que lo hago. No se enfadará, ¿verdad, señora? Esto no es nuevo para usted. Un hombre oculto en las sombras, que la sigue… sin esperanza. ¿No se había fijado en mí? Pues ya hace un mes que la sigo. La veo salir de casa y volver por la noche, tarde… Veo a sus amigos. La veo subir al coche. No se imagina qué sensación me produce eso. Pero hasta ahora no había podido verla a solas… No se enfadará, ¿verdad, señora?

Gladys lo miró y se encogió levemente de hombros.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinte.

—¿Y se dedica a seguir a una desconocida? ¿Pierde el tiempo de esta manera? —murmuró Gladys. Su demonio, el deseo de seducir, empezaba a despertar e, involuntariamente, su voz se suavizó.

—Usted parece buena, señora. ¿Querría regalarle una mirada, una sonrisa, a un pobre muchacho que sólo piensa en usted? ¡Oh, desde hace tanto tiempo…! —añadió con una voz extraña y temblorosa que traslucía su encendida imaginación.

—¡Es usted un niño! —exclamó Gladys—. Vamos, sea razonable. Le he escuchado con paciencia, pero seguro que comprende que ahora debe dejarme. Tengo un marido que podría tomarse a mal estas chiquilladas —añadió sonriendo.

—Usted no tiene marido, señora. Es una mujer libre y está sola. Muy sola…

—De todos modos —repuso Gladys, inquieta—, le ruego que me deje.

Él dudó, se inclinó y retrocedió hasta el muro de una casa. Gladys lo vio juguetear con las puntas de su bufanda roja y avivó el paso buscando un coche con la mirada. Pero el bulevar estaba desierto. Pasados unos instantes, volvió

a oír los pasos del joven a sus espaldas.

Esta vez se detuvo y lo esperó.

—¡Oiga! ¡Ya está bien! —lo increpó cuando llegó junto a ella—. Ahora va a dejarme tranquila o llamaré al primer policía que vea.

—¡No! —respondió el joven con voz dura.

—¡Está usted loco!

—¿No quiere saber mi nombre?

—¿Su nombre? ¡Está loco! —repitió Gladys—. No lo conozco y su nombre no me interesa.

—Eso no es del todo exacto. Usted no me conoce, es cierto, pero cuando sepa mi nombre sentirá mucho interés. —Esperó unos instantes y repitió—:

Mucho… —Gladys callaba, pero el joven vio que las comisuras de sus labios temblaban—. Me llamo Bernard Martin —dijo al fin.

Gladys soltó un suspiro extraño, una especie de sollozo ahogado.

—¿Esperaba otro nombre? —le preguntó el muchacho—. No tengo otro.

—No lo conozco.

—Sin embargo, soy su nieto —dijo Bernard.

—Qué dice… —balbuceó Gladys —. No lo conozco. ¡Yo no tengo ningún nieto!

Era casi sincera: no podía relacionar la imagen de aquel joven, frente a ella bajo una tenue llovizna, con el recuerdo

del niño sin apellido, de aquella criatura congestionada por el llanto a la que apenas había entrevisto hacía veinte años. Veinte años… El tiempo transcurrido nunca tendría para ella la misma duración que para los demás.

—¡Vamos, abuela, resígnate! De verdad soy tu nieto; no será difícil probarlo, créeme: tengo una carta de Jeanne, tu antigua doncella, que me recogió. Ella falleció, pero esta carta hablará en su lugar. Mis derechos…

—¿Tus derechos? ¡Yo no te debo nada!

—¿Ah, no? Entonces, perderé el juicio. Pero ¿y el escándalo? Piensa en el escándalo, abuela…

—¡No me llames así! —gritó Gladys, ciega de ira.

Bernard se metió las manos en los bolsillos y siguió silbando la melodía de *La viuda alegre*. Gladys se hincó las uñas en las palmas para dominar los temblores que la agitaban.

—¿Quieres dinero? Yo… Es verdad que me he portado mal… Dios mío, ¿cómo he podido olvidarme de ti durante tantos años? Le dije a Jeanne que acudiera a mí cuando se le acabara el dinero. Nunca lo hizo, y yo… me olvidé.

—Nunca me ha faltado de nada. No es dinero lo que busco…

Su tono de aversión ahuyentó en

Gladys todo remordimiento y toda piedad.

—¿Buscas un escándalo? Ya… Pobre muchacho… Debes de venir de un rincón perdido de provincias. En París, el escándalo, como tú lo llamas… —Bernard callaba, pero seguía caminando a su lado, pensativo y silbando débilmente. «El hijo de Marie-Thérèse», pensó Gladys; pero esa idea no despertó ninguna emoción en su corazón, que sólo llenaba el sordo rumor del miedo—. ¿Quieres dinero? —repitió.

—De acuerdo, sí —murmuró el chico.

Gladys abrió el bolso a toda prisa, sacó un billete de mil francos y se lo

tendió. Bernard asintió.

—Tu amante se llama Aldo Monti, ¿verdad?

—¿Crees que me asustas? ¿Imaginas que a mi amante le importa que mi hija fuera madre hace veinte años?

—Exacto, abuela, exacto. Me crió Jeanne y he hablado con la González, ya sabes… Esas dos mujeres te conocían como sólo los criados conocen a sus señores, hasta el fondo del alma. No me abandonaste porque fuera un hijo ilegítimo, sino porque no querías que se supiera tu verdadera edad. Te odio.

—¡Déjame!

—Es verdad que aún pareces joven… ¿Qué dicen de ti? ¿Te dan

cuarenta años? ¿Cuarenta y cinco? ¿Te conformas con cuarenta y cinco? Después de todo, tener un nieto de veinte años no es tan terrible… ¿O quizá me equivoco? ¿Eh? ¿Eh? ¡Oh, qué ganas tenía de verte de cerca, de oírte hablar! Eres casi como te imaginaba. Pero no, no… Por mucho que me dijeran que aún eras una mujer hermosa, con la apariencia de la juventud, te veía con los rasgos de un monstruo. Y de verdad eres un monstruo.

Bernard se inclinaba ávidamente hacia ella. Miraba su pelo rubio y su cara maquillada, mientras ella buscaba en él las facciones de Marie-Thérèse, mezcladas con las de Olivier

Beauchamp. Pero todo eso pertenecía al pasado. Esos dos estaban muertos. En el mundo no había más que una realidad: ¡Aldo, su amante! Aquel muchacho endeble, esmirriado, se parecía a Marie-Thérèse y Olivier como una caricatura a una imagen encantadora. Pálido, llevaba el pelo lacio revuelto sobre la frente y el bozo mal afeitado, y sus demacradas mejillas parecían transparentes de puro flacas. Sólo los ojos recordaban a los de Marie-Thérèse: ojos azules y vivaces bajo unas largas pestañas negras, aún más hermosos porque brillaban en aquel delgado y feo rostro.

—Escúchame bien —dijo al fin Bernard en tono de fría amenaza—. Si

no quieres pasarte las noches pegada al teléfono, porque te llamaré sin parar y si no respondes aporrearé tu puerta hasta que me abras, si no quieres un escándalo, una carta a tu amante, ven a verme. Vivo en la rue Fossés-Saint-Jacques, número seis. Hôtel des Etudiants. Te esperaré todos los días hasta las seis.

—¿Realmente crees que iré? —murmuró Gladys esforzándose en sonreír.

—Si eres una mujer inteligente…

—Está bien, ya veremos… Ahora vete, te lo suplico, ¡déjame! No soy tan culpable como crees —añadió Gladys en tono asustado y suplicante.

Bernard no respondió. Se sacudió el pelo, cubierto de gotas de lluvia, se abrochó la parte superior del impermeable y se fue.

16

Esa noche, Monti se quedó en casa de Gladys. Habían cenado ante la ventana abierta. Una bruma oscura teñía el Bois de Boulogne de un rojizo otoñal. Empezaba a refrescar. Monti se levantó para cerrar la ventana, pero Gladys parecía disfrutar de la temperatura. «Esta noche una joven, medio desnuda como voy yo, tendría frío —pensó—. En cambio yo…».

Habría atravesado una hoguera y caminado sobre clavos para demostrarse a sí misma que era fuerte, ágil y joven.

París estaba mojado y malva, como

los campos en otoño bajo un cielo plomizo. Entre los árboles del bosque surgían a cada instante los faros de algún coche, que se agrandaban, atravesaban el espacio y se transformaban en puntos dorados entre las ramas.

—¿De verdad no tienes frío? —le preguntó Monti temblando.

—Claro que no. Qué delicado eres, cariño… ¿No te da apuro?

A Gladys le gustaba dejar abierta aquella ventana, porque les bastaba con la difusa claridad que irradiaba el cielo de París y la suave luz de una lámpara al fondo de la habitación. Temía cualquier iluminación demasiado intensa. Monti

fumaba; estaba nervioso. Gladys se dio cuenta. «Con tal que no me hable con dureza, como hace a veces… —se dijo y, sólo de pensarlo, las lágrimas le asomaron a los ojos—. Esta noche no podría soportarlo…».

Cerró los ojos e intentó recomponer las facciones de Bernard Martin en su memoria. De pronto, se estremeció de tal modo que Monti le preguntó:

—Pero ¿qué te pasa?

—¡Oh, nada, nada! —respondió ella con voz ronca—. Siéntate a mi lado, Aldo… ¿Aún me quieres un poco? ¡Oh, dímelo, te lo suplico! A los hombres no os gusta hablar de amor, ya lo sé… —añadió, esforzándose en sonreír—.

Cariño, cariño mío… ¡Si supieras cuánto te quiero! Cuando te miro, me tiemblan los labios. Estoy tan enamorada de ti como una quinceañera; tú en cambio no sientes por mí más que un afecto tibio, casi conyugal. Lo sé…

—Eres tú quien no siente por mí más que un afecto tibio, puesto que rechazas lo que te pido desde hace tanto tiempo. Sé mi mujer. Me gustaría vivir contigo establemente, llevarte a Italia, darte mi apellido… ¿Por qué te niegas?

Gladys negó con la cabeza mirándolo con angustia.

—No, no, te supliqué que no volvieras a hablarme de eso jamás. ¡Es imposible!

Monti guardó silencio. Pese a su negativa, ella nunca había estado tan dispuesta a aceptar, a seguirlo, a contárselo todo, a no llevar sola el peso de aquel miedo… No tenía a nadie más en el mundo. «Después de todo, ¿por qué no? —pensó por un instante—. Cuarenta años, o cincuenta, o sesenta… ¿Qué más da si ya no se trata de la juventud verdadera, la irreemplazable?».

Se acordó de algunas mujeres a las que, pese a pasar de los sesenta, aún amaban, según aseguraban ellas mismas… «Sí, lo aseguran —se dijo con amarga lucidez—. Pero sus parejas son gigolós o viejos amantes que lo único

que aman en ellas son sus recuerdos. Si Dick no hubiera muerto… Para él nunca habría sido vieja, mientras que confesarle a éste "Tengo sesenta años y un nieto de veinte"… qué vergüenza. Quiero que me admire, que esté orgulloso de mí. Quiero ser joven. Hasta hoy lo he sido; nadie sospecha mi edad. Y justo ahora aparece este chico… ¿Qué puedo hacer por él ahora? El mal ya está hecho. El dinero no es problema; pero ¿se conformará con dinero? Debe de odiarme». Ocultó el rostro entre las manos.

—¿Qué te pasa esta noche, querida? —le preguntó Monti, sorprendido.

—No lo sé —murmuró ella con

desesperación—. Estoy triste. Quisiera morirme. Siéntame en tus rodillas, méceme…

Él la atrajo hacia sí y ella se acurrucó contra su pecho, disfrutando la maravillosa sensación de sentirse pequeña y frágil entre sus brazos. Él le acariciaba el pelo y le susurraba: «Mi niña, mi querida niña…». El tiempo se detuvo. El corazón de Gladys se llenó de ternura y tristeza.

«Si supiera mi verdadera edad no me diría cosas así. Si un joven de veinte años me llamara “abuela” delante de él… Sin embargo, soy joven, soy joven… Todo esto es una pesadilla…».

Gladys le rodeó el cuello con los

brazos y aspiró el suave aroma de sus mejillas. Tenía los ojos cerrados y las aletas de la nariz dilatadas.

—Deja, Aldo, peso mucho…

—Lo mismo que un pájaro…

—Aldo… ¿me querrás siempre?

—Habitualmente no te gusta hablar del futuro, cariño.

—No, porque me asusta… Cierra los ojos y responde con sinceridad. Es tremendamente importante para mí. ¿Me querrás cuando sea vieja?

—Olvidas que envejeceremos juntos. ¿No tenemos casi la misma edad?

—No —dijo ella moviendo la cabeza—. Si supieras cuánto miedo me da envejecer…

—Eres joven y hermosa, mi querida Gladys.

—No, no, eso es mentira. Soy una vieja —replicó ella con voz sorda.

—En este instante, cariño, no eres más que una niña muy poco razonable.

—¿Hasta qué edad puede ser deseable una mujer? —preguntó Gladys de repente.

—Qué pregunta, cariño… Mientras sea hermosa, mientras sea mujer. Hasta los cincuenta, cincuenta y cinco… Falta tanto todavía, Gladys… Una vida…

—Sí, una vida —murmuró ella, como un eco.

—Si quisieras escucharme, para entonces seríamos un matrimonio de

ancianos. Los dos tendríamos el pelo blanco. Y estaríamos juntos. ¿Es eso tan terrible?

—Y el amor, ¿se habría acabado?

—Claro que no. Sería distinto, eso es todo. Hablas como una niña, Gladys.

—Siendo muy joven, me prometí que, cuando me sintiera vieja, me mataría. Debí hacerlo.

Gladys no oyó las burlas cariñosas de Aldo. Cerró los ojos y apoyó la cara en su brazo. De pronto, se echó a llorar.

—¡Oh, Aldo, soy tan desgraciada!

—Pero ¿por qué, cariño? Si me dices el motivo, quizá pueda ayudarte… ¡Ah, no tienes confianza en mí! Ni siquiera me consideras un amigo…

Gladys lo estrechó entre sus brazos, apretándolo con una fuerza extraordinaria para una mujer de apariencia tan frágil.

—¡No, un amigo no! ¡Eres mi amor, todo lo que tengo en este mundo! No hagas caso de lo que digo. He tenido un día lleno de disgustos ridículos, un vestido estropeado, un brazalete perdido, qué sé yo…

—Estás demasiado mimada, cariño, eres una niña demasiado mimada para este mundo.

—Te burlas de mí, pero… he sufrido lo mío —murmuró Gladys.

—Nunca hablas de eso.

—¿Para qué, Dios mío? Esta noche

no dejaré que te vayas, Aldo.

Él se encogió de hombros y se echó a reír.

—Como tú ordenes.

Cuando Monti se durmió al fin, Gladys se acostó junto a él; pero no podía conciliar el sueño. Al cabo de un rato, se levantó con sigilo y fue a la habitación contigua. Temblaba de frío. Iba de un lado a otro sin hacer ruido. «No tengo a nadie en el mundo, a nadie…».

—Dick… —murmuró desesperada, retorciéndose las manos y dejando que las lágrimas le resbalaran por las mejillas—. ¡Oh, Dick! ¿Por qué te fuiste?

Pero Dick llevaba muchos años muerto y enterrado. Se acordó de Mark, también muerto… De George Canning, caído en el frente… Sólo quedaba uno: Claude… Y aquel chico, aquel desconocido era nieto de ellos dos.

Cogió una hoja y empezó a escribir, atenta a la respiración de Monti en la habitación de al lado.

«Ven en mi ayuda. No te sorprendas de que acuda a ti. Seguramente me habrás olvidado. Pero no tengo a nadie más en el mundo. Todos los que me rodeaban han muerto. Estoy sola. A veces tengo la sensación de que me han arrojado viva al fondo

de un pozo, a un abismo de soledad… Sólo tú recuerdas aún a la mujer que fui. Me da vergüenza, una vergüenza horrible, pero quiero tener el valor de acudir a ti, sólo a ti, a ti, que me has amado…».

Entretanto, pensaba con desesperación: «Me ha olvidado… Ahora es viejo, libre, se ha liberado, está lejos de la vida. Yo ardo aún en el infierno, pero él está tranquilo, apartado de todo, es viejo, viejo… ¿Cómo va a comprenderme? ¡Ah, he querido arder hasta el último día en el infierno, he rechazado la calma y la paz de la vejez! Pero lo remediaré, le pediré perdón a

ese muchacho. Haré por él lo que sea, todo lo que una madre puede hacer por el hijo al que ha traído al mundo, todo lo que Marie-Thérèse habría hecho… Pero a cambio deberá callar, Aldo no debe saberlo».

Por la mañana, guardó la carta en el cajón del secreter. Nunca llegó a enviarla.

17

Al día siguiente, el teléfono empezó a sonar cada cuarto de hora. Bernard no decía nada; se limitaba a colgar cuando la doncella respondía. Al final, Gladys se hizo llevar el aparato a su habitación.

—Soy yo —contestó temblando cuando volvieron a llamar.

—¡Hola! —exclamó Bernard—. ¿Eres tú, abuela?

—Ayer te di mil francos. ¿No puedes dejarme tranquila unos días?

—¿Crees que con eso queda todo saldado?

—Dime claramente lo que quieres.

—¿Por teléfono?

—No, no —murmuró Gladys, que oía ruido en la habitación de al lado—. Te llamaré yo.

—No. Ven a mi casa.

—¡Ni hablar!

—Como quieras. Por cierto, tu prometido, mi futuro abuelo, se llama Aldo Monti, ¿verdad?

—Estás jugando a un juego muy peligroso, jovencito —dijo Gladys, angustiada—. Esto es una especie de chantaje.

—Un chantaje un tanto especial, lo sabes.

Gladys fue a verlo al día siguiente. Bernard vivía en una habitación oscura y

agobiante, de techo bajo y sucio. Una profunda grieta surcaba el mármol del lavabo, las sábanas estaban gastadas y amarillentas y la ventana, cubierta por un basto visillo de encaje.

—Qué habitación tan miserable —murmuró Gladys—. Vete de aquí cuando quieras, hijo…

Bernard la miró sonriendo.

—No es eso lo que necesito. No lo entiendes, te aseguro que no lo entiendes.

Había libros sobre la mesa y esparcidos por el suelo. Sobre la cama se veía una bandeja llena de naranjas.

—Dime, ¿qué quieres de mí? —le preguntó Gladys—. Estoy dispuesta a

remediar el pasado en la medida de lo posible, pero… —Creyendo que la interrumpiría, Gladys se calló.

Bernard se limitó a mirarla con atención.

—Habla, te escucho —la animó—. ¿No quieres sentarte?

Gladys obedeció maquinalmente y, al darse cuenta de que le temblaban las manos, las escondió bajo el abrigo de piel.

—¿Por qué quieres provocar un escándalo?

—Pero, abuela, no lo entiendes. Te equivocas si piensas que pretendo reclamar unos derechos inexistentes, puesto que soy hijo ilegítimo. No se

trata de eso. Al menos, aún no lo he meditado bien… Se trata de que siento la necesidad, que sin duda te parecerá extraña, de hacer notar mi presencia en tu vida, de perturbar tu maravillosa tranquilidad. Mírate en el espejo… No, en estos momentos no te pareces a la mujer que eras ayer, ayer mismo, cuando trataste con tanto estilo al desconocido que te seguía por la calle… En estos momentos se te nota la edad, querida abuela… Vamos, no te enfades. No reniegues de mí. Después de todo, soy sangre de tu sangre, ¿no? El único recuerdo que te queda de una hija a la que adorabas, a juzgar por el magnífico mausoleo de mármol blanco que hiciste

erigir para ella en el cementerio de Niza. Lo he visto… Y he visto a la González, un personaje de lo más encantador. No me extraña que mi madre prefiriera morir a tenerla a la cabecera de su cama.

—¿Quién te crió? ¿Jeanne?

—No. Después de dejarte, volvió a colocarse, para ganarse su pan y el mío. Me confió a una prima suya, una antigua cocinera que vivía con un tal Martial Martin, *maître* retirado. Un hombre estúpido y honrado, que aceptó reconocerme para darme un apellido, si no ilustre, al menos honorable. Murió cuando yo era aún muy pequeño. Me crió esa prima de Jeanne, Berthe

Souprosse, mamá Berthe, como yo la llamaba.

Gladys ocultó el rostro entre las manos.

—¿Te lo contaron ellas?

A modo de respuesta, Bernard se encogió de hombros. Aquellas dos mujeres no habían podido olvidar un solo detalle de la noche de su nacimiento; apenas hablaban de otra cosa, y casi era lo único en que pensaban, como suele sucederles a los humildes testigos de un drama cuyos protagonistas son más ricos y poderosos que ellos. Al principio, se cuidaban de que él no escuchara esas conversaciones; pero el pequeño

Bernard utilizaba todos los recursos de su ávida y paciente inteligencia para reconstruir la verdad con los retazos de frases, los suspiros y las miradas que se les escapaban a las mujeres. Los recuerdos de aquella noche, la muerte de Marie-Thérèse, la actitud y el carácter de Gladys… Poco a poco, todo fue adquiriendo para él la extraña fascinación de una obra de arte. Por la noche, tras acostarlo en la gran cama que compartía con mamá Berthe, ambas mujeres se sentaban en el comedor ante el brasero encendido y, con la labor en las manos, retomaban incansablemente el mismo tema.

Por el hueco de la puerta, el niño

veía la espalda encorvada de Berthe, con los hombros cubiertos por una toquilla, y bajo el gorrito encañonado que aún usaba, la larga aguja de acero que asomaba entre el pelo blanco. Jeanne remendaba las batas y los pantaloncitos de terciopelo de Bernard. El niño se adormilaba, pero las historias de Jeanne continuaban en sus sueños. Ciertas frases retornaban noche tras noche, tan parecidas que Bernard podía recitarlas de memoria:

—En aquella casa, donde sobraba el dinero, no había ni una mala blusa para cubrirle el cuerpo a la criatura. Qué vergüenza… La abuela pagó cien mil francos por la tumba de la pobre

señorita, cien mil francos de los de antes de la guerra, mientras que este pequeño, que es sangre de su sangre, habría podido morirse sin que ella se acordara de su existencia…

Bernard se frotaba los párpados para ahuyentar el sueño, se espabilaba y las escuchaba con avidez, alimentando en su corazón un odio sordo y complejo que daba a su vida un sabor amargo pero delicioso.

Ahora contemplaba con fría curiosidad a Gladys, inmóvil y temblorosa frente a él.

—¿Qué quieres de mí? —repitió ella.

—Hablaremos de eso otro día —

murmuró Bernard sonriendo—. Hoy no quiero pedirte nada. Hoy sólo deseaba verte y hablar contigo.

—No volveré.

—¡Ya lo creo que sí! De eso no me cabe la menor duda. Volverás en cuanto te lo indique.

—Pues no.

—¿De veras? —rezongó Bernard—. Seguramente ahora mismo estás pensando en marcharte de París… Te dices: «Soy rica. Si quiero, mañana me iré al fin del mundo. Este don nadie no podrá seguirme». Pero una carta sí podrá seguir al conde Monti.

Gladys no respondió. Buscaba en Bernard algún rasgo de Marie-Thérèse.

No parecía de su sangre. Su voz era suave y femenina, pero su risa era dura. Suspiró. «En unos años, puede que en unos meses, me llegará la vejez —se dijo—, la auténtica vejez, la que sólo es renuncia y tranquilidad. Llegará el día en que estaré cansada del amor; y como la naturaleza no hace milagros, como el único ser salido de mis entrañas está muerto, ¿por qué no éste? Tendré un hogar, una casa en la que descansar… Desde luego, soy culpable, pero… —Porque, ¿quién condena sin apelación ante el tribunal de su propia alma?—. Era joven, demasiado hermosa, mimada por la vida, los hombres, el mundo, mimada por el amor…».

Le habría gustado decirle eso a Bernard; pero aquel rostro afilado, pálido, feo, la llama de inteligencia que brillaba en el fondo de aquellos ojillos azules, detenían las palabras en sus labios. Volvió a contemplar la mísera habitación de estudiante, los cristales sucios, la raída alfombra y la fotografía que descansaba sobre la mesa.

—¿Quién es? ¿Tu amante? —El chico no respondió—. No he venido por tus amenazas, Bernard. No creas eso. No puedes entenderlo. Si fueras una mujer, comprenderías que se puede pasar una parte de la vida en el olvido más completo, que se puede no ver transcurrir el tiempo, que se puede no

tener en el corazón más que el amor de un hombre y olvidar todo lo demás. No he venido como enemiga. ¿Cómo podría?

—Has pensado en marcharte, ¿verdad? —la atajó él.

—Sí, pero sé que mi amante recibiría esa carta. Ya lo ves, no me defiendo. No niego nada. Lo único que te pido es que me dejes ayudarte. Soy rica. Puedo proporcionarte una vida envidiable.

—Lejos de ti, ¿verdad? —Gladys lo miró angustiada.

—¿Qué quieres decir?

—Pretendes darme dinero. ¿Y si lo que quiero es otra cosa?

—Estoy dispuesta a quererte como una madre —dijo Gladys débilmente.

Bernard soltó una risita seca.

—¿Y quién te pide amor? ¿Quién te necesita a estas alturas? Algún joven gigoló, supongo; ese Monti, que debe de ser un chulo…

—Monti es un hombre honrado —afirmó ella con suavidad.

—¿Y vive contigo, con una mujer de sesenta años? Entonces, ¿te engaña?

—Es posible —murmuró con el corazón desgarrado por un dolor súbito.

—De todos modos, eso no es asunto mío. Volvamos a lo nuestro. ¿No se te ocurre ofrecerme otra cosa que dinero o tu tardío afecto? ¿Y si yo fuera

ambicioso? ¿Si no me conformara con el estado civil que me diste? Hijo natural, reconocido posteriormente por Martial Martin, antiguo *maître*…

—Es demasiado tarde para remediar eso.

—¿De veras? Pues habrá que meditarlo… —murmuró Bernard pensando con regocijo: «La vieja tiembla… Quién sabe». Pero lo que en ese momento hacía latir su corazón con malévolo y delicioso júbilo no era la esperanza de un brillante porvenir, ni siquiera el placer de la venganza, sino la satisfacción de un triunfo difícil—. Durante estos veinte años no has pensado ni una sola vez en mí, ¿verdad?

—No.

—Podría haberme muerto de hambre…

—Le dije a Jeanne que acudiera a mí…

—Y te fuiste. Abandonaste Francia.

—Así es —admitió Gladys—. Pero pensaba volver al cabo de unos meses, te lo juro.

—Y te olvidaste de mí.

—Sí.

—Como se olvida a un perro.

—¡Oh, te lo suplico, no hablemos más del pasado! —exclamó Gladys juntando las manos—. Hay que ver cómo me miras… Con cuánto odio…

—¿Quieres presentarme a Aldo

Monti?

—¿Estás loco? ¿Por qué?

—¿Y por qué no?

—No puedo —murmuró Gladys.

—¿Te avergüenzas de mí?

—Me avergüenzo de lo que hice —respondió ella, recurriendo a una mentira que podría apaciguarlo.

Pero Bernard negó con la cabeza sonriendo.

—¿Sólo es eso? Entonces te absuelvo. Además, ¿quién puede reprocharte que quisieras mantener en secreto el desliz de tu hija?

—Precisamente por eso, no puedo… Me resulta penoso, Bernard… —Gladys se sorprendió al oírlo reír, pero la dura

risa dio paso a una voz suave:

—Entonces, no finjas. Olvidas que conocí a Jeanne y que, para una doncella, su señora no tiene secretos. Te da miedo confesar tu edad, ¡eso es todo!

Las empolvadas mejillas de Gladys enrojecieron súbitamente.

—Quiero a mi amante por encima de todo —se limitó a responder.

—¿Tu amante? ¿A tu edad? ¡Debería darte vergüenza pronunciar esa palabra!

—Lo quiero. Y si lo conservo, no es con la virtud ni con los buenos sentimientos. Tú aún no sabes nada de eso. Eres un niño. Lo conservo porque soy una mujer a la que se considera hermosa y todavía joven, una mujer que

halaga su vanidad. Si supiera mi edad, si supiera, sobre todo, cuánto he mentido, cuánta vergüenza llevo en el corazón y que para mí la vejez es una desgracia y una derrota, me abandonaría. Y si se quedara, sería peor, porque entonces yo creería que lo que le interesa es mi dinero, y eso no podría soportarlo. Me moriría. Quiero ser amada.

—Así pues, ¿qué piensas hacer?

—Estoy segura de que comprenderás cuál es tu propio interés. No tienes nada que ganar con un escándalo. Legalmente no te debo nada. Según la ley, tienes un padre. De todas formas, yo no entiendo de leyes —añadió encogiéndose de hombros, cansada—. Estoy dispuesta a

darte la única cosa de la que puedo disponer libremente: dinero. Más tarde, dentro de unos años, tal vez dentro de unos meses, mi amante me dejará. De la noche a la mañana, me convertiré en una vieja. Siempre ocurre así —murmuró—. Entonces será diferente. Pero estos momentos que me quedan… ¡No renunciaré a ellos por nada, por ningún remordimiento o sentido del deber!

Bernard no respondió. Se había levantado y acercado a ella. La observaba con ávida curiosidad.

—Ya puedes irte —murmuró al fin.

Y Gladys se fue.

18

Bajó la escalera y cruzó el bulevar, donde las luces empezaban a brillar en la rojiza bruma otoñal. Aquél era el barrio de las facultades. Allí todos los edificios, todas las calles pertenecían a la juventud. Todas las caras, rodeadas por un halo de niebla, parecían míseras, macilentas, famélicas, pero jóvenes, tan jóvenes… Gladys las miraba con odio. Las palabras de Bernard se le habían clavado en el corazón. Aún le parecía oírlas: «Entonces, ¿te engaña?».

Con qué tono de sinceridad casi ingenua lo había preguntado… «Te

engaña, ¿verdad? ¡Nadie puede querer a una vieja como tú!». Gladys nunca había sido celosa; se sentía segura de sí misma y de su poder. Sin embargo, ahora, por primera vez en su vida, experimentaba esa horrible mezcla de miedo, esperanza y desesperación…

«¿Me quiere? ¿Me ha querido alguna vez? ¿Por qué no me deja, por qué? ¿Es casarse lo que desea? ¿Es el dinero? ¿Me es fiel? ¿Por qué no vino ayer? ¿Dónde estaba? ¿Con quién? ¿Por qué?».

Cuando la tomaba en sus brazos, cuando cerraba los ojos al recibir sus caricias, ¿era para saborear mejor el placer o para no verle la cara? Su cara

¿parecía realmente joven?

Se detuvo en medio de la calle, sacó el espejito del bolso y escrutó sus facciones con angustia. Al instante, se dijo que cinco años atrás (sólo cinco), ante un gesto como aquél, más de un hombre habría murmurado sonriendo: «Claro que sí, claro que sí… ¡Guapa!».

Ahora nadie la miraba. Pasaron unos chicos cogidos del brazo. Se cruzó con unas jovencitas vestidas humildemente, con la boina ladeada y la cartera llena de libros.

—¡Se han ido a los lagos italianos! —oyó que una de ellas, fea y gordita, les decía a sus compañeras.

Pronunció «sssitalianos» para

subrayar su sorna y su extrañeza, como si pensara: «¡Qué cursis!». No obstante, su voz sonó teñida de una tristeza envidiosa, y Gladys miró con simpatía a aquella pobre regordeta que acariciaba, como ella, sueños irrealizables.

Volvió a casa. El corazón seguía palpitándole sorda y dolorosamente. Esa noche esperó el sueño en vano. Se recorría el cuerpo con las manos ansiosamente. «Sin embargo, soy hermosa… ¿Dónde encontraría él un cuerpo tan bien formado? ¡No es verdad, no tengo sesenta años! ¡Es imposible! ¡Es un error monstruoso! ¿Por qué he ido a ver a ese chico? ¡Ha vivido veinte años sin que me preocupara por él!

Debería haberme marchado al fin del mundo. Pero Aldo habría recibido una carta… Aldo… ¿Me quiere? ¿Dónde está ahora? ¿Quiere a otra? ¿Qué sé de él? ¿Qué se sabe del hombre al que se ama? Tal vez yo no le importo… —Pensó en una de sus amigas, Jeannine Percier, que siempre estaba mariposeando alrededor de Monti—. Si Aldo supiera… Si se supiera la verdad, se reiría de mí con ella. Nunca me perdonaría que lo dejara en ridículo. Ella le diría: "Pobre Gladys. Tú nunca lo sospechaste, pero a nosotras no se nos engaña. Siempre he pensado que tiene más años de los que se pone; pero de ahí a… ¡Es patético!"».

¿Ella, patética? Odiosa sí, culpable también, pero ¡no patética! ¡Un monstruo, un objeto de horror!… pero ¿abuela, vieja, una momia enamorada? ¡Eso no!

«¡Yo le demostraré que aún puedo ser la preferida, que sólo tengo que dejarme ver! —pensó con rabia—. Bernard… Ese chico ha querido vengarse con una vil injuria… Soy hermosa. ¿Quién adivinaría mi edad? Y aunque se supiera —se dijo al fin—, ¿no hay mujeres de cincuenta años y más que…? Sí, eso creen ellas, pero la gente se ríe, pobres desgraciadas… ¡Si supieran cómo se ríen de ellas! ¡Ah, si Aldo estuviera aquí en este momento,

todo se arreglaría! Con el deseo no hay comedia que valga… Si al menos estuviera aquí…» —pensó febrilmente, levantándose de la cama con el rostro rígido por las cintas de lana.

—¡Qué decrepitud! —exclamó, arrancándoselas con furia.

¡Aquellos tratamientos, aquellos secretos, aquella juventud ilusoria, mantenida a base de artificios! ¡Aquellas cremas, aquellos potingues, aquellos coloretes, aquel corsé invisible bajo los trajes de baño en verano! «Para las que nunca han poseído una auténtica belleza, serena y triunfal, todo eso es soportable, pero para mí…», se dijo con amargura.

Sentía una necesidad imperiosa de ver a Aldo, de que la tranquilizaran.

—Iré a su casa. Creerá que estoy loca… Se cansará de mí —murmuró con desesperación—. Pero no puedo seguir así, sola, esta noche… Estoy enferma. Después de todo, si estuviera en peligro de muerte iría a buscarlo. Y me moriré si tengo que sufrir de este modo hasta mañana.

Encendió la luz, se acercó al espejo y, por un instante, lo miró aterrada, esperando ver aparecer, no la imagen familiar, sino las facciones de otra, de una mujer vieja y acabada.

Se vistió a toda prisa y salió. Monti vivía cerca, en un pisito de una planta

baja, en una calle tranquila. Gladys fue hasta allí a pie, esperando que el paseo nocturno calmara los latidos de su corazón. Tras las contraventanas, todo estaba oscuro. «Duerme». Se acercó y golpeó la ventana con suavidad.

—Qué manera de dormir…

Volvió a llamarlo en voz muy baja. No era la primera vez que iba a verlo a esas horas, pero él estaba esperándola… Nada… Aguzó el oído y, de pronto, tras las persianas cerradas, oyó el lejano timbre del teléfono, que sonaba en la mesilla de noche. Pero Aldo no lo cogía. ¿Dónde estaba? ¿Y quién llamaba? ¿Quién, aparte de ella, tenía derecho a llamarlo a las cinco de

la mañana? ¿Y dónde se había metido? Por un momento, sacudió con rabia las contraventanas de hierro, pero se detuvo temiendo despertar al portero o a algún vecino. Retrocedió hasta la esquina y se sentó en un banco envuelto por la bruma helada del amanecer. La niebla descendía de los árboles. De vez en cuando, una gota de agua se condensaba y resbalaba lentamente por su cuello desnudo. La luz de la farola vaciló y se apagó. Era de día. Pasó un hombre, un borracho rezagado, que farfulló una obscenidad y siguió su camino. En aquella solitaria y elegante calle, las ventanas cerradas hacían que las fachadas parecieran caras ciegas y

burlonas.

«Me engaña —pensó temblando de rabia y desesperación—. ¡Qué tonta soy! ¡Idiota! ¡Estúpida! ¡Me engaña con otra! ¡Y yo no veía nada, no sospechaba nada! ¿Con quién? Prefiero no saberlo —se dijo cobardemente. Pero la pregunta siguió resonando en su corazón con insistencia, como una herida que le habría gustado desgarrar con ambas manos, aunque le costara la vida—: ¿Con quién? Me quedaré aquí hasta que llegue y lo averiguaré… —se dijo con ciega rabia—. No se atreverá a mentir… —Luego se dejó llevar por una absurda esperanza—. Quizá no he llamado lo bastante fuerte. Quizá duerme tan

tranquilo… ¿Y esa llamada de teléfono? Seguramente lo he imaginado. ¿Quién iba a telefonearlo en plena noche? Lo he imaginado…».

Volvió junto a la ventana, agarró los barrotes con las débiles manos crispadas y, agitándolos, llamó a Monti. Sólo respondieron los asustados ladridos de un perro.

—¿Eres tú, *Jerry*? ¿*Jerry*? —Reconociendo su voz, el animal soltó un gañido—. ¿Tú también estás solo? ¿A ti también te ha dejado solo, mi pobre *Jerry*?

Por fin, en la calle desierta apareció un taxi y se detuvo ante la casa. Gladys reconoció la silueta de Monti tras los

cristales y vio que lo acompañaba una mujer, a la que ayudó a bajar. Era Jeannine Percier. Gladys recordó que esa semana el marido de Jeannine estaba fuera; no volvía hasta el día siguiente. Habían pasado la velada juntos. Vio que él llevaba traje y Jeannine, la cabeza descubierta. Ahora regresaba con Aldo a casa, como ella tantas veces, para terminar dignamente la noche.

Quiso salirles al paso, pero de pronto pensó: «Mi rostro…».

Qué estropeado debía de verse tras una noche como aquélla… No tenía derecho a llorar, a mostrar su sufrimiento. La juventud podía dejar que las lágrimas resbalaran por unas

mejillas a las que embellecían, como la lluvia a una flor. Jeannine podía llorar. Aún no había cumplido los treinta, sus lágrimas enternecerían a Monti. Ella, en cambio, tenía que recordar que el llanto hace que se corra el maquillaje.

Los vio entrar y cerrar la puerta a sus espaldas. Sentada en el banco, apretándose contra la temblorosa boca las heladas manos, contempló la casa largo rato. Vio pasar la luz por las rendijas de los postigos y luego apagarse. Regresó a casa.

19

Durante las siguientes semanas, Gladys volvió a visitar a Bernard varias veces. En aquella habitación miserable, el único sitio del mundo donde no tenía nada que temer ni fingir, la inundaba una extraña paz. Sólo allí podía mostrarse al fin como una vieja cansada, dejar que su cuerpo se encorvara y su cuello se inclinara, en vez de mantenerlo bien erguido para disimular el surco que recorría la piel bajo el collar de perlas.

Le había pedido a Bernard que le presentara a su amiga. Era una muchacha de rostro delicado y anguloso y pelo

castaño, que le caía sobre la frente en un flequillo recto. Cuando reía, sus atentos y profundos ojos permanecían sombríos y serios; en cambio, cuando parecía triste o pensativa, chispeaban burlonamente. Se llamaba Laurette Pellegrain. Sus únicas posesiones eran un traje sastre de lana beige, una boina y una blusa de muselina floreada, que lavaba por la noche y volvía a ponerse por la mañana, incluso en lo más crudo del invierno. Era una de esas chicas de Montparnasse cuyo origen y verdadero nombre rara vez se conocen, que parecen alimentarse de cruasanes y cafés con leche, que no le importan a nadie y un buen día desaparecen como

han aparecido. Gladys comprendió enseguida que Bernard había ido en su busca por ella, que el dinero era para Laurette.

Ese día, Gladys se quedó con ellos un buen rato, sin apenas hablar, viendo resbalar la lluvia por los cristales. Laurette tosía con espasmos violentos y cavernosos que parecían desgarrarle el pecho.

—Gladys, hay que mandar a esta chica a Suiza —dijo al fin Bernard—. ¿No podrías ayudarnos? Quiero ganarme la vida —murmuró bajando la cabeza.

—Pero ¿por qué, Bernard? Yo estoy aquí y…

—¡No quiero tu dinero! —la

interrumpió él, colérico—. No es eso. ¿No lo comprendes? Quiero ganarme la vida.

—Bueno, eso no debe de ser tan difícil, creo yo… —opinó ella con la ingenuidad de la mujer rica.

—Eso crees, ¿eh? Pero ¿en qué mundo vives? ¿En qué sueño vives? Te quedaste dormida antes de la guerra y aún no has despertado. ¡Es increíble!

—Te daré todo el dinero que necesites, Bernard; ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Tienes amigos, relaciones… Sé que conoces a Percier, el ministro…

—No, no, eso no… Es imposible. Confórmate con lo que te ofrezco… —

añadió y, nerviosa, se puso en pie.

La noche la reanimaba, la empujaba hacia Monti, le insuflaba ilusoria juventud. Dejó un cheque sobre la mesa y se marchó.

—Volverá —aseguró Laurette sonriendo; se acercó a Bernard, lo miró con aquella penetrante atención que era su expresión característica y le preguntó —: ¿Es tu madre?

—¿Por qué? ¿Nos parecemos?

—Los dos tenéis una mirada fatal, ¿sabes? —respondió la chica, dibujando las palabras en el aire, como solía—. La misma mirada fatal de las mujeres del cruel Fragonard… —agregó.

—¡Oh, no, Laure, no hables así! —

repuso Bernard mirándola con ternura —. Pareces una marisabidilla, y no hay nada peor que eso.

—Sí, cariño —murmuró ella, sonriendo sin escucharlo.

Él la atrajo hacia sí y la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—¡Te irás, Laurette, te curarás!

—Claro que sí —dijo ella con suavidad, acariciándole la frente con uno de sus delgados y ágiles dedos—. Y volveré. No me moriré. ¿Sabes?, si muriera ahora, mi vida sería así —explicó, dibujando un círculo en el aire con el dedo—. Un destino lógico, perfecto. Pero la vida nunca es así, sino así —aseguró, trazando una línea

quebrada y desigual que se perdía en el infinito—. O bien así… Un signo de interrogación.

—Vuelve, tú vuelve, y ya verás: le sacaré a esa mujer hasta la última gota de sangre… ¿Quieres saber cómo se llama? Su nombre es Jezabel… ¿No lo entiendes? Da igual… Yo tampoco sé nada de ti, pero te quiero… Cuánto te quiero, Laure. Cuando vuelvas te compraré ropa bonita, joyas… Y todo con el dinero de Jezabel… Ya lo verás, cariño, ya lo verás.

Laurette se marchó con la maleta llena de libros, la cabeza descubierta, como de costumbre, la boina en la mano, temblando un poco en su trajecito de

chaqueta beige. Se marchó a Suiza, que ya se había quedado con muchas otras como ella.

20

Bernard recibió de Suiza dos breves cartas escritas con frases cortas que parecían jadeantes, y nada más. Sabía que Laurette estaba agonizando; esperaba cada día la noticia de su muerte. Su pena era como él: amarga, hosca y llena de hiel. Le dolían las muelas; no se afeitaba; no abría un libro; se acostaba vestido y dormía hasta el atardecer. Se despertaba al caer la noche, porque el horror del crepúsculo parisino le producía un placer desesperado. No tenía fuerzas para abandonar su mísera habitación.

¿Adónde iba a ir? En todas partes lo acechaban la soledad, el dolor, la inquietud y un aburrimiento cruel. Esperaba hasta que la farola de gas de la calle dibujaba la silueta de las persianas en la negra pared. Miraba la farola con estupor. De vez en cuando, su suave resplandor borraba todos sus pensamientos y fluía como un bálsamo hasta el fondo de su corazón. Caía la lluvia, fría y pesada. Laure… Volvía a verla como si ya estuviera muerta… Era, se decía, una chica discreta, tímida, lista, con un cuerpo bonito… Tenía un carácter melancólico y soñador, una especie de gracia descorazonada. Una extraña desesperación, una pena huraña,

fría y muda, parecida a su corazón, se apoderaba de Bernard. Por la noche, vagaba de café en café. Cuando bebía, se olvidaba de su amante o, al menos, ya no pensaba en ella con una precisión tan cruel. Pero hasta en plena borrachera sentía la ausencia de Laure como un vacío, un hambre sorda, un negro aburrimiento.

Tumbado en la cama, con el escuálido torso tiritando bajo el viejo jersey, que ya nadie remendaba, con un plato lleno de naranjas al lado, mirando hasta el atontamiento, hasta la insensibilidad la lluvia que resbalaba por los cristales, se obligaba a pensar en Gladys, a reavivar el odio contra ella en

su corazón, para no seguir pensando en la muerte, para no hundirse en la desesperación.

«No hay miedo a que venga… Podría reventar sin que se preocupara por mí… La única persona de mi misma sangre en todo el mundo…».

—Laure… —murmuraba y, sintiendo que las lágrimas le afloraban a los ojos, se volvía en la cama, avergonzado. Retorcía las sábanas con rabia y hundía la cabeza en el amarillento almohadón, que, como todo en aquella sórdida pensión, apestaba a humedad—. Laurette… Pobrecita mía, qué mal estás… Y pensar que con el dinero de Jezabel habría podido comprarte

vestidos, bombones… Habrías podido tener un poco de felicidad. Pero no, ni siquiera eso… Ni siquiera habrás tenido eso.

Se avergonzaba de ser tan débil y estar tan enamorado, e intentaba pensar: «¿Y qué? Yo no puedo remediarlo. Ya conoceré a otra. —Pero enseguida se arrepentía—: ¡Oh, que se cure, que vuelva! Entonces le arrancaré a Jezabel hasta el alma, le quitaré todo lo que tiene. La atormentaré, le haré maldecir el día en que nació…».

En su mente se iba creando un extraño vínculo entre Laurette y la mujer a la que llamaba Jezabel.

«Una chica de veinte años que muere

sin haber tenido cinco minutos de felicidad en esta vida, y esa vieja loca, con sus diamantes, aún se permite estar enamorada, estar celosa… ¡Tiene gracia! Me gustaría matarla —se decía a veces—. ¿Qué podrían hacerme? ¡Nada! Señores del jurado: era mi abuela. Me abandonó, me rechazó, me desposeyó… Yo sólo me vengué. "Pero ella te dio dinero, amiguito…"».

—¡Oh, tengo fiebre! —murmuró—. ¡Cuánto daría ella por verme pillar una buena tifoidea, o la tisis, como Laure, y acabar reunido con mi madre en el otro barrio!

«Debo de resultarle muy molesto —pensó regocijado—. De todas formas,

qué mala suerte… ¡Todo estaba contra mí! ¡Habría debido desaparecer mil veces! Pero no, aquí estoy… Es un consuelo, sí, pero no es suficiente. ¡No, Dios mío, no es suficiente!».

La víspera de Navidades, le comunicaron que Laurette había muerto. Decidió ir a decírselo a los padres de la chica. Se había enterado de su existencia y su dirección ordenando viejas cartas que ella había dejado en un cajón.

Era una casa tranquila y acomodada. Lo recibió una anciana flaca vestida de luto, con el pelo blanco y un collar de jade alrededor del cuello. Era la madre de Laure. En un primer momento, Bernard le dijo que su hija estaba

enferma, siguiendo un tratamiento en Leysin.

—Ya sabía yo que esto acabaría así —respondió la anciana, sollozando—. ¿Dice usted que está en Leysin? Pero eso debe de ser carísimo… ¡Qué ingratos son los hijos! Me abandonó. Me deshonró. ¿Qué puedo hacer yo? —Se llevó un pañuelo bordado de negro a los ojos, mientras las cuentas de jade le temblaban sobre el pecho—. Perdí a mi marido hace seis meses y me dejó en la ruina… Recomiende a Laure la más estricta economía. Conozco a mi hija: perfumes, cremas y medias de seda. Que piense en mí. Podría enviarle quinientos francos al mes, privándome de todo. Ni

una carta, ni una línea a su madre en cinco años… Pero, claro, cuando se presenta la necesidad todos se acuerdan de la familia. Le mandaré quinientos francos todos los meses, señor.

—Demasiado tarde. Con los primeros bastará para el entierro —le espetó Bernard—. Murió ayer.

Se marchó. Era una gélida noche de lluvia y niebla. Caminó en línea recta, casi sin pensar. Entró en una taberna y después en otra. En La Frégate, frente a los muelles, desde donde se veía el agua negra espejeando en la oscuridad. En el cafetín de la Île-Saint-Louis, con sus viejas vigas esculpidas iluminadas por las sibilantes llamas de gas. En el Ludo,

lleno de polvo, mugre y tiza.

Luego volvió a Montparnasse. Tomó otra copa y se encontró con un compañero.

—Laure ha muerto —le dijo.

—Pobre chica… Aún no había cumplido los veinte. ¿Tomamos un trago?

Bernard bebió otra copa y se fue enseguida para reencontrarse con la calle oscura y el barro, que las luces rojas de las tabernas teñían de sangre. Subió a la terraza del Dome. Sentía la necesidad de anunciar la muerte de su amante al mundo entero.

—¡No es posible! —exclamaban todos. Y acto seguido—: Es verdad que

no parecía muy fuerte…

—¿Cuántos años tenía? —preguntaban algunos—. ¿Veinte, o menos?

Y al oír la edad, parecida a la suya, se quedaban callados. Bernard bebía y miraba a través del humo los rostros familiares, que atizaban en su corazón una cólera sombría.

Fue de café en café durante horas.

Bajó en dirección al Sena. Estaba borracho; tenía la cabeza caliente y vacía. Oía el repiqueteo de la lluvia en los adoquines. Caminaba hacia el Bois de Boulogne, hacia la casa de Gladys; sentía una vengativa y apremiante necesidad de verla de nuevo.

—Mejor vuelvo a casa —se repetía —. Sí, tengo que regresar. Es hora de dormir…

Pero los pies lo llevaban hacia Gladys.

De vez en cuando, pensaba en la madre de Laure, aquella vieja maltrecha, con sus gafas, sus cuentas de jade, su capacho, sus cojines bordados, empollando su dinero para prolongar unos años más su miserable vida. «Viejos mezquinos», pensó, y apretó los puños.

Mezclaba en el mismo odio a Gladys, la madre de Laure y todos los que se aferraban a su posición, su dinero, su felicidad, y sólo dejaban a sus

hijos la desesperación, la pobreza y la muerte.

Por la zona de Auteuil, los cafés eran más escasos y más pobres. Los hombres jugaban a las cartas. En uno de ellos, estuvo un rato escuchando la melodía de una cajita de música a la que le faltaban notas.

Recordó a Laure el día que se conocieron. Estaba sentada ante un brasero que la teñía de rojo, con la cabeza descubierta y una bufanda de lana roja alrededor del cuello. Volvió a ver sus pálidas y delicadas facciones, su mirada… «Esa chica tenía algo… algo que nunca supe encontrar, que ella tampoco encontró en sí misma. Una

especie de poesía».

Pensó en su propia madre, cuyo aspecto no lograba imaginar. Olvidaba que, de haber vivido, habría tenido cuarenta años. La veía como a una hermana, tan joven como Laure y como él.

«Estáis muertas, pobrecitas mías. Estáis ahí abajo, en las tinieblas, mientras todos ésos ríen, bailan, se divierten… ¡Me gustaría agarrar a Jezabel por los hombros —pensó con rabia— y sacudirla, sacudirla, sacudirla hasta hacer que su asquerosa máscara de maquillaje cayera! ¡Oh, cómo la odio! ¡Ella tiene la culpa de todo! ¡No es justo que viva! ¿Qué va a ser de mí? ¡Mil

conocidos, y ni un amigo, ni un pariente! Me gustaría trabajar… Se acabaron los estudios… Estoy harto… Me duelen las manos de no hacer otra cosa que tocar libros. Trabajar… En las obras del metro, en Les Halles, donde sea… ¿Y crees que es fácil en estos tiempos de crisis? Tendría que haber sido obrero. Mamá Berthe no debería haberme convertido en un señor. Hay días en que uno odia al mundo entero, Dios me perdone… —se dijo con remordimiento y ternura—. ¡Ah, qué sed tengo!».

Entró en un café en la esquina del muelle. Bebió fuera, bajo la lluvia, mal resguardado por el toldo que restallaba al viento. Tiritaba de frío.

«Cualquier oficio me salvaría, por humilde que fuera. Clavar clavos o aporrear una plancha, y caer rendido por la noche. Un año así, con una borrachera los domingos, y olvidaría a Laure. Al fin y al cabo, tengo veinte años. No quiero morirme de pena. ¡Eso sí que no! —exclamó mentalmente, como un mudo desafío a un dios invisible—. También está el dinero de Jezabel… ese dinero tan fácil. Esa clase de mujeres corrompen todo lo que tocan».

Se pasó toda la noche andando. La lluvia le resbalaba por la cara, y aquel murmullo, aquel bisbiseo, aquel cuchicheo inquieto de la lluvia caía sobre una ciudad que parecía vacía. La

bruma ascendía de los adoquines. Bernard caminaba con los ojos medio cerrados, trastabillaba como un ciego en los bordillos y pensaba: «Le diré a Jezabel… ¡Oh, se acordará de esta noche! Qué maravilloso es hacer sufrir a un ser humano… ¿Qué estará haciendo ahora? ¿Se habrá olvidado de mí? Ya la haré yo acordarse… ¿Dónde estará? —Miró las ventanas de la casa, cerradas y oscuras—. Es Nochebuena. Seguro que está bailando en algún antro, o con algún amante… Baila y se divierte… ¡Esa vieja, ese adefesio, ese monstruo! Pero no, ¿cómo puedo decir eso? Si parece joven… ¡Vieja, vieja, vieja y bruja! —se repitió en un sombrío delirio—. ¡Yo

te haré llorar esta noche, espera y verás! Me gustará verte sufrir, vaya que sí».

Se acurrucó en el quicio de la puerta cochera y se quedó allí, viendo llover.

21

Entretanto, Gladys bailaba en el Florence. Eran cuatro: los Percier, Monti y ella.

Esa noche tenía lugar una especie de «combate final» entre Jeannine y Gladys, que veía, por signos imperceptibles, que estaba perdiendo la batalla, que a Monti le gustaba más Jeannine. Ésta se parecía a una fina rapaz: nariz estrecha y aguileña, grandes e inquietos ojos que se agitaban sin descanso bajo unos párpados pálidos y redondeados, y pelo negro y lustroso como un plumaje. Esa noche llevaba un

peinado que hacía furor esa temporada: dos crenchas en forma de alas plegadas y ceñidas a la cabeza como un casco. Era infatigable, una de esas mujeres cuyo frágil aspecto esconde músculos de acero. Adivinaba la secreta debilidad de Gladys: su edad. Monti la atraía, pero no tanto como el reto de arrebatarle el amante a Gladys Eysenach.

Quería aplastar a aquella rival, más débil pero más hermosa, y Gladys, pálida y febril, aceptaba el desafío. Veía beber a Jeannine, y ella bebía. La veía bailar, y bailaba aunque las piernas apenas la sostuvieran. Los celos le roían el corazón. Habría dado la vida por arrancarle a Monti una sonrisa, una

mirada de deseo. Sentía un espasmo casi voluptuoso cuando miraba a Jeannine. Pensaba en el revólver que había comprado y aún llevaba en el bolso, a mano. En un esfuerzo por reanimar su belleza, hablaba y reía como quien azota a un animal cansado, y Monti sentía un placer cruel estrechando entre sus brazos una tras otra a aquellas dos mujeres temblorosas.

Hacía mucho tiempo que Gladys no bailaba de aquel modo, hora tras hora, incansablemente, envuelta por el humo y la penumbra, con todas aquellas caras girando a su alrededor. Su cuerpo parecía hecho de un millar de pequeños y doloridos huesos.

«¡Muévete! —se decía con rabia—. ¡Baila! ¡Sonríe! Tienes que parecer despreocupada, hermosa, joven… Tienes que gustar y seguir gustando. ¡A todos los hombres, para que él lo vea, para que tenga celos!».

Esa noche, Gladys, que nunca había llevado más joyas que sus largos collares de perlas, se había cubierto los brazos y el cuello de diamantes, ya que Jeannine no tenía piedras tan hermosas. Había que atraer las miradas a toda costa; su amante no se preguntaría por qué todos los hombres clavaban los ojos en ella, cuánto de la admiración correspondía a las joyas y cuánto al cuerpo.

Había que ser hermosa y no dejar que a las cinco de la mañana, entre chicas jóvenes y atractivas, las arrugas se notaran bajo la capa de maquillaje y apareciera esa máscara de muerte que tienen las viejas cubiertas de afeites. No permitirse un instante de relajación o desfallecimiento. No reconocerse la más débil. Bailar, beber y seguir bailando. Obligar a un cuerpo, a unas piernas de sesenta años, a desdeñar la debilidad y el cansancio. Mantener erguida una espalda desnuda, lisa, empolvada de ocre, satinada, pero cuyos músculos dolían como heridas de guerra. No tiritar en la corriente de aire frío que había entre la puerta y la ventana

abierta.

Las dos mujeres se hacían frente con una sonrisa.

—Ten cuidado, querida. Cogerás frío…

—Qué tontería… Yo no sé lo que es la debilidad ni el cansancio…

—Conque no, ¿eh? —replicaba Jeannine con suavidad—. Debes de creer que somos una generación penosa.

Gladys notaba que le temblaban las rodillas, pero se obligaba a mantenerse erguida. «Muévete, cuerpo, vamos, vejestorio, obedece…». Y, sonriendo, oía aterrada los silbidos de su quebrantado pecho.

Al final, a fuerza de voluntad,

consiguió no sólo vencerse a sí misma, sino triunfar sobre Jeannine. Sus piernas recuperaron la agilidad, la cadencia, el ritmo de antaño; su respiración se acompasó. Ahora bailaba con la maravillosa ligereza de los veinte años. Sonreía entreabriendo los carnosos labios. Contemplaba en los espejos su vestido blanco y su pelo teñido, trenzado en forma de corona alrededor de la cabeza como en otros tiempos.

Las cuatro, las cinco de la mañana… Bernard seguía esperando bajo la lluvia. Gladys continuaba bailando.

De pronto, irrumpió un grupo de chicas y chicos jóvenes, un poco achispados, alegres. Las cabelleras de

las muchachas agitaban en el aire mechones sueltos; el maquillaje, tan exquisito en los rostros jóvenes, parecía no formar más que una sola materia con la tersa y delicada tez. En ese momento, Gladys se miró con disimulo en el espejo y vio aparecer sus agotadas facciones bajo la máscara de maquillaje. Pero se recompuso y continuó bailando, apretada contra Monti. Los cansados ojos, irritados por el sueño, se le cerraban a su pesar.

También Jeannine empezaba a mostrar signos de cansancio. Era treinta años más joven, pero su belleza no era tan perfecta. Alrededor de ellas, la gente reía, apuntaba los tantos. El partido

proseguía su curso.

Gladys parecía feliz y triunfante al fin, pero su idea fija seguía corroyéndola. Todo le recordaba su edad; todo empujaba a su mente hacia los recuerdos pretéritos. Hablaba y sonreía, pero en su interior la idea fija se desplegaba con la lentitud de una serpiente. Sin embargo, no abandonaba la lucha; todo su ser temblaba con la tensión nerviosa que caracteriza a aquellos cuyo impulso vital es demasiado fuerte: destrozados, sin apenas aliento, no aceptan morir. Había en Gladys una trágica imposibilidad de ser vencida.

Los demás sólo veían a una mujer

sin edad, como todas las que han superado los cuarenta en París. Bajo las luces, con el maquillaje y las joyas, parecía hermosa, dotada de una belleza frágil, inquieta y patética; al amanecer, en la puerta, una vieja disfrazada, como las demás… De todos sus esfuerzos, de todos sus sacrificios, de tantas luchas, angustias y triunfos, no quedaba más que la pregunta desdeñosa de un joven a un amigo que ponía en marcha el coche:

—¿Gladys Eysenach? No está mal… ¿Aún lo hace?

22

Bernard esperaba. No notaba el frío. El viento que le azotaba la cara no lo molestaba. París se llenaba de un leve hedor a cloaca. Ya no pensaba en nada. Miraba las ventanas oscuras de Gladys y la calle vacía.

Por fin, vio aparecer el coche. En el interior iluminado, reconoció la pequeña cabeza rubia y delicada de Gladys y su capa de armiño.

Su mera existencia despertaba en él un sentimiento de indignación.

«Ríe, baila, se divierte… —pensó, apretando los dientes—. Pero ¿por qué?

Es una vieja, ya no tiene derecho a nada».

Abrió la puerta del coche súbitamente y volvió a desaparecer en la oscuridad. Monti no lo vio o creyó que era un mendigo impertinente. Pero Gladys lo reconoció al instante. Bernard vio que se inclinaba hacia su amante y le decía que no bajara. El coche se alejó. Bernard siguió a Gladys hasta la puerta. Ella lo miró un instante sin decir nada, asustada del odio que inundaba su corazón como una ola.

—¡Vete! —farfulló al fin.

—Quiero hablar contigo. Déjame entrar.

—¡Estás loco! ¡Vete!

El odio que ella había intentado apagar, disfrazar bajo otros nombres, había vuelto a surgir en su interior, puro y multiplicado. Odiaba la voz de Bernard, su mirada ávida, su risita seca… Sentía hacia él un odio que sólo puede inspirar plenamente, con toda su ciega crueldad, alguien de la propia sangre.

—Te aconsejo que me dejes entrar —insistió Bernard agarrándola de la muñeca.

—¡Espera, suéltame! Los criados…

Pero Bernard entró tras ella. El vestíbulo estaba vacío. Miró las paredes inmaculadas. Una lámpara iluminaba la escalera. La siguió hasta una habitación

oscura. Gladys se sentó; le temblaban las rodillas y estiraba el cuello como los caballos al finalizar una carrera. Todo su cuerpo tenía la excesiva rigidez que provoca el agotamiento físico.

Encendió la lámpara con pantalla rosa del tocador y, mecánicamente, se alzó el cuello de la capa para disimular los estragos de la noche en sus facciones. Bernard hizo un movimiento vacilante hacia ella; se sentía ebrio y somnoliento, como atrapado en una pesadilla. Se miraron unos instantes, asustados y llenos de odio; la embriaguez y el cansancio los envolvían en una especie de bruma, de pesado torpor.

—¿Qué ocurre, querido? —preguntó al fin Gladys, bajando la voz y procurando suavizarla, despojarla de toda animosidad o impaciencia—. ¿Qué quieres de mí?

—Te llamé anteayer. Te llamé ayer. Te escribí. Parece que ya no me tienes miedo, querida abuela.

Bernard tuvo la alegría de verla palidecer y ponerse tensa de nuevo, como ante el restallido de un látigo.

—Estás borracho —dijo, mirándolo con inquietud—. ¿Por qué vienes a atormentarme? Te he ayudado todo lo que he podido. Me he esforzado en demostrarte mi afecto…

—¿Afecto? —rezongó Bernard, y

negó con la cabeza—. Querrás decir miedo… De todas formas, lo prefiero así. No necesito tu afecto.

—Lo sé —dijo Gladys con una extraña amargura—. Sólo necesitas mi dinero.

—¿Me reprochas que no haya venido a verte en busca de cariño? ¡Es el colmo!

Gladys cerró los ojos con cansancio.

—¿Qué quieres de mí? ¡Dilo y vete! ¿Qué quieres de mí? —repitió, pateando el suelo de madera con una ira súbita que rara vez mostraba y que crispó su pálido y desencajado rostro—. Dinero, por supuesto… ¡Bueno, pues dime cuánto y vete!

Bernard negó con la cabeza.

—Ya no necesito dinero. ¿Creías que bastaría con arrojarme una limosna para acallarme, para conquistarme, para engañarme? Cuánta verdad hay en eso de que no conocemos ni a los de nuestra propia sangre…

—Entonces, ¿qué pretendes? —murmuró Gladys—. Hacerme sufrir simplemente, supongo… Es eso, ¿no?

Se sostuvieron la mirada en silencio.

—Sí —masculló al fin Bernard con rabia, desviando los ojos—. Mira, no quiero seguir viviendo así. Quiero que utilices tus relaciones, tu influencia, tus amistades, para reparar un poco la monstruosa injusticia que cometiste

conmigo. No quiero seguir siendo el hijo adoptivo de Martial Martin. No soy Bernard Martin. O, al menos, si tengo que seguir siendo Bernard Martin, quiero que ese nombre no sea el de un paria. Tengo voluntad, puedo trabajar, soy fuerte e inteligente. Escucha, esto es lo que quiero de ti: ahora mismo vas a escribirle una carta a tu amigo Percier para que me dé trabajo, como simple escribiente o como lo que quiera. Necesito un trampolín, ¿comprendes?

Gladys lo miraba con un pavor que le nublaba el entendimiento. En su corazón reinaba tal caos que ni siquiera oyó las últimas palabras de Bernard. Percier… el marido de Jeannine. ¿Y si

ella se enteraba? Dios mío…

—Ni hablar —murmuró.

—¿Por qué?

—Porque no puedo. A Percier, no. No me escucharía. Además, no son horas para hablar de negocios —añadió azorada—. ¡No puedo!

—¿Por qué?

—¡Es imposible!

—¿Te niegas? —gritó Bernard, comprendiendo por su resistencia que había encontrado un punto débil, una herida secreta que podría agrandar, hacer palpitar y sangrar a su antojo.

—¡Basta, Bernard! ¡Vete! Ya hablaremos mañana…

—¿Por qué? Ya he esperado

bastante. Ya he sufrido bastante. Ahora te toca a ti. Pero a lo mejor esperas a alguien… ¿Te lo imaginas? ¡Sería un encuentro muy divertido! ¡Enternecedor, imprevisto, cómico! ¿No crees? —preguntó con rabia—. «La puerta se abre y entra el amante. "Pero, querida, ¿quién es este joven? ¡Tu amante, sin duda!". "No, mi amante no, es mi nieto"». ¡Oh, qué instante tan delicioso! Vaya cara… Anda, mírate en el espejo… ¡Ah, ahora sí que pareces una abuela! ¡No podrías disimular tu edad por más que te empeñases! ¡Mírate! —dijo Bernard, poniéndole un pequeño espejo delante—. ¡Mira las bolsas de los párpados asomando bajo el maquillaje! ¡Vieja,

más que vieja! —gritó fuera de sí—. Cómo te odio…

Gladys cogió el espejo con manos temblorosas y, con los ojos desorbitados por la desesperación, se miró la cara largamente.

—A veces tengo la sensación de que me odias no tanto por el pasado como por el presente… ¿Por qué? ¿Qué más te da que aún sea una mujer, que tenga un amante?

—Es asqueroso —murmuró.

—¿Por qué? ¿Por qué, Bernard? Eres joven. Quieres a tu amiga. ¿No comprendes que estoy enamorada, que daría la vida por ser amada? Ves mis vestidos, mis pieles, mis joyas, y

querrías arrebatármelos para llevárselos a Laurette… ¡Pues renunciaría a ellos con gusto! Si supieras cuán desgraciada soy a pesar de todo eso… Si supieras cómo he sufrido hoy… Mi amante…

—¡Cállate! ¡Hay palabras que no tienes derecho a pronunciar! En tu boca son antinaturales… una monstruosidad. Tienes sesenta años, eres un vejestorio… El amor, los amantes, la felicidad, no son para ti. Los viejos deben conformarse con lo que no podemos quitarles —sentenció Bernard con rabia, pensando en la madre de Laure—. Quedaos el dinero, quedaos la posición, los honores, pero dejadnos al menos el amor… ¡Es nuestro, nuestra

parte! ¿Con qué derecho te lo apropias? ¿Enamorada, tú? Pobre vieja loca… —masculló—. Y si fuese así, si tuvierais «derecho» a amar y ser amadas, ¿por qué a ti y las de tu ralea os da tanto miedo que se sepa vuestra edad? Si hubierais cometido un crimen no os avergonzaría tanto… ¡Te alegrarías de verme muerto si eso te permitiera cambiar de edad! Te odio porque eres vieja y yo joven, porque eres feliz y la felicidad debería ser sólo para mí, que soy joven… ¡Me la robas! ¡Además, tú también me odias! Sólo que no tienes el valor de decirlo. Me llamas «querido»… ¡Me sonríes con una boca que querría morder!

—¿Por qué tengo que quererte? —replicó Gladys en voz baja—. ¿Qué eres tú para mí? Yo no te traje al mundo, no eres mi hijo. Me da exactamente igual que lleves mi sangre. Eso son razonamientos de hombre. Yo no te conozco. Para mí eres un extraño. Para mí sólo cuenta una cosa: ¡mi amante!

—¡Qué ridícula! —exclamó Bernard.

—Lo es todo para mí —prosiguió Gladys, sin hacerle caso—. Si me dejara, ya no habría nadie en mi vida; y, para mí, una vida en la que nadie te quiere, en la que nadie te desea, una vida apagada, helada, una vida de vieja, en definitiva, es peor que la muerte.

—¿Cómo te atreves a hablar de amor? ¿De amor por un hombre? ¿Y yo, que soy tu hijo? —«¿Qué estoy diciendo?», pensó con desesperación, pero sentía que tenía razón—. Crees que has vencido a la vejez, pero está dentro de ti. Puedes mostrar un rostro todavía hermoso y una espalda que parece la de una joven, teñirte el pelo, bailar… Pero tu alma es vieja, peor que vieja. Está podrida. Huele a muerto.

—¡Cállate! ¡Déjame! Estás loco o borracho. ¿Qué mal te he hecho yo? No te he quitado nada. Todos los seres humanos quieren su parte de felicidad. ¿Qué he hecho de malo? Soy libre. Mi vida…

—Tu vida… ¿Acaso importa tu vida a estas alturas? ¡Has tenido tu parte! Has tenido toda la felicidad, en cambio yo… ¡Oh, cómo me gustaría hacerte sufrir! Me pregunto por qué no acabo contigo… ¿Habría alguien que pudiera condenarme? Sí, sin duda. Me llamarían parricida, y por primera vez quedaría constancia oficial de que llevamos la misma sangre, que eres mi abuela… No, no, es mejor decirle la verdad a tu amante y no armar demasiado alboroto.

—Pero ¡escúchame! ¿Qué ganarías contándolo, qué? Habrás acabado conmigo, es verdad, pero ya no tendrás ni dinero ni apoyo.

—¿Qué puede importarme tu dinero?

Laure murió ayer. En cuanto a tu apoyo, como lo llamas, sé que nunca me lo prestarás. Así que, al menos, quiero darme el gusto de quitarte las ilusiones, abuela. Y ahora escúchame tú a mí, porque voy a decirte lo que va a pasar: muy pronto tu amante se enterará de que eres una vieja, que tienes sesenta años… —Bernard saboreaba aquella amenaza —. Pero no temas, él seguirá a tu lado. ¡Apechugará con todo! Porque lo que le interesa no eres tú, sino tu dinero. Así comprenderás la verdad, pobre infeliz… —Se interrumpió. Había sonado el teléfono. Rió por lo bajo—. ¿Es él? ¿El tonto enamorado? ¡Pues vamos a reír y divertirnos!

—¡No, Bernard!

—¡Claro que sí! ¡Es la ocasión soñada! «¿El conde Monti? Soy Bernard Martin. ¿Qué hace un hombre en casa de su amante? ¿A estas horas? ¡Oh, apenas soy un hombre! Más bien un niño. Su hijo, casi. En realidad soy su nie…».

—¡Bernard!

Gladys se abalanzó sobre él. Bernard protegía el teléfono con el cuerpo mientras hablaba con voz suave, recreándose en cada frase.

—«¡El nieto de su amante! ¡El nieto de la hermosa Gladys Eysenach!».

—¡Basta, Bernard! ¡Bernard, no digas nada! ¡Yo nunca te he hecho daño! Yo… yo… te pido perdón, Bernard,

¡perdón! ¡Ya verás, serás rico, feliz! —gritó Gladys, intentando ahogar con la voz el timbre del teléfono, que no paraba de sonar mientras Bernard lo acariciaba con la mano—. ¡Basta!

Bernard hizo amago de levantar el auricular. De pronto, Gladys cogió el revólver, cuya imagen veía mentalmente cada noche desde hacía un mes.

Él la miró; un ligero temblor le entreabrió los labios en una mueca de desdén. Gladys disparó. Bernard soltó el teléfono. Su expresión se convirtió en dulce y sorprendida. Se derrumbó arrastrando en su caída el aparato, que siguió sonando en el suelo.

Gladys vio extenderse la angustia, el

estupor de la muerte por el rostro de su nieto. Antes de gritar, de pedir socorro, de sentirse presa del remordimiento y la desesperación, la paz le inundó el corazón. El teléfono había dejado de sonar.

*



IRÈNE NÉMIROVSKY (Kiev, Ucrania, 1903 - Auschwitz, Polonia, 1942). Hija única de un próspero banquero judío, recibió una educación esmerada (aprendió francés, ruso, polaco, inglés, vasco, finés y yidis), aunque tuvo una infancia infeliz y solitaria. Tras huir de la revolución bolchevique, su familia se

estableció en París en 1919, donde Irène obtuvo la licenciatura de Letras en la Sorbona.

Luego de publicar *El malentendido* (1926) y *Un niño prodigio* (1927), la aparición de su novela *David Golder* (1929) le abrió las puertas de la celebridad. Le siguieron, entre otras, *El baile* (1930), *Las moscas del otoño* —traducida también como *Nieve en otoño*— (1931), *El caso Kurílov* (1933), *El vino de la soledad* (1935), *Jezabel* (1936) y *Los perros y los lobos* (1940).

Pero la Segunda Guerra Mundial marcaría trágicamente su destino. Denegada en varias ocasiones por el

régimen de Vichy su solicitud de nacionalidad francesa, en 1942 fue deportada al campo de concentración de Auschwitz, igual que su esposo, Michel Epstein. Murió de tifus poco después.

Sesenta años más tarde, el azar quiso que el nombre de Irène Némirovsky regresara al primer plano de la actualidad literaria con el enorme éxito de *Suite francesa*, su obra cumbre descubierta casualmente por sus hijas y publicada en 2004. Galardonada con el Premio Renaudot —otorgado por primera vez de forma póstuma—, fue aclamada por la crítica y relanzó el interés por una autora que se sitúa sin

duda entre los grandes escritores franceses del siglo XX.